JVAN GIL-ALBERT

LA FASCINACION DE LO IRREAL

VIÑETA Y DIBVJOS
DE MANVEL REDONDO

VALENCIA - 1927

En 1927 se publicó «La fascinación de lo irreal» que hoy reeditamos en facsímil. Se trata del primer libro de Juan Gil-Albert y tiene, junto a su atractivo literario, un valor objetual que justifica su reproducción, en la que mantenemos la dedicatoria que lleva el ejemplar que hemos utilizado: a Gabriel Miró, maestro del autor por aquellos años, quien, junto a Oscar Wilde y Valle Inclán, provoca en gran medida estas prosas primeras.

«La fascinación de lo irreal» y «Vibración de estío», que publicamos recientemente, complementan las «Obras Completas» que están siendo editadas por la Fundación Alfonso el Magnánimo, en cuanto libros de juventud que entregan claves de un escritor que estaba entonces empezando a desarrollar, con una indudable madurez ya, una de las obras literarias más atrayentes de nuestro siglo.

INSTITUTO DE ESTUDIOS GIL-ALBERT
Excma. Diputación Provincial de Alicante 1985

EDICION FACSIMIL IMPRESA EN LOS TALLERES DE
GRAFICAS CIUDAD, S.A. EN EL MES DE ENERO DEL AÑO 1985
Dep. Legal; A-22-1985

A Gabriel Miró

Por "esos" días de a-
labastro, tan puros,
tan limpios, tan idea-
les de línea de nuestros
libros" he gustado de
beber gota a gota la pro-
funda belleza de un
romanticismo generoso.
Que este vaso imperfec-
to de mi prosa recoja
siquiera una parte
tan solo de ese a-

siendo antiséptico - de
mayor del cinco que
hay en dos.

+ Manuel Gil - Albert Simón
Junio 927.

LA FASCINACION DE LO IRREAL

INDICE

La pecadora de Magdala. 7
Historia de un príncipe juvenil. . . . 35
El juglar que logró ser feliz. 77
El verdadero pecado. 99
Isogai. 137
Una extraña pasión. 151
Carnavalesca. 175

JUAN GIL-ALBERT

LA FASCINACION DE LO IRREAL

(ILUSTRACIONES DE MANUEL REDONDO)

1927
TIPOGRAFÍA «LA GUTENBERG»
VALENCIA

PRINTED IN SPAIN
PROPIEDAD LITERARIA
DERECHOS RESERVADOS A TODOS LOS PAÍSES
COPYRRGHT BY J.GIL-ALBERT 1927

Mi libro es completamente inútil. Tiene toda la artística inutilidad de una danza clásica o de una de esas copas cinceladas con amor por los joyeros del Renacimiento. ¿Sois capaces de sentir una dulce emoción ante las figuras plásticas de la danza griega? ¿Sabéis beber en una de esas copas de ónice y esmeralda con un gesto patricio?... Leed, pues, el libro. No va dirigido ni al corazón, ni a la inteligencia, sino simplemente al sentido artístico. De esto deduzco que muy pocos debieran leerlo, ya que muy pocas sensibilidades van quedando que vibren de unción maravillosa ante esa eterna divinidad que llamamos Belleza. Quisiera para mi libro, un ambiente de selección, el mismo en que se desenvuelve mi vida; que solamente las manos limpias y pulidas pudieran abrirlo. ¡Oh el horror de imaginarme sobre él las manos viscosas de los hipócritas, y las burdas y plebeyas de los incultos!

Además, iban a perder un tiempo precioso que podían dedicar al arte tan varonil del chismorreo, o a esas cuestiones bizantinas en las que sólo se habla—y muy distinguidamente por cierto—de marcas de coches y de cupletistas marcadas. Nada de esto van a encontrar en mi libro. Yo no podré nunca desenvolver esos temas de alta cultura. Y casi me atrevería a asegurar que a ese público llego a tenerle miedo—un miedo, claro está, relativo, el miedo que debe sentir un pájaro que está

muy alto, sobre la rama de un pino, ante el lobo hambriento que está muy bajo, allá en el valle—. Miedo a que, al no comprender mis símbolos ¡y no los comprenderán, Dios nos libre!, los desvirtúen, los manchen de su ignorancia, con sus groseras maneras de ver las cosas, con sus gritos insólitos de pequeñas bestias por domesticar. ¡Oh!, perdón por el empleo de palabras fuertes que, por otra parte, no tienen el menor significado; pero no puedo dejar de ser un hijo de mi tiempo y el haberme formado en este medio exquisito, en esta linda ciudad de provincia toda agobiada de flores, protectora de artistas, verdadera Atenas de la cultura moderna, o mejor quizá, Florencia, una Florencia abierta a todo lo que signifique progreso espiritual, en la que las damas leen en griego "Los Idilios", de Teócrito, y sus hijos amplían diariamente sus conocimientos en la "Academia" y refinan sus maneras junto a las mujercitas modernas tan femeninas, de espíritu chispeante, que lo mismo hablan de amor que de filosofía.

Un ambiente de este orden, disminuye el mérito personal. Nada tiene de extraño, pues, que en medio a tantas personalidades atrayentes, a tantas conversaciones eruditas, a tantos objetos bellos, se le ocurra a alguien escribir un libro sobre la Belleza. No se necesita para ello ser un artista. basta con ser un observador.

JUAN GIL-ALBERT

LA PECADORA DE MAGDALA

I

AMINO de Galilea. La tarde, desvaneciéndose en la opulencia aromada de los cedros del Líbano. Quietud en el camino y estela de pequeña caravana. Caídos los párpados sobre la palidez de las mejillas, mecida al caminar de su alto dromedario, viene de Tiro María de Magdala, con su luenga cabellera roja ungida de nardo. Se mece también sobre su cabeza un a modo de baldaquino de tejidos persas. y en el silencioso atardecer del país de Galil se desfloran en murmullos las conversaciones de las siervas, y los camelleros entonan apagadamente cantares de los Libros Santos bajo sus turbantes deshilachados. Y la mujer de Magdala, recostada

la cabeza en la muelle exuberancia de la cabellera, aspira, llena de recuerdos, el éter transparente y fresco, de manzanas y de vides, de mirtos y arrayanes de Galilea. Y luego, quedóse contemplando en su interior. Y su cuerpo estaba aniquilado de desfallecimientos, y profundamente triste estaba su alma. Y en el aspirar del ambiente llegaba hasta ella, en los sutiles lamentos del desierto, aquella voz de extrañas rimas y dulces modulaciones, la voz que bordeando el mar de Tiberiades, pasó por Magdala y perdióse hacia Capharnaum...

Vino la noche e hicieron alto en el camino. Plenilunio. Dibujábanse los perfiles semitas en la leche diluída y luminosa de la luz lunar. Los siervos levantaron la tienda de la pecadora, tendiéronle a los pies las telas bordadas en Susa; las mujeres, con sus manos morenas, encendieron luces, quemaron cinamomo y esencia de azafrán, sirviéronle de comer en pequeñas vasijas esculpidas. Cuando los camellos cesaron de restregarse sobre el pedrisco del camino, y las hogueras de los siervos se extinguían al cansancio de la noche, María de Magdala se asomó a la luna y temblaron sus vestidos. Y su cuerpo estaba desfallecido, y profundamente triste estaba su alma. ¡La voz de Tiberiades! Y desfiló la magia de su vida pecadora.

Primero Bethania. Su adolescencia. El cielo, límpido y azul, en una caricia surcada de palomas. El casal, blanco, de alabastro. A María gustábale recorrer la alquería paterna, llena de sembrados,

el campo de las mieses, el de las vides floreciendo en racimos, acariciar las ovejas cuando salían para los alcores del redil, llegar hasta la ribera misma del Jordán, el río de Palestina, aquella ribera toda agobiada de adelfas en tonalidades de rosa y de cañas aromadas que murmuraban a la brisa. Era la misma ribera que bordeó Yokanaán el Bautista, clamando fuego y castigo para los "sepulcros blanqueados por fuera"; y tenía el paisaje algo de la aridez de sus ímpetus y las dulces flores de su pureza. Bajaba el Jordán, verde, plácido, risueño de la belleza de Galilea, de la tranquilidad de Samaria semejante a un ave que reposa... En lontananza surgía la Judea, patricia, aromada, llena de luz.

Marta, la hermana, placíase en las labores de la vivienda, cociendo los panes en el horno y dirigiendo el trabajo de las siervas, mientras la madre hilaba junto a la ventana del recinto casero, e inclinándose sobre el borde adivinaba a María, perdida entre los olivos, errando gozosa por la almazara, o arrebolada de palomas que comían el grano en sus manos y sobre sus vestidos.

Y un día, habláronla de bodas. Un viejo sanhedrita, doctor de la ley, que durmió en Bethania de paso para Tiberiades, residencia del Tetrarca, la vió en el casal, con su cabellera roja trenzada y ondulante, la maravilla de las pupilas verdes, la tez cálida como el suelo de Palestina, olorosa como el ámbar del Jordán, virgen como las tierras de

Dekápolis, incitante cual las ciudades sepultas en el mar de Asfaltite, temblorosa y tersa como las aguas del Generareth. La vió, y un recóndito impulso de placer senil floreció en la marchita estepa de su cuerpo. Regocijo de riquezas en el casal, alegría de madre que bendice al Señor, cielo límpido y azul en una caricia surcada de palomas. Sarmientos de vid que ostentan en colgajos racimos llenos de jugo, azaleas blancas en los árboles. Se agitan en el aire las manos de las jóvenes amigas en un revuelo de mirtos y arrayanes. De la vivienda irradia una esencia de miel, de pasteles cocidos, de adormideras. Viene el anciano sobre su jumento y le cuelgan las estofas bordadas de la túnica y trae regocijada la rugosa faz. Ya suenan las gaitas en la alquería y María muestra a los congregados su anillo de desposada. Es tibia la tarde. Desde la azotea, el rábi que vino para la ceremonia, recita bendiciones a los esposos. Es trigueño, flaco, solemne. Las filacterias adornan su frente. Sube de los campos y los sembrados un olor a fiesta...

Jerusalén Hierosolyma la llamaban los griegos. Luz de Oriente sobre sus techumbres. Valle de Josafat. Olivos especiosos y plateados en Gethsemaní; palmeras en abanico que ascienden solitarias por el país idumeo en nostalgia del río egipcio. Alabastro en las sinagogas, cedros y oro en el Templo, mármoles blancos en el palacio de

Poncio Pilatos, pórfido oriental en la vivienda de Herodes Antipas. Campos abiertos al Mediodía. El lirio de los valles en un ligero erguirse de mujer lánguida. Cinamomo, incienso, bálsamo rojo, mirra, en torno a las casuchas de los sutiles destiladores de perfumes y ungüentos. Granados. Baja hasta la ciudad la ladera del monte Sión, obscurecida de cipreses, sosteniendo en lo alto la muelle mansión de Kaifás.

¡Belleza de María, la que vino de Bethania en caravana de desposorios! Belleza que se marchita junto al anciano, que se yergue de esplendores a las miradas de los gentiles. La han visto los judíos, escondidos entre los ramajes, sumergirse desnuda en el tazón de mármol del jardín como una diosa pagana, y para los latinos patricios, el aroma cálido de sus ademanes y la pálida nariz sutilísima, les distrae de sus mujeres olímpicamente desvergonzadas. Es exótica a todos. Tenue, fascinante, torturadora. Bajo sus vestiduras de mujer de rico sanhedrita, hay en la gracia de su moverse como un esfumado recuerdo de sencillez campesina; su tez es como precioso marfil cortesano; su roja cabellera, desbordante y levantisca como hogueras encendidas en el casal. Triunfa su belleza en Jerusalén, bajo el sol de Oriente, entre el vaho multiforme de la ciudad. El Anfiteatro pregona su fiesta pagana. Los fariseos cierran las puertas de sus viviendas, ruborosos de hipocresía, atormentados de impotencia. Hay que rendir tributo a Cé-

sar. Y viene Antipas, el Tetrarca, humillado en su orgullo, bajo el peso insólito de su tiara de joyas, y Poncio le saluda de lejos, a la manera enfática del imperio, extendiendo su brazo cargado de ajorcas de oro: ¡Salve, Herodes, Tetrarca de Galilea, de la Perea y de Dekápolis!, y pone en sus labios jugosos de epicúreo una débil sonrisa de condescendencia. Hay luz abierta y clara de atardecer. Los legionarios romanos hollan airosos las piedras pulidas del patio del Pretorio, alzando con arrogancia sus testas empenachadas; un labrador que cruza se detiene a mirarles. En Gethsemaní se mecen las ramas de los olivos.

Barullo en el Anfiteatro. Llega Herodias embellecida de su incesto. Carbunclos en la túnica. Crisoberilos y perlas en los borceguíes de brocado de púrpura. Su altivez es como el vuelo de un pavo real. Abren las esclavas sirias la sombrilla verde tejida en Persépolis.

Se desliza la hora sexta. La plebe israelita y judía amontónase bajo los portales. En la Sinagoga lee un rabino el libro de los Profetas. Viene una vieja en el borriquillo cobijando a un niño dormido en su seno marchito. El Centurión descorre la cortina escarlata del palco de Pilatos. Traen recostada en su litera a Claudia Prócula, la esposa de Poncio, el Gobernador de César en la Judea. Es blanca. Al erguirse semeja una columna de deslumbrante Paros. El peplum arrastra en toda la majestad del imperio.

¡Aroma de nardos y cadencia de mujer galilea!

Sonríen fastuosos los saduceos en sus barbas perfumadas. Los extranjeros fenicios de Tiro y de Sidón, cesan en su algazara de conversaciones tejidas de embustes. Antipas despierta de su somnolencia.

Está María en su sillón de madera de olivo, incrustada de oro, sillón de mujer de sanhedrita, y su ampulosa cabellera trenzada, sostenida por larga aguja de esmeralda, se mueve dibujando el círculo del Anfiteatro, y el ambiente se embalsama del nardo de su ungüento, el nardo valiosísimo de la Judea. Del grupo de los gentiles, se alza subyugado un joven mancebo, que detiene en su cuerpo el vago posarse de las pupilas verdes. El pecado, infinito, maravilloso, anida en aquellas pupilas maravillosas e infinitas como el mar. Decae el día. Se oye el balar dolorido de los corderos que han de inmolarse en la Pascua...

II

El pecado infinito, maravilloso, anida en aquellas pupilas verdes maravillosas e infinitas como el mar. Va prendido en ellas el ansia juvenil, ardiente, del patricio romano. La carroza, con sus cortinillas de seda anaranjada, rueda ruidosa al compás ligero de los caballos galos. Síguenla, en los carros de servicio, los esclavos negros portadores de vasos de cristal. Los lacayos númidas, de túnicas listadas de rojo, cabalgan precediendo la carroza del augustano. Muleteros, cocheros sirios, picadores bronceados de músculos poderosos: esclavitud vergonzante, pompa del señor. Vibra el mes de Nisán dulcemente cálido. Fiesta de la Pascua del Pueblo elegido. La Palestina toda tiembla de alborozo en un ondular de caravanas. Y vibra también, la tierra rica, recién regada por el campesino que no quiere marchar a la fiesta, sin antes acariciar a la que da el pan a sus hijos; y los tiernos pámpanos de vid que han crecido nuevos en los viejos retoños curtidos; y los frescos manzanos de Samaria, que se abren lindos, diáfanos

en sus flores; y las higueras que se retuercen bajo el sol y dejan entreabrir la pulpa sabrosa, roja, de sus frutos, semejante a boca de mujer; y las tremolantes acacias nacidas al borde de una fuente, y los campos lejanos de las mieses cuyas panojas tienen un gesto lánguidamente dorado. Y vibra el alma del pobre pescador que ha guardado sus redes de cuerda en el fondo de la barquichuela y ha remolcado la barquichuela hasta la orilla del Tiberiades; y la del pastor que dormía en el monte durante noches enteras y cuyas ropas huelen a leche fresca y su cuerpo a piel de recental; y la del rábi que en las Sinagogas campesinas comenta la ley y hace respetar el sábado; y el alma también de la mujer que vive en la alquería hilando los cortos vestidos de sus hijos y guarda la recentadura que ha de fermentar nuevamente... Algarabía de razas. Sacan de los establos a las bestias de carga, y llévanlas al abrevadero para que refresquen de la sequedad del caminar; ciñen las esposas al marido el cíngulo de los días de fiesta bordado sobre piel de cordero. Los camellos con borlones sostienen a los pudientes, las yuntas de mulas arrastran a mujeres cortesanas que vienen de Antioquía. Puéblanse las cisternas de cántaras de alabastro, vacíos han quedado los lagares y limpios del zumo de la vid; y junto a las albercas de regadío, los muchachos del campo ven pasar el bullicio mujeril, ondulante de telas, de velos, de sayales, y perderse en la lejanía. Como el humo

pasan, como el hilo de humo que ondula en la chimenea y se pierde en el azul. Azul límpido del cielo en una caricia surcada de palomas. Bajan las caravanas de la Trachonítida y la Batanea con sus habitantes de ojos oblícuos que viven en terrenos áridos, calcinados de sol; los galileos de orillas del Genezareth que crecen entre los campos llenos de jugo y frente a la calma del mar pequeño y cerrado, y de Samaria, y de Perea, y de Fenicia la siria, y de Hebrón, la ciudad de la Idumea, y de Jericó, que engendra maravillosos rosales, y de Tebas y de Alejandría dormidas en su magnificencia desde la muerte de la Egypcia, la que amó a Antonio el Triunviro.

¡Jerusalén, Jerusalén! Sus torres, como rayos de plata; sus azoteas, como frentes alzadas al sol. Suenan las trompetas en el atrio santo, rasgando el regocijo de la tarde; y llegan las ofrendas en las manos de los creyentes o simplemente rituales: sacos de grano de maíz, terneras lechosas y asustadizas, óbolos y dracmas, pomos de esencias que traen las cortesanas, vinos fermentados que depositan los campesinos. Mercaderes que tienden sus estofas bordadas en el recinto sagrado dedicado a los gentiles: rostros curtidos de desierto, brazos tatuados de muchachuelos de Memfis, edomitas vendedores de amuletos, risueños chipriotas, somnolientos de Ecbatana.

Murmuran las turbas al paso de Salomé, princesa de Judea. Turbas de tez aceitunada que arras-

tran sayales y se apoyan en báculos. Y se quiebran en genuflexiones los escribas y los herodianos al paso de la juventud apática y voluntariosa de la hija de Asmoneos, sentada en su silla de ámbar. Tiene su belleza un tinte de rojizo esplendor. A través de las celosías desgranan las mujeres afiladas y dulces al oído de sus invitadas: ¡Es la sangre de Yokanaán el Bautista, que goteó sobre sus hombros! Del arrabal latino surgen meciéndose las literas de gentes patricias venidas de Cesárea y de Roma. Matronas viudas que arrastran por Oriente su luto arbitrario; jóvenes de túnica pretexta que recorren el mundo con sus profesores filósofos, mientras les llega la hora de sucumbir a las trágicas lujurias del Divino Tiberio. Se entrechocan las sílabas arameas, con la sonoridad latina; se oye recitar en griego. Pasa sobre la visualidad de las cosas, la dulzura de la lengua de Canaán.

¡Jerusalén! Como el sol sus almenas de oro, su aliento populoso cobijado bajo el azul. Magnificencias del templo que admiran los extranjeros: oro en sus puertas, oro en sus sitiales, en los incensarios y los pavimentos, oro. Encienden los levitas con trémulo respeto el candelabro de los siete brazos; y asciende Kaifás, Sumo Sacerdote, las gradas de su trono, en metálico arrastrar de la dalmática Santa. Sanhedritas con nariz de arrogancias, ancianos del Consejo, sacerdotes de mitras bordadas...

Pasan los esenios, torturados en sus penitencias.

¡Vibra gozoso, el mes de Nisán!

Magdala. Placidez rumorosa del lago de Genezareth, mar de Galilea. Rumor de sencillos telares. El eterno rozar de los bastidores desposándose con el azul del mar. Torre de Migdal, desgastada, trepada de adormideras; adormideras de tallos azules y de flores amoratadas. Cisnes en las charcas. Toscos pescadores sonrientes que descargan sus redes en fosforescencia de escamas. Vuelan las garzas, tan azules como el mar, tan rumorosas como los telares; vuelan del mar de Galilea a las viviendas de los tejedores. Se huele a pescado fresco, a tranquilidad. Calma, calma transparente en el azul del cielo, en el azul del mar. Indefinida serenidad azul: cielo del país de Galil. Serenidad indefinida y azulada: lago de Genezareth.

Se asoma María a la azotea, sombreada por el velario de seda violeta, y ya el ungüento de sus nardos empapa intensamente el rayo mortecino de sol, y la brisa que viene de las aguas, y flota sobre las cosas como un hálito de pecado. Y así como se desparrama el aroma de los nardos, así sobre Tiberiades, Capharnaum, Cozozaim y Bethsaida desparrámase la leyenda de la mujer. Leyenda de pecado, de belleza, de magnificencia,

de liviandades. Llámanla María de Magdala; otros, los más, la Magdalena.

Y la visitan, los opulentos señores de Damasco, que atraviesan el desierto adormecidos en el fasto de sus comitivas, sudorosos bajo sus turbantes de brocado, con la sola esperanza de dormir una noche tan sólo con la mujer galilea; y los ricos mercaderes de Sidón, que en sus naves Gaulus, de forma oval, han arribado a las costas de Efeso y Smirna, a las de Sybaris y Atenas, y hasta a las lejanas de Emporium y Zacinto, y ahora se ofrecen a la vista de los humildes habitantes de Magdala, desposeídos de su petulancia, mendigando un día de amor a costa de sus brazaletes de Bytinia, de su enigmático Brenthion que elaboran en Lidia y lo destilan en recipientes de cristal, de gemmas grabadas que pertenecieron a los Barca, los Suffetas de Cartago, y de sus púrpuras fenicias, que sólo se venden para el manto del Sacerdote del Sol en Emesa, y para la toga del Divino Augusto, señor del Mundo, y que la Magdalena emplea, hastiada ya de su abundancia, para vestir los cuerpos desnudos de sus esclavas. Y sanhedritas de Jerusalén, que la recuerdan inasequible, sentada en su silla de madera de olivo, resistiendo en su cuerpo el fulgor voluptuoso de las miradas codiciadoras de su belleza; sanhedritas que ahora, sobre las gualdrapas bordadas de sus mulas, dejan la posesión de Jericó o la casa florecida del monte Sión, con sus

mujeres sencillas, junto al brocal del algibe, los siervos que recolectan dátiles jugosos y envejecidos, los corrales alegres de cacareos, de graznidos, de mujidos, del chapoteo de los patos en el agua, del arrullo eterno de las palomas en su cubil—arrullo de una sola que se repite en las demás como en un eco, en hinchazón valiente del cuello magnífico—todo en un revuelo de plumas desprendidas y varijas rotas, para llegarse hasta orillas del Genezareth, muy envueltos de sus albornoces sombríos, pues les falta el cinismo enfático y risueño de los paganos, y traen el gesto hipócrita de judíos pudientes. Y, hasta mujeres corrompidas por los vicios de Alejandría, la rosada ciudad que reposa en el delta del Nilo, hacíanse conducir en sus literas de viaje, mullidas e inmensas, frente a la vivienda de la pecadora, para observar a través de las cortinas de tul, teñido y bordado, el surgir languidescente de su cuerpo en sinfonía de nardos olorosos...

III

Y una tarde, ¡oh la transparencia azul, diáfana, vibrante de la tarde de Magdala! El eterno rozar de los sencillos telares desposándose con el azul del mar. Recostada en la azotea, bajo el velario de seda violeta maquina la mujer; y suben volando hacia el peristilo las palomas...

Gentes que bordean el Tiberiades, tranquilo, sedoso, como un pájaro azul. Avanza despacio el Cristo, transparente y diáfano en la tarde; y vibra su palabra en la vibración sobre el mar, del atardecer. Le siguen los suyos: unas cabezas toscas con frente de sol, la Madre, bellamente marchita, el preferido, erguido de juventud delicada. María Cleofás, dulce y ambarina como un panal...

Viene hablando Rábbi Jesús, el Galileo; de sus labios maravillosos de amor y de perdón, ha brotado, diluyéndose en la tarde, la parábola del hijo pródigo. Y hasta la azotea donde reposa la mujer llega flúida su voz, voz de extrañas rimas y dulces modulaciones:

¡Alegría y gozo nos dan los que vuelven! ¿No acaricia gozoso el pastor a la oveja descarriada y parécele su piel más blanca que la piel de las restantes ovejas que estuvieron con él durante la jornada entera? Pues, yo os digo, que con el mismo goce se abrirán las puertas de los cielos para los publicanos y las pecadoras...

Y cayó la semilla en el alma de la mujer. Se incorporó sobre la balaustrada. Bordeaba el grupo el mar de Tiberiades. Perdíase hacia Capharnaum.

Y como esos vasos valiosísimos, cerrados y llenos de ungüento, así la mujer. Tomáronla todos con sus manos. La pulieron de caricas finas, se extasiaron mirándola... Mas dentro del alabastro quedaba el ungüento, concentrado, silencioso, aguardando su hora, y la palabra del Cristo, desbordó el espíritu limpio y perfumado sobre la impureza nauseabunda de la carne.

Y roto el alabastro, la mujer quedóse sola con el ungüento; sola y desconcertada. Y enfermó. Se le amorataron los párpados, palideciendo las mejillas, y a un leve gesto deslizábanse de sus brazos las ajorcas de cabalística pedrería y tintineaban sobre el mosaico del pavimento o se perdían en el regazo silencioso de las esclavas

Noches de insomnios, noches de pesadilla. Días iluminados de incertidumbre, y llega de nuevo la noche y no se ha resuelto nada. Sola la mujer. Vienen a su puerta los que necesitan del amor

de la carne... Y la puerta está siempre cerrada. Y semeja la casa, en su triste calma, una mansión de enfermedad, de reposo...

Y salió para Tiro la fenicia María de Magdala. Creíase doliente del cuerpo, más profundamente dolorida estaba su alma. Era una mañana, despertándose ya el día, cuando vieron los pescadores alejarse, acompasadamente, a los dromedarios de la pecadora con su carga de mujeres morenas...

El rumor de los sencillos telares desposándose con el azul del mar. Y despertó la ciudad, blanca e ingenua, trémula en el rozar de los bastidores, azul en el vuelo de las garzas, y miróse en el Mar de Galilea...

Envueltas en el plenilunio, bronceados los rostros en la plata lunar, comentan amistosas las siervas, en torno a las hogueras que se consumen en la noche: ¿por qué sufre la dueña? ¿Conocéis, acaso, el por qué de su tristeza? Marchitándose se desliza su cuerpo, y la sonrisa nunca amanece en el rictus doloroso de su boca.—¡Bien pálida está! Atormentada vive en un intenso penar. Obra de maleficio, ¿quién lo sabe?—Era antes como una fuente que brota, cual una fruta sabrosa a todos los paladares... Semeja una tumba, una colmena abandonada...

Y piensan en Tiro. ¿Por qué salieron de allí?

Tiro, la fenicia, con sus casas de mármol rosa, sus jardines de maravilla, acariciada de espuma del gran mar, mientras llegan volando las grullas, y las gaviotas. Embarcaciones que se mueven en sus costas como en alegre gorjeo de las aguas cegadoras de sol: naves de alto borde que despliegan la vela en lejanas latitudes; las caudicarias de proa de bronce, con la nota siempre vistosa de la soldadesca romana, en sus cascos empenachados; los trirremes avanzando con negligencia, los dromones en sus varios órdenes de remos, las galeras egipcias, frágiles de construcción, airosas y abombadas, los sencillos monoxilones, construídos en un tronco ahuecado en los que tan sólo navega un hombre...

Tiro, la anciana metrópoli, lindamente envejecida, amparando en su seno magnífico, restos de civilizaciones milenarias: persas escurridizos de la Mesopotamia o de Baotriana, que en las esquinas de los arrabales exhiben sierpes untuosas, fascinadas sus verdes cabecitas triangulares al fulgor reconcentrado de las pupilas; descendientes de Nínive o Babilonia que venden artículos exóticos de fina labor, y tienen todos en sus menores gestos un sello patricio, reposado y señorial; venden cual si celebrasen extrañas liturgias; mas que mercaderes, sacerdotes. Helenos de las islas, imaginativos y siempre jóvenes, que abren sus tiendas en el mercado bajo toldos de colores y ofrecen los vinos de Chios y de Chipre, la mejorana

de Mytilene o el nardo de Queronea, o bien pregonan las excelencias de sus termas y gymnasios; hombrecillos misteriosos y pálidos como el jade, que silban dulcemente al hablar en su lengua desconocida a todos, y muestran de sus cofres sedas bordadas y lucientes en un prodigio de gamas. Y hay en todos esos hombres un algo lánguido y exquisito; exquisitez de razas viejas, vividas, fatigadas. Los ciudadanos romanos del Lacio, al pasar junto a ellos, resaltan en su enfática grosería de advenedizos.

Tiro la fenicia, que adora a dioses primitivos. Suben a su Acrópolis los sacerdotes de Melkarte, con sus bonetes cónicos y sus collares de perfume, silenciosos, graves, entre ambas filas de abedules y cipreses. Sacerdotes eunucos y afeminados de Astarté, de pequeñas trenzas rizadas, el gesto femenil con que rinden pleitesía a la Diosa, estatuilla de ónice que sondea el infinito a través de esmeraldas. Mármoles cartagineses en la mansión de Molok el Sanguinario, que pide sacrificios de infantes, con sus brazos terribles y su mueca de niño...

¡Era alegre la vida en Tiro la fenicia, humedecida de gotas de mar, cobijadora en su seno rosado y magnífico de una vida milenaria!

¿Por qué sufre la señora? ¿Conocéis, acaso, el motivo de su sufrir? ¡Bien pálida está! ¡Tan pálida como las rosas marchitas! ¿Obra de maleficio? ¡Quién lo sabe!

Y amanecía límpidamente, y traía la aurora los efluvios frescos y olorosos de manzanas, y de vides, de mirtos y arrayanes de Galilea... Se desperezaron los dóciles dromedarios en sus cuellos curvos, y moviéronse los camelleros golpeando el pedrisco arenoso con las altas varas de olivo y de sicomoro. Las siervas se sintieron envueltas en la frescura trémula del amanecer y se agruparon junto a la dueña, pálida de insomnio...

IV

Naim "la Bella". Refugiadas en la hondonada sus casitas de alabastro. Las palmeras le dan higos dulces; los enebros y el cinamomo la agobian en un abrazo oloroso. No hay movimiento de estolas, ni paso de mercaderes, ni conversaciones... Sus gentes viven silenciosas y felices en las alquerías, arando la tierra, recogiendo el mijo, bailoteando alegremente sobre los racimos de vid. Los dueños no vienen más que raras veces, y entonces todo el candor del espíritu campesino sube a sus rostros, y marchan unos días atolondradas y confusas y torpes en sus quehaceres por creer que siempre les están mirando. Pero lloran cuando les ven partir, y piensan que volverán quizá pronto, y alegres, menos cohibidas saldrán a esperarles hasta el caminal... Mas cuando vuelven se muestran de nuevo más torpes que nunca.

Cuando hay luna, Naim la Bella está toda blanca. ¡Tan blanca, tan limpia! ¡Como el espejo de la luna! Toda la luz flúida, lactescente, se desgrana en arpegios, se cuaja, se condensa, se

reclina sobre las techumbres de Naim la Bella, y el ladrido de un perro en el casal, o la voz de la mujer que apareciendo en el umbral de la vivienda cobijada de parrales, llama al hijo o al hermano—están sin duda arrojando restos al muladar, o cubriendo con cañas los higos maduros que se arrugan y tuestan al sol—quedan incrustadas en el mágico silencio de la noche lunar.

En el camino, cercana a la pequeña Sinanoga, muy quieta en su blancura, la casa de la pecadora. Ha buscado este refugio porque aquí el ambiente ayuda a pensar. No distrae, no conturba. Se está siempre consigo mismo. Bethania, demasiado optimista, demasiado alegre: se llega a creer que la vida no es sino un vuelo de palomas blancas en el cielo azul. Jerusalem incita al pecado y a la hipocresía y nunca está uno sólo, siente que le miran ojos insaciables... Magdala es dulce, mas el leve murmullo de su mar despierta imaginaciones. Y Tiro, ¡oh, Tiro la fenicia que hace vibrar los sentidos en su desfile de maravillas!

¡Que distinta Naim! En la quietud de la luna, en el sosiego de los casales, no hay una sola nota discordante ni el más leve latido tembloroso. Y la casa de la pecadora, es pequeña, blanca, empapada de luna. Nada tan lindo como su patio, su patio sencillo, despejado al cielo, un granado en el centro, y al fondo el aljibe con su rosal trepador. Hay un pavo real que arrastra ceremonioso su plumaje sobre las piedras pulidas y desgastadas.

Sencillez de mujer que ha vivido en la abundancia. Eterno agonizar de los espíritus complejos, la sencillez. Sencillez refinada. Arriba en la vivienda hay un vaso de alabastro con ungüento de nardos; en el pequeño patio las rosas trepadoras, las flores del granado, un pavo real.

¡Hay tal quietud en Naim la bella! Se oye el Silencio. Y a la agitación nerviosa de la mujer, al desvelo agobiado de desorientaciones, ha seguido una calma dulce, una calma emotiva, emotiva y difusa. Cada latido de su alma, cada pulsación de su espíritu, se esponja, se ahueca, resuena en toda ella, en el silencio de sus sentidos muertos, de su cuerpo gélido de hastío.

Al atardecer, la Magdalena se sienta al borde del aljibe y una anciana sirvienta le trae la rueca de cedro, y el huso de marfil, y una redonda canastilla donde se amontonan ovillos de lana. Hila sentada en el aljibe, sirviéndole de fondo el rosal tremolante de todas sus rosas. Como es el tiempo de las recolectas—ya muelen el grano de trigo, los mancebos campesinos nerviosos y vírgenes en su pubertad—el granado ostenta el peso coronado de sus frutos goteantes de zumo, de zumo dulzón. Y el pavo real picotea las ramas más bajas. Y desciende sobre la mujer todo el sencillo arrobamiento de la tarde.

Es la hora en que silenciosamente, con un silencio campestre hecho de remolinos de polvo que levantan los ganados, atropellándose a la entrada

del redil, mientras se respira a herbazal mojado, vienen las mujeres bajo los umbráculos, jadeantes aún del ajetreo casero de la jornada, dando bendiciones al Señor, que les trae a los seres queridos dorados de sol, del sol tibio de los alcares, en dócil pastoreo de las yuntas de bueyes, de las ovejas que se desmandan, de las terneras que pacen reposadamente. Y unos gritos de llegada hieren la quietud desde el caminal. Son los jóvenes que salieron de Naim el mes de Ayar y llegaron hasta la Siria, y que vienen con sus canastas llenos de zayas, de escualas, de lampreas, no pudiendo sus sencillas mochilas de cáñamo soportar el peso de tórtolas y de perdices, de garzas y de pardillos, de grullas y de tordos de Fenicia...

V

Dejando su mar—tranquilo Mar de Galilea, sobre cuyas aguas se esparcieron, diluyéndose en la tarde, las parábolas poéticas, sencillas y maravillosas—Rábbi Jesús, el Cristo, baja de Nazareth por el camino de los granados, abriendo una estela fugaz y dorada al atravesar reposadamente los trigales. Y las altas panojas primerizas, quedan balanceándose luego de haber cedido paso al Señor. Le siguen los suyos. Judas, portador del dinero; Pedro, el de Bethsaida, tosco como su nombre, y de sublimes arrebatos como las aguas de un mar; Juan, el preferido, con la adorable inconsciencia de la juventud... Y parecen las cosas como que tomen vida a la presencia del Señor, a su palabra cálida, que se inspira en la Naturaleza, que tiene sonoridades dulces de campos en flor, y reposo de ademanes en torno a los trigales... Palabras que brotan quedamente de los labios sutiles, que brotan rebosantes de amor, ansiosas de un amor todo amor, al que no pueden saciar los mezquinos amores de los hombres. Pa-

labras que cayeron blandamente sobre las panojas de los bancales, que prendiéronse en las ramas de los olivos, que sonaron sencillas bajo las bóvedas de una vivienda campesina, que diluyéronse en la tarde a orillas del Genezareth... Sugeridoras en su poesía. Palabras de Rábbi Jesús, el Galileo.

Y entran en Naim. Naim "la Bella", en la hondonada sus casitas de alabastro, sus palmeras, sus enebros, sus cinamomos, y su silencio. Van a la comida en casa de Simón el fariseo, a quien llaman algunos el leproso. Y parece que se cierne sobre los casales un olor a mediodía.

María de Magdala se inmuta en su estancia, en un estremecimiento sutil. En el respirar del ambiente llega hasta ella, aquella voz de extrañas rimas, y dulces modulaciones, la voz que bordeando el mar de Tiberiades, pasó por Magdala, y perdióse hacia Capharnaum... Y se inclina tras la celosía. Lleva la roja cabellera suelta y es ya bien distinta su belleza. No es la mujer-carne, es la mujer-espíritu. Y a la vista del Cristo, en su alma se ha hecho la luz...

HISTORIA DE UN PRÍNCIPE JUVENIL

I

QUELLA plácida mañana de Mayo murió la joven Señora. Parecía extraño que hubiera muerto alguien ante la riente apoteosis del jardín. Todo reía. Reían los Iris de Florencia balanceándose sobre los altos macizos; reía el Fauno de Bronce vertiendo su risa líquida en el tazón de mármol del estanque; reía, al asomar la cabeza por encima de las trepantes madreselvas, la jirafa comprada a los mercaderes africanos, y abriendo en la balaustrada el albo abanico de sus colas, los pavos reales blancos rociaban sobre las flores sus alegres graznidos inarmónicos.

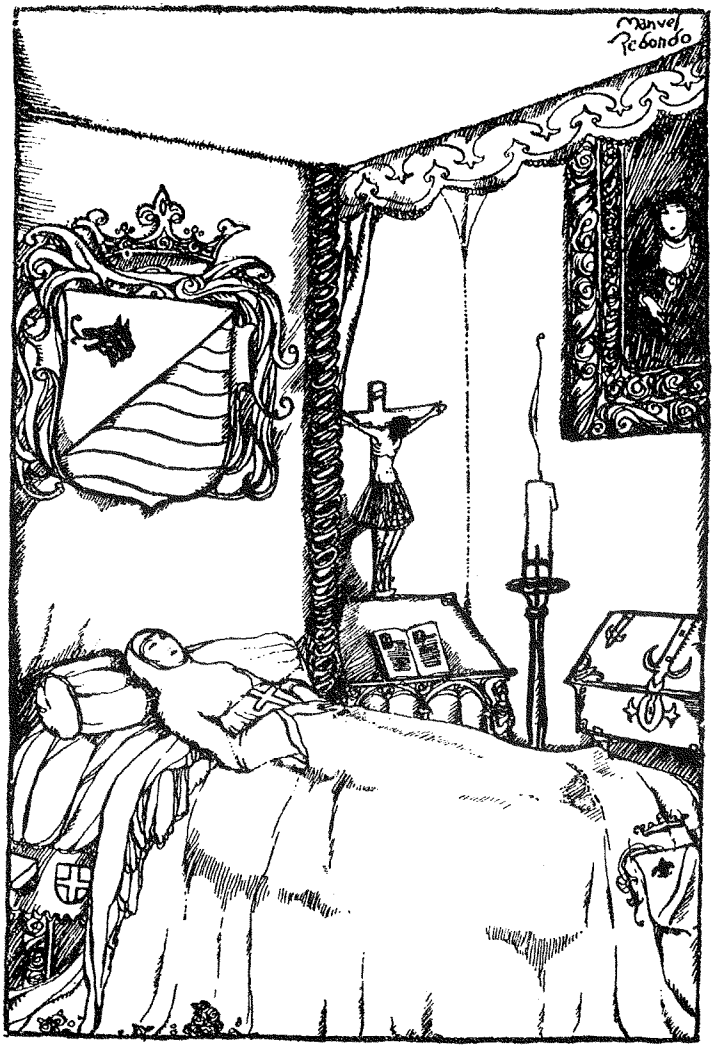
Mas la joven Señora había muerto.

A través del calado balcón, al que remonta-

ban las delicadas ramas del jazminero, tremolantes al peso aromado de sus florecillas, se la veía amortajada en su lecho de columnas. El humillo del grueso cirio que, sostenido por un candelabro esculpido, velaba a la cabecera de la muerta, imprimía a sus finas facciones un fugaz aleteo de vida; y enfrente alzábase, sobre el tapizado de la cámara, su retrato, un cuadro de tonalidades sombrías en el que el artista había impreso un extraño presentimiento de tragedia, ya que una verdadera tragedia habíase cernido sobre el Palacio Ducal, aunque nadie aparentara conocerla. Mas aquel día, cuando los heraldos gritaron la triste nueva, los rostros se ensombrecieron y las puertas de las viviendas cerráronse cautelosamente.

Apenas hacía quince años que la Duquesita llegó de Urbino, para sus bodas con el Señor del pequeño estado italiano. Hubo alegres festejos, y la linda prometida desfiló por las calles, airosa sobre su corcel ambarino, y en su comitiva figuraban el enviado del Pontífice, el Marqués de Mántova, Embajadores de la República Veneciana, y patricios nombres de Vicenza, Pádua y Verona. Con gozo muy infantil vivió junto al Duque en aquel castillito renacentista, que por lo adorable de sus proporciones y la melodía de sus adornos, Goethe hubiera llamado "música muda". Nació el único hijo, el heredero del Ducado, y la impúber belleza de la joven Señora fué lentamen-

MAS LA JOVEN SEÑORA HABÍA MUERTO


Manuel Pedondo

te enriqueciéndose en su amor maternal, como los amaneceres del color de los pétalos de rosa que van tiñéndose de púrpura en su vibración molecular.

Se amaban; mas el Destino, ¡qué vacío, qué laguna invisible había tendido separando sus vidas! Tanto la Duquesa era fina y delicada, como el Duque fiero y altivo, y cuando ella gozaba en las lentas horas de sus jornadas en modular la voz de su niño, haciéndole cantar antiguas baladas norteñas, oídas en Urbino a los trovadores, el Duque fruncía el gesto, y hasta llegaba a enfurecerse, lamentándose con gritos de que hubieran pasado los tiempos heroicos y varoniles, y hacía vestir al pequeño Príncipe la minúscula cota de malla y le llevaba a su lado durante una tarde entera, al galope de los caballos.

La Duquesa creó su corte al ejemplo de los poderosos estados italianos. Tenía aquella reducida corte todo el encanto novelesco de ese siglo XV italiano tan complejo, en el que al declinar el Medioveo obscuro y opaco, un genio alado mecía en su cuna de oro al Renacimiento-Niño. Hizo venir a un gran humanista; pensionó a un famoso pintor, el mismo que dibujó sus pálidas facciones con aquel vago presentimiento de tristezas venideras; compró para el oratorio privado esa Virgen de Crivelli, de manto recamado y marfileña faz, y se rodeó de poetas ligeros y orfebres minuciosos y de músicos, al compás de cuyas no-

tas bailaban seductoramente las parejas en las fiestas del Palacio Ducal.

Mas un día, el hermano de la Duquesa llegó al Castillo. Era, como ella, amante de lo bello, y desde pequeños habían vibrado sus almas al unísono. Y al alma de la Duquesa llevó esta inesperada venida del hermano, el mismo goce que siente el artista ante todo aquello que halaga sus ojos de buscador eterno de armonías y coloraciones.

¡Cómo deslizáronse los días en aquel bello rincón de Italia la bella, en el que los campesinos y habitantes del poblado guardaban aún las costumbres y respetos del Medioveo, casi patriarcales, y en el interior del Palacio Ducal elaborábase una nueva era luminosa que esparciría sobre la vida de la humanidad un sin igual destello.

Siempre juntos, entreteníanse los hermanos, al terminar la misa, leyendo bonitos libros de raras encuadernaciones, o hacían llamar al orfebre de la corte, que colocaba ante sus ojos extasiados, medallas de oro de un prolijo trabajo, bandejas y utensilios de comedor en los que danzaban todo un mundo maravilloso surgido a la caricia del minucioso cincel, y gemas de gran valor esculpidas con los mismos detalles que si el artista hubiera trabajado sobre una gran superficie de mármol. Otras veces paseábanse por la galería de retratos, queriendo asimilar la belleza creada por los artistas a través de sus ensueños de color.

Por las tardes, sentábanse con varios señores principales de la corte en la balaustrada del jardín, desde donde contemplábase el poblado con su riachuelo de orillas apacibles que iba perdiéndose en lontananza. A esa hora del atardecer llegaban los campesinos en busca del reposo, recogían los vendedores sus sencillas mercancías y plegaban los toldos de sus tiendas; salía alguna señora, acompañada de la dueña, para hacer sus comisiones al árabe que vendía ungüentos en su obscura casucha; asomábase a su azotea la vieja acusada de brujería, de cuya chimenea ondulaba eternamente un filamento azulado, y de vuelta de su paseo se acercaba cabalgando en medio de sus familiares el Cardenal adolescente, con las botas bordadas de rubíes... Venían los soldados de labrado casco y faldilla gualda a montar la guardia nocturna al Palacio Ducal, y grupos de mancebos internábanse por las calles de regocijo, donde estaban las hosterías del buen vino y aquel teatro de marionetas que hacía llorar a la multitud. En la gótica Catedral comenzaban a encenderse las lucecitas de las celdas monacales, donde los frailes esmaltaban de flores de fantasía y arabescos delicadísimos el pergamino de los códices miniados; y a una linda mansión de la redonda plaza de columnas llegaban artistas y nobles señores de largas calzas de seda, que presentaban sus respetos a célebre cortesana recién venida de Venecia, gran creadora de versos

en las horas que dejábanla libre el placer y el tocado...

Ya de noche, mientras el Duque discutía con sus Magistrados de negocios y de política en la vieja Sala de Armas, el joven Señor de Urbino tañía la mandolina a los pies mismos de la hermana, que cantaba al son de su lánguido tañer, y en la maravillosa chimenea de marfil desmoronábanse los troncos al júbilo escarlata de las llamas.

Mas habían pasado ya con la vaguedad de un sueño los días felices. Y una mañana de Mayo murió la joven Señora. A través del calado balcón (por el que la brisa traía en caritativa ofrenda los efluvios rientes de la primavera) se la veía amortajada en su lecho de columnas.

Y había muerto envenenada la Duquesa. Unas bujías verdes, delicadamente esculpidas y que despedían al derretirse en el descenso de la llama un aroma sutil, vengaron los celos del Duque; y del amor criminal no restaba más que el joven Señor de Urbino caminando hacia sus estados con el corazón abatido de dolor, y la Duquesa amortajada sobre la colcha de perlas.

La atmósfera estaba cansada en la cámara de la muerta. El hálito oloroso que venía del jardín la enrarecía poco a poco en una bruma gris. Las damas, vestidas de brocado negro, velaban; un grupo de viejos caballeros guardaban respetuoso silencio en la antecámara; y descorriéndose el ta-

piz de entrada, los cortesanos se alzan de sus asientos ante el niño Príncipe, que llevado de su preceptor, viene a decir el adiós a la madre.

—¡Mamá! ¡Mamá!—ha gritado el niño, desconcertada su alma al tacto glacial de la mano muerta—. ¿No me acaricias, mamita?... ¡Ya no me quieres!—y solloza abrazado al cuerpo pálido y rígido; solloza ruidosamente sin saber por qué, ya que un amontonamiento de ideas infantiles zumban pesantes en torno al infantil cerebro.

En el patio interior del Castillo se oye el rodar ceremonioso de carrozas al compás de los alazanes. Una de las damas, enlutada de brocado, se desliza hasta el balcón, y observa con sus pupilas enrojecidas al contacto del pañolillo de encajes.

De su carroza de raso escarlata, con pesados florones de oro, desciende, arrastrando su larga cola de púrpura, Su Eminencia (apenas de diecisiete años), con deslumbrantes esmeraldas en el pectoral y los anillos. Un pajecito llevaba sobre un cojín dorado el capelo rojo, colgado de borlones, y dos eclesiásticos el báculo de oro y la mitra resplandeciente de joyas.

—¡Oh, qué delicia!—gritaron las rojas verbenas que crecían a los pies del blanco Apolo desnudo—. ¡Va vestido como nosotras! ¡En realidad, toda la gente de buen gusto tiene las mismas ideas!

II

El Príncipe se vistió, ayudado por sus pajes. Le vistieron de negro, y sólo la camisa de encaje, que dejaba ver el jubón entreabierto, ponía la nota desigual en el austero conjunto. Desde la muerte de la madre no había quitado su luto, ni para la recepción del hijo del Pontífice, que cruzó la comarca al frente de sus ejércitos, deslumbrando a todos la doble fila de rubíes que adornaban su boina, y las perlas y diamantes incrustados en las riendas de su corcel.

El Príncipe estaba siempre taciturno. Apenas hablaba con nadie, y su único placer (la pasión de toda su vida) eran los libros. Cuando en el Castillo todos dormían, y las luces se iban extinguiendo en las ventanas de los aposentos, él, sentábase ante sus libros con avidez, y leía y leía la noche entera, y algunas mañanas, al entrar a vestirle sus pajes, encontrábanle sentado aún en el sillón hojeando lánguidamente un poema, o extasiado ante las miniaturas y camafeos que se alineaban sobre un facistol, verda-

dera maravilla de una antigua Catedral de los estados flamencos.

Ya vestido el Príncipe, dió a besar su mano a los pajes (nacidos de las patricias familias del Ducado), y descendiendo al primer piso, entró en la capilla y oró junto a la cripta de mármol donde reposaban los restos de la muerta. Daba lástima el ver cómo buscaba la soledad para desatar allí los lazos de su dolor, y cómo besaba con fruición y congoja la fría losa marmórea, donde leíase en letras de relieve: "Aquí yace Su Excelencia".

Y, como todas las mañanas también, antes de comenzar sus estudios se dirigió a la parte del Castillo que daba sobre los jardines, para visitar con veneración las habitaciones de aquélla que encarnó para él todas las virtudes. Entró en la cámara-dormitorio; estaba adornada esta cámara con una riqueza risueña y señoril: las paredes, tapizadas de extraños tulipanes anaranjados, y el lecho en el fondo, sosteniendo las delgadas columnas de plata la riqueza bordada del dosel.

¡Qué placer tan íntimo era para el joven Príncipe pasearse y moverse por esta cámara, que, cerrada desde la muerte de la madre, parecía haber aprisionado los rientes despojos de aquella vida cortada bien trágicamente! Placer triste y consolador que le hacía acariciar la colcha de perlas (frías le parecían aún desde el día lejano en que reposó sobre ellas el cuerpo exangüe); con-

templarse en los espejos (los mismos en los que ella había sonreído tantas veces al prender un joyel sobre el tocado, para presidir con el Duque algún torneo o festejo); tocar los objetos que las manos de la madre habían acariciado diariamente (el abanico de plumas perfumadas, el estuche de esmalte transparente de Limojes que le ofreciera el viejo Rey de Francia luego de la conquista de Milán, el largo rosario que colgaba del reclinatorio, en cuyas cuentas de topacio un artista exquisito había grabado minuciosamente la historia toda de Santa Casilda... Pero lo que más seducía al Príncipe, era sin duda ninguna el pálido lienzo desde donde sonreía la Duquesa, con una extraña sonrisa fingida, que quizá la tristeza de los párpados hacía todavía más misteriosa. El Príncipe lo contemplaba lleno de arrobamiento, y sus ojos buscaban soñadores las manos pintadas, aquellas manos que cuando acariciaban fueron para él símbolo de todas las alegrías.

Así vivió el Príncipe durante dos años. El dolor le había herido al comienzo de su vida, en esa edad de los quince años en que todo debe sonreirnos si queremos que el resto de nuestra existencia se deslice optimista y reidor. ¡Mas desgraciados de aquellos que se sienten heridos en tan tierna edad! Y en su sensibilidad cayó aquella primera gota emponzoñada.

Y a los dos años murió el Duque. El vulgo, siempre dispuesto a dar explicaciones de los he-

chos, contó en voz alta que aquella muerte la traían los remordimientos. El médico de la corte la atribuyó a un enfríamiento, y en realidad, aunque sonaba lo mismo, era cosa bien distinta. El Príncipe, insensible, asistió a las exequias, y sólo cuando abrieron la losa de mármol para el sepelio, las lágrimas le inundaron el rostro. Mas los cortesanos sabían ciertamente que no lloraba por el padre.

Y muerto el padre, el joven Príncipe pudo prender sobre su jubón, el collar de viejas esmeraldas que lucían como distintivo los Duques reinantes del pequeño estado italiano. En su tristeza habitual, el poder que venía a sus manos juveniles fué como el gorjeo de un pájaro en la selva llena de tinieblas. Sus siervos le adoraban, y la comarca entera se regocijó largamente. En verdad que el joven Príncipe unía, a su riqueza de espíritu, la más preclara belleza que hayan conocido los siglos. Era su talle esbelto y su marcha reposada, mas sin duda ninguna en la cabeza residía todo el encanto de su fascinación, ¡aquel rostro pálido, los bucles negros, cual los jacintos en flor, la mirada sugeridora de ideales de aquellas pupilas de un extraño color de salmón! Esta su misma belleza le hizo triunfar en Roma cuando fué a recibir la bendición del Santo Padre, coincidiendo su estancia allí con las fiestas de los Carnavales, en las que fama gozaba el lujo y la pompa que desplegaba en ellas la corte pontificia. El Duque Valen-

tino, tan admirador de la belleza, le hospedó en su palacio de a orillas del Tiber (el palacio sobre cuyas paredes había pintado durante jornadas enteras un artista venido de la Umbría, Betti el Pinturichio), y la hija del Pontífice le sentó a su lado en la cena de Su Santidad, honor muy manifiesto allí donde estaban un Cardenal de Médicis y un Duque de Ferrara. Y cuando en la cabalgata mitológica desfiló por las calles de la ciudad, interpretando al joven Hylas, las damas, en medio del arrobamiento, le arrojaron flores desde el marco bordado de las ventanas renacentistas, y la multitud gritó de entusiasmo, subyugada a su presencia; pues en verdad que con sus ligeras sandalias y su cabellera a bucles, encarnaba a maravilla al mancebo que atrajeron las Náyades y que fué amado por Heraclés el Anfitronada...

De su visita a Roma el joven Príncipe regresó a sus estados con el corazón menos suyo. En una mascarada celebrada en las salas abiertas del Vaticano había conocido el amor. Estaba en un grupo de caballeros fantásticos en sus disfraces, cuando las aletas de su nariz vibraron a la voluptuosa caricia de un perfume penetrante y singular. Volvió la cabeza interesado; y vió cruzar el salón, con un paso menudo y señoril, a una preciosa criatura tan pálida, que semejante era a esas imágenes que vienen a visitarnos en nuestros ensueños, incoloras, como vistas a través

de un velo diáfano y uniforme. Tan pálida, que las perlas de su tocado de reina prehelénica tomaban una coloración de rosas al resbalar por sus mejillas, y su manto rosado parecía de púrpura cuando posábanse las manos sobre él.

El Príncipe la amó desde el primer momento, y cuando inclinándose ante ella le habló por vez primera, la encontró mucho más pálida que a distancia, pues las venillas azules trazaban sus filamentos de turquesa a través de la piel transparente, y ponían en las sienes dos sombras azuladas. En realidad, daba miedo el tocarla; casi admirarla imponía. Parecía que iba a romperse a la débil fuerza de una mirada.

¡Cuántas veces, desde entonces, bien entrada ya la noche, salía el Príncipe de la mansión del Valentino, y por las callejuelas tortuosas marchaba con el paso veloz del enamorado! A la otra parte de la ciudad, en un palacete de mármol, pasaba ella con la abuela los días de los festejos, y en el jardín del palacete reuníanse los jóvenes amorosos, cuando el Príncipe sonaba tres golpes ansiosa la mano sobre la puertecita secreta, y ella, la joven señora venida de Padua la abría lentamente con su mano temblorosa. Noches florecidas bajo el esmaltado cendal del firmamento. Divinas noches de amor que deslizáronse con silencioso paso sobre el jardín aromado, inundando de plácida voluptuosidad a los cuerpos juveniles. Horas enteras habiánlas pasado así, entrelazados y si-

lenciosos, aspirando el placer de la hermosa noche serena, arrullados por extraños ensueños de felicidades venideras.

El Príncipe volvió, pues, a sus estados con el corazón menos suyo, y durante el camino, iba aspirando con intensidad el perfume penetrante y singular que le diera ella la última noche en un joyel de oro, en el que había incrustado un delicado camafeo griego con el desnudo cuerpo del durmiente Endymión.

III

En el viejo Castillo feudal se hacían los preparativos indispensables para recibir al joven Príncipe, que de la capital de su estado había salido para el destierro. Los criados (dos muchachotes y una anciana dueña, antigua sirvienta de la Duquesa) se ocupaban dos días ha en ordenar las habitaciones que debían albergar al pobre niño, y de veras trabajaron con ayuda de las hijas del guarda, cuyos brazos blancos y sanos, que movíanse airosos en la limpieza, eran objeto de alegres comentarios por parte de ellos. Alguna vez, sin embargo, durante su trabajo en las tristes estancias, notaban cómo la vieja hacía esfuerzos por no llorar, y oprimíaseles a los muchachos sus sencillos corazones al sólo pensar en las tristezas de su Señor.

Reproducíase entonces a sus recuerdos, las calamidades llovidas sobre el pueblo, desde el día en que el Duque del vecino estado poderoso y floreciente puso sitio a la ciudad. ¡Qué valentía demostraron todos en aquella defensa acalorada y

extrema frente a los ejércitos arrolladores! El Príncipe mismo sacudió heroico su eterna somnolencia, y el pueblo le aclamó conmovido cuando le vió salir de Palacio con su rica coraza, sobre su caballo caparazonado de placas de metal. Vinieron los días del abatimiento físico, en que al cruzarse las miradas de los combatienes parecían reprocharse avergonzados: ¡Cobardes! Vinieron los días de la pobreza y el hambre, días de angustia mortal, que imprimieron en las facciones esa atroz fealdad repugnante de los agobiados bajo un largo sufrimiento material. Hubo que claudicar. El sitio había durado tres meses. Y al claudicar vinieron los días afrentosos de las humillaciones: la entrada enfática y destructora de las huestes victoriosas, la ocupación del Palacio Ducal. Y al paso del tirano coronado de triunfo, grupos de ciudadanos que desfallecían de muerte alargaban sus brazos mendigando una última súplica: ¡Señor, cuidad de nuestro Príncipe! ¡Respetadle! Y el Príncipe guardó esta tierna súplica de sus súbditos moribundos en el relicario amoroso de su alma.

Mas ahora, marchando hacia el destierro sufría su amor propio. En realidad era sobre su amor propio sobre el que había caído esta segunda gota emponzoñada de su desgracia. ¡Y es trágico para un joven el atacarle en su amor propio! El hombre puede sostener un combate similar con la sociedad o el Destino; para el adolescente, es en verdad, de consecuencias trágicas. Y en el pe-

cho del joven Príncipe brotó un dolor rabioso y agrio.

Le llevaban en una litera de viaje, arrastrada por caballos con palafreneros. Le habían seguido uno de los esbeltos pajes del Palacio Ducal y la mayoría de su servidumbre particular. Veinte hombres de a caballo custodiaban al prisionero, sirviéndole al mismo tiempo de comitiva, y a nadie ocurríasele pensar en las comarcas que iban atravesando el Príncipe y su escolta, que bajo los rasgos sonrientes y las tocas de pluma se ocultaron los hombres encargados de ejecutar órdenes siniestras.

Y el pequeño cortejo avanzaba lentamente durante las jornadas perezosas de un verano demasiado cálido; y avanzaba en silencio. Sólo algunas veces el Príncipe, desde su litera, comenzaba un breve diálogo con los gentiles-hombres que cabalgaban junto a las portezuelas, mas eran diálogos que languidecían insensiblemente, faltos de vida. En verdad, que la alegría dorada del sol que reía arrancando al universo doradas carcajadas, parecía como un reto descorazonado para la tristeza del Príncipe...

Aquel atardecer atravesó la comitiva un bosque sombrío, fresco de lluvia estival; volvió a salir al camino ya lleno de luna. Por el puentecillo de piedra entró en la fortaleza.

En la escalera de honor recibió al Príncipe el Gobernador del Castillo; los criados sostenían can-

delabros con luces, y la anciana dueña de la Duquesa vino a besar la mano del mancebo, llorosa de recuerdos. Los carros abombados que traían utensilios y vestuario, rodaron por el patio en un oscilante moverse pesado y ruidoso; las rollizas hijas del guarda, asomadas a un balcón interior, abrían los ojos, arrebatadas a la vista de tanto gentil señor; más ceremoniosa (menos franca, podría leerse), la esposa del Gobernador husmeábalo todo, escondida tras un cortinón de damasco.

IV

—¿No encontráis al Príncipe muy triste?—preguntaba, apoyada en su bastón de ébano, la anciana dueña al paje juvenil.

Paseábanse por el largo corredor húmedo y siniestro, cuyas paredes habían sido recubiertas de maravillosas tapicerías de Arras, tejidas con filamentos plateados. Cuando en su charla atravesaban el espacio de luz de los ventanales, adquirían un relieve momentáneo y brillante, y al detenerse en los espacios de sombra, semejaban dos figuras más, incrustadas en los extraños tapices, figuras surgidas a la obsesionante y misteriosa trama de los tintes desvaídos.

—¿No encontráis al Príncipe muy triste?—repitió la anciana—. Hace dos días que no me llama cuando le visten, para que le distraiga con mis relatos. Dos días también que no sale en su caballo por el borde del río, ni tañe el laúd... Nadie le ha visto en el jardín cuidando de sus flores, y hasta aquel trozo de mármol con el que le vi distraerse

la semana pasada, dándole golpecitos, abandonado está entre la hierba. Realmente no me explico este abandono. ¡A su edad, y siempre metido en esas habitaciones sin ventilar!

—El Príncipe lee, abuela. Mejor dicho, sueña. —Comenzó el joven apoyándose indolentemente en uno de los ventanales y mirando indefinidamente el azul indefinido del mar—. Cierto que estos días no anda muy alegre. ¿Recordáis al caballero que quiso verle de paso para Módena, y que traía un lucido acompañamiento de cincuenta jinetes? Era un antiguo conocido que quiso ofrecer los respetos al Príncipe. Hablaron largo tiempo; el caballero relató agradablemente las nuevas que se deslizan sobre el mundo desde nuestra salida de él. Dijo que el actual Pontífice debe su trono al pecado de simonía; que en Inglaterra se prepara un cisma repugnante, por cuestiones frívolas de su monarca, ¡y qué sé yo cuántas más atrocidades! Luego habló de arte. Dijo haber visto en Roma a un adolescente enfermizo y hermoso que extendía sobre las paredes del Palacio Santo las gamas milagrosas de una belleza inmortal; que en Florencia había muerto, de tristezas desconocidas, Monna Lisa, la mujer del Giocondo, y que en las bodas de una joven señora de Padua, los representantes de la Señoría de Venecia habíanle ofrecido un lienzo valiosísimo, y las espléndidas capas de armiño que lucieran en la ceremonia. ¡Qué lejos estaba el buen caballero de pensar que con esta sen-

cilla noticia hundía un aguijón doloroso en el corazón de nuestro Príncipe!

La anciana levanta hacia él la rugosa faz, que interroga...

—Ha sido su último dolor—murmura entristecido el rubio muchacho—. Conozco este único amor de nuestro Príncipe por una pálida niña nacida en los vergeles de Padua. La conoció en Roma, durante los festejos, cuando aun la estrella de su Destino parpadeaba de luz en el firmamento...

—¿Y ahora?—musitó con voz trémula la anciana arrastrando sus tocas de luto.

—¡Ahora! Una vez más la vida ha herido a nuestro Príncipe con la rudeza de sus hechos trágicos o arbitrarios, y la niña va camino de un trono y de riquezas, cosa que le ha parecido mucho más sublime que el venir a la fortaleza, asilo de un Príncipe desposeído de honores y abatido de desgracias...

...Yo le vi la otra mañana en éxtasis contemplativo ante los tres objetos que guarda celosamente con tanta reverencia: el retrato de la madre, el collar de viejas esmeraldas, y un tarrito con perfumes. Tres símbolos para el Príncipe... Creed que me conmoví ante la vista de aquellos objetos, que no eran sino restos exquisitos de ilusiones, que el Destino se complació trocar en recuerdos dolorosos. ¡Qué extraña expresión brillaba en los lindos ojos del Príncipe cuando me dijo al volverse, y contemplar los míos húmedos de lágri-

EL PRÍNCIPE LEE, ABUELA.
MEJOR DICHO, SUEÑA.

Manel Redondo

mas: "Los hombres pueden privarnos de aquellos a quienes amamos, pueden, en su maldad, destrozar nuestras vidas, interponerse malignos en nuestro camino, agotar hasta el exceso el insano placer de herir en lo más íntimo con la daga sinuosa de sus odios... ¡Mas, si queda un ideal!..." Y entonces el Príncipe aspiró con fruición un manojo de rosas rojas y sentóse ante su libro, un sencillo libro que lee durante noches enteras, y sobre cuyas páginas amarillas escribe con el semblante arrebatado, libro que el Príncipe ama sobre todas las cosas.

—Monomanía por los libros la que reina hoy día—extrañó la anciana moviendo acompasadamente la arrugada cabeza envuelta por las tocas—. En mi juventud, tenía Su Excelencia, allá en Urbino, una buena colección de ellos, y riquísimamente encuadernados, ¡mas nadie los leía! Tan sólo el Señor Obispo venía algún día sobre su mula y complacíase en leerlos hoja por hoja, por lo que todos le miraban entre respetuosos y asombrados, y de tantas cosas iban a preguntarle por su ciencia, que pensé desde entonces en no abrir jamás un libro para que las gentes dejáranme vivir con tranquilidad.

Sonrió el joven paje con misericordia.

—¡Vivimos otros tiempos!—dijo—. Una aurora nueva y luminosa se alza sobre el mundo.

Por el ventanal abierto sobre el mar veíase el multiforme romperse de las olas por el Oeste,

y la placidez acariciadora con que deslizábanse sobre la playa, despoblada y florecida de algas. El paje seguía sonriendo, perdida la vista en el azur. Como el sol decaía en una magia de tintes, un airecillo de atardecer entró ondulante como las sierpes, y las tapicerías golpearon pesadas las paredes en sutil estremecimiento de sus figuras bordadas.

—Mis años tienen miedo a una dolencia—casi gimió la anciana señora separándose del ventanal, al cubrirse con su luenga capa de paño negro.

En este momento se abrió la puerta del fondo, y la sugestiva figura del Príncipe se dibujó en el umbral, bajo el violeta y el plata del ambiente.

V

Una extraña sensación de ansiedad pesaba fatigosa sobre el castillo. El Gobernador de la fortaleza había recibido aviso de alejar a su cautivo. Al Duque usurpador habían llegado rumores de un levantamiento en favor del Príncipe desterrado, y quiso enviar al castillo a un profundo adicto a su causa, para adquirir con certeza la parte que su joven prisionero pudiera tener en la emboscada alarmante que tejían en la penumbra sus antiguos súbditos, con intención de restituirle al trono del ducado.

Fácil fué alejar al joven Príncipe de su encierro. En el poblado cercano, sólo distante unas leguas, celebrábanse las sencillas fiestas de la comarca, con sus bailes provincianos y sus aires de flauta, llenos de alegre sencillez campestre. A la menor insinuación del Gobernador, el Príncipe mostróse complacido. ¡Gozaba tanto en bordear la jugosa ribera del río, tan pintoresca, ante el humilde descubrirse de la gente campesina, cosas ambas que le recordaban su libertad y su pasado!

Salió, pues, de mañana con su acompañamiento, sin haber olvidado el prender sobre su jubón, no sin cierto gracioso énfasis, el labrado collar de viejas esmeraldas.

Y al mediar el día entraban en el patio de honor de la fortaleza al galope de sus caballos, que hacía ondular sobre la espalda de los jinetes las pequeñas capas de terciopelo, el enviado del Duque (persona importante debía de ser por su espesa barba llena de bucles y la rica empuñadura de su espada cincelada fantásticamente) con un acompañante y dos escuderos.

Recorrieron el castillo; tuvieron una secreta entrevista con el Gobernador, y el Señor pidió a su sirviente su capa-jubón de pieles de nutria, tan frías le parecían aquellas escalerillas en tirabuzón y las desoladas cámaras sin amueblar, en las que restaban como único esplendor de los siglos medioevales las prodigiosas vidrieras de radiantes entonaciones.

Por el corredor de las tapicerías llegaron a la estancia del Príncipe. El paje les abrió la puerta, sin inclinarse siquiera ante ellos, y al entrar, extrañáronse los ojos de los venidos ante la armonía del conjunto. En verdad que semejaba la estancia una caricia suntuosa y encantadora en medio a la sombría pesadez de la vivienda. Estaba tapizada de ese azul intenso y obscurecido que tienen algunos esmaltes, y salpicada de trecho en trecho por rizados lises de plata. En la chimenea,

de mármol rosa, ardían mortecinos unos troncos. Sobre un cofre esculpido de máscaras griegas se alineaban unas finas copas de ágata y ónice de pies retorcidos...

El Señor, acercándose al bonito mueble de incrustaciones, comenzó por abrir sus cajoncitos, hábilmente combinados para los secretos. Registraron también el arca. Entraron luego en la alcoba... Salió a poco el noble seguido de los suyos, con un gesto de fastidio dibujado en el rostro. Ante el único lienzo que pendía de las paredes se detuvo frunciendo el ceño.

—¿Quién es ella?—preguntó distraídamente.

—Es Su Excelencia, nuestra última Duquesa. La madre del Príncipe—respondióle el paje, con mucho respeto para la nombrada.

El Señor le miró un instante con una mirada de artificiosa indiferencia. Yendo hacia la puerta acercóse a la mesa, llena de libros. En la estancia se oía el penoso crepitar de los troncos, y de allá abajo subía desgarrador para ellos el murmullo de las olas.

El noble Señor leía en un libro abierto, con el gesto movido de extrañeza. Volvía páginas arbitrariamente...

—¡Pobre cabeza destornillada!—se le oyó decir—e impasiblemente arrojó el libro a las llamas que se extinguían, y que abalanzáronse ahora sobre la presa en una locura de gestos fugaces.

El paje ahogó un grito de rabia en su pecho.

Luego, su frente se humedeció, y pesadas gotas de sudor surcaron el rostro juvenil.

El Señor atravesó la estancia con paso tardo, y salió al corredor seguido de los suyos y del Gobernador de la fortaleza.

Pasóse el día en una extraña sensación de ansiedad que pesaba fatigosa sobre el castillo. Parecía como el triste preludio a un advenimiento fatal que necesariamente debía de consumarse. Todos los hechos transcendentales de la historia o de nuestras vidas van precedidos de ese preludio anunciador, y que no es, en algún caso, sino un detalle insignificante que actúa sobre nuestra sensibilidad, un ligero estremecimiento, una sensación momentánea de miedo o de terror, un como suspenderse de nuestros sentidos dejándonos vacilantes en el vacío...

Y cuando el caballo del Príncipe golpeó airoso las viejas losas de piedra del patio de honor, la anciana dueña temblaba en todo su débil cuerpecillo, y el joven paje palideció.

El Príncipe descendió de su cabalgadura. Traía buenas impresiones del festejo. Una linda campesina, con su alegre traje de fiestas, le había ofrecido en ingenua osadía, llena de rubores, una cesta cargada de frutas. ¡Y la puesta de sol había sido tan hermosa!

—¡Oh! ¿Sol? ¿Hoy tuvimos sol?—pensaba para sí la anciana—. Creía haber vivido un interminable día de tinieblas.

Trasponían el corredor de los tapices. El Príncipe, al entrar en su cámara notó, no sin cierta extrañeza, que le habían seguido respetuosamente todos los moradores del castillo; y, ¡joven al fin!, arregló sobre su pecho el collar de las esmeraldas y adoptó un gesto encantador de cariñosa condescendencia.

Cuando avanzó hacia el ventanal, sus ojos tropezaron con la mesa llena de libros; pero, ¿y su libro? Se convenció en el acto de que no estaba allí. Entre miles de volúmenes lo hubiera descubierto a distancia. Acercóse a la mesa sin embargo, y sus manos moviéronse agitadas en una vana esperanza.

Parecía la cámara solitaria: oíase el contacto de las manos sobre los libros y el derretirse de las bujías en el candelabro de los cinco brazos.

El Príncipe alzó la cabeza. Del grupo petrificado en la penumbra adelantóse el paje, con el gesto humilde y la mirada baja, y comenzó, como en un lamento, el relato de lo sucedido.

Mientras hablaba, pálido y silencioso le escuchaba el Príncipe, iluminada de serenidad la sugestiva cabeza; mas dejóse caer en el sillón, en un descoyuntamiento doloroso de todos sus miembros. Cerró los ojos sondeando la realidad, y a la calma apacible de este primer momento, rompió en un grito de suprema angustia, vibrando en su voz los ecos sombríos y desgarradores de una intensa tragedia.

—¡Oh! ¡Han matado mi ideal, han destrozado mi alma! ¿Y quién, decidme, puede vivir sin alma? (¡Oh, qué terrible vacío hay en el fondo de mi ser!) ¿Y quién puede correr sobre el campo pedregoso de la vida, sin mostrar en la mano el ideal, como un manojo de flores? (¡Oh, qué frío, qué frío tan espantoso que siento en el fondo de mi ser!)... ¡Desgraciado!... ¡Llorad por mí! ¡Mi fondo se ha roto! Mas no lloréis porque me arrebataron a la madre. ¿Quién no vive sin madre, al fin y al cabo? No os dé compasión el que arrojáranme de un trono que era mío. ¿De qué sirven los honores? No lloréis porque algún poderoso acaricia a estas horas a la niña a quien amé tanto. ¡Todos sufrimos en nuestro corazón! ¡Es tan joven el niño a quien los dioses dieron para sus juegos el cetro y las flechas del amor!... Pero llorad, llorad mucho, porque destrozaron mi alma y convirtieron en cenizas mi ideal, y sin alma y sin ideal nadie vive. (¡Oh, qué honda cisterna sin fondo! ¡Qué rosal marchito con sus espinas! ¡Qué frío tan intenso de muerte!...)

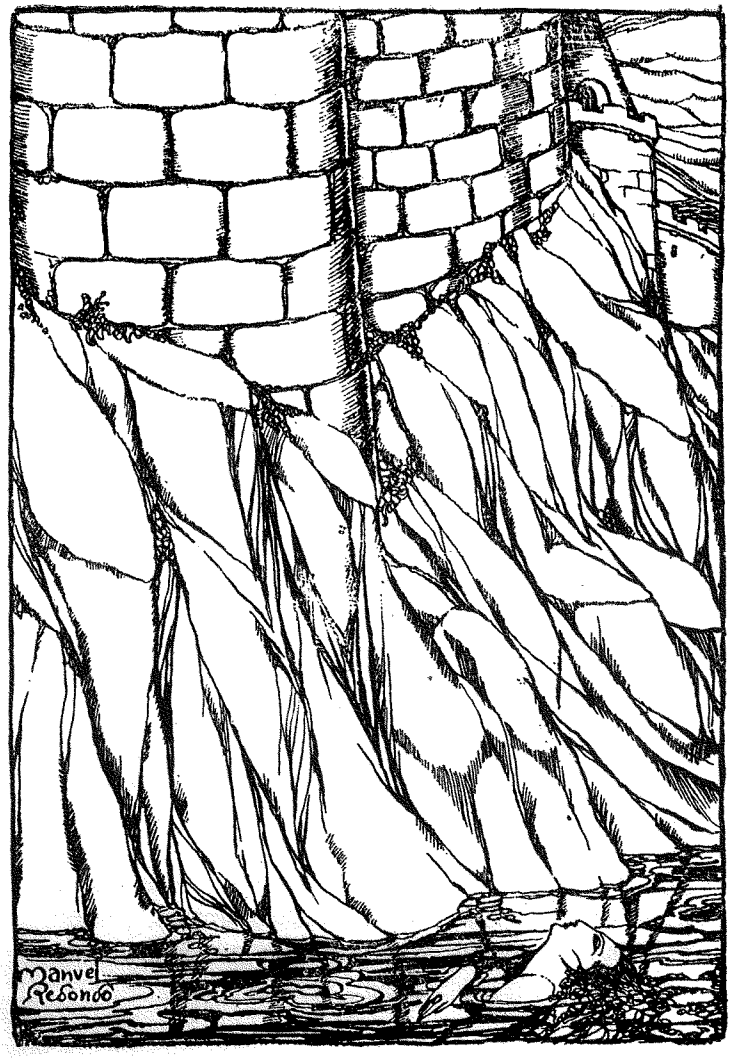
Entonces sucedió algo terrible. Avanzó la sombra del Príncipe, saltó por la ventana, y cayó sobre el vacío infinito de la noche.

Un estridente lamento del grupo en la penumbra. Luego, nada. Las aguas rumorosas continuaban su eterno juego de caricias sobre la arena dorada.

Le buscaron con linternas y antorchas a lo

largo de la playa y por las rocas escarpadas. ¡Mas estaba la noche tan negra! Y era fría, además, la noche. En el castillo lloraban las mujeres. Y cuando el alba, con su primera claridad vino sobre la tierra en una magia de amatistas, le vieron con el pobre cuerpo mutilado. Sólo la cabeza conservaba la belleza de líneas, recostada y adormecida sobre un cojín de algas marinas...

SÓLO LA CABEZA CONSERVABA LA BELLEZA DE LÍNEAS, RECOSTADA Y ADORMECIDA SOBRE UN COJÍN DE ALGAS MARINAS...


Manuel
Rebondo

VI

Y todavía muestran en el castillo a los visitantes un pálido retrato de mujer con una extraña sonrisa fingida, que quizá la tristeza de los párpados hace todavía más misteriosa. El collar de viejas esmeraldas que prendían sobre su jubón los Duques reinantes del pequeño estado italiano. Y un joyel de perfume que conserva aún, con la sutilidad de un ensueño, el recuerdo de un aroma penetrante y singular; joyel en el que hay incrustado un delicado camafeo griego con el desnudo cuerpo del durmiente Endymión...

También en el fondo de una vitrina se ve un libro. Dicen que, luego de muerto el joven Príncipe, fué encontrado tras los hierros de la chimenea, con sólo las tapas quemadas y en las páginas unas ligeras huellas de humo. Los que afirman esto tendrán quizá mucho sentido común, mas la fantasía y el simbolismo no debe existir para ellos. ¡Es lastimoso!

EL JUGLAR QUE LOGRÓ SER FELIZ

POR el largo caminal avanzaba el lindo juglar, llevando colgante de la espalda su maravilloso laúd. Eran sus largas medias del color de los fresones frescos, y verde su jubón, tan verde como los campos de Mediodía; intensamente verdes eran sus ojos, tan verdes como su jubón, y las hebras doradas de sus cabellos semejantes eran a oro fino bajo el casquete de raso. Y avanzaba tatareando sus cantares, en los que ponía siempre una nota triste, pues cantaba amores no correspondidos y endechas lánguidas, y hasta sangre había en ellos, pues era a veces una Princesa pálida muriendo de amor, o un gracioso doncel cayendo bajo la daga que ponía fin

a sus tristezas... Porque en verdad, de tristezas estaba hecha la Vida, y su selva sembrada de espinas, de espinas agudas y negras que sangraban eternamente.

Y a medida que avanzaba por el caminal, avanzaba también la noche por la cumbre de los montes como un hilillo violeta, y fué avanzando lentamente hasta dar a las cosas apariencias fantásticas. Y el lindo juglar pensaba dónde recostaría su cuerpo hasta el amanecer del nuevo día, en que debía cantar en las nupcias de la joven castellana, hija de un poderoso Señor.

Y llegó a un bosquecillo de sauces. Eran de un efecto maravilloso estos lánguidos sauces en la noche sin luna, pero tan estrellada, que fiesta de luces parecía el cielo o la cola bordada de un ave real. Y se recostó debajo de un sauce. Estaba contento el lindo juglar porque parecíale que dormía en un precioso lecho cuyo dosel fuera de llorosas laminillas de plata. En realidad era un gran soñador, como todos los artistas. Y pensando cómo podría lograr la felicidad, fué quedándose dormido, entornando soñadoramente las pestañas de oro.

Y a media noche, un esplendoroso reflejo de luces le despertó estremecido, y echando hacia atrás sus orlados bucles, púsose de pie. Frente a él, nimbada de resplandores, una figura hermosísima le sonreía. De plata líquida era su fastuosa cabellera, y de plata metálica su túnica sembrada

de hojas; argentados reflejos tenía su cutis, y flores argentadas iban adornando las minúsculas zapatillas.

—Habéis nacido venturoso—oyó el juglar que le cantaba la mujer desde el pedestal de su aureola—. Soy el Hada de este bosquecillo de sauces; yo misma tengo alma de sauce, un alma tan blanca y tan quebradiza como el reflejo de la luna en las aguas del estanque, que mueve cadenciosas la brisa. Yo fuí, como tú, un simple mortal con corazón y pasiones, mas un día, ya lejano, me enamoré de un lánguido sauce, a quien di mi corazón, y él, en cambio, me regaló su alma. Y desde entonces soy el Hada de este bosquecillo, y es mi nombre Alma de Sauce, y a todos los que duermen una sola noche bajo mis árboles les doy la felicidad... Os la daré a vos, si la queréis; leo en vuestro arrebatador semblante que esperáis ser feliz, y merecéis serlo, pues tenéis unos ojos seductores del color de la esperanza.

—¿Y qué necesito hacer para ello?—preguntó ansioso el niño.

—Nada tan fácil—le explicó la hermosísima mujer—. Tienes que darme tu corazón; es necesario, pues únicamente así lograrás tu felicidad. Para nada te hace falta, y a mí en cambio, me es de gran provecho, pues mis hijos nacen sin corazón, y necesitan tenerlo para hacer regalo de él a los sauces, que en cambio les darán sus almas blancas y quebradizas, tan blancas como

el vestido de la luna y tan quebradizas como el tallo de las anémonas.

Y el juglar estuvo pensativo, y frunció sus cejas de oro.

—¿Y cómo he de desprenderme de mi corazón?—preguntó al fin.

—Es sencillo—le sonrió Alma de Sauce—. Antes del amanecer tiéndete junto al sauce más chiquito, y repite por tres veces: ¡Vete, corazón!, y besa apasionadamente la ramita colgante del sauce hasta que al abrir la Aurora sus ojos carmesí sonría al verte. Desde aquel momento, puedes seguir tu camino. Nunca la Tristeza se cruzará en tu suave caminar, y las lágrimas no marcarán surco sobre tus tersas mejillas...

...Y adorable visión, como había venido, desapareció esfumadamente, cual una imagen que va cubriéndose de velos.

Y luego de una pequeña lucha interior, el lindo juglar, dejando recostado su maravilloso laúd de madera y marfil, buscó al sauce más pequeño, y tendiéndose junto a él, hizo cuanto le dijo el Hada, y cuando la Aurora abrió sus ojos sonrosados, notó que la lánguida ramita del sauce estremecíase gozosa, como si tuviera sensibilidad humana, y en los labios, cual guindas rojas, sintió como un beso apasionado... El, por el contrario, experimentó en el fondo de su ser un gran vacío, mientras su imaginación abríase como flor maravillosa...

Y colgando en su espalda el laúd que le acom-

...Y EN LOS LABIOS PÁLIDOS
DE MUERTE, UNA EXPRESIÓN
DE SUPREMO DOLOR.

III
Manuel Redondo

pañaba melodiosamente en sus cantares, volvió a emprender su ruta hacia el castillo del poderoso Señor, adonde pensaba llegar antes de que el sol luciera todo su oro.

Iba avanzando en su ruta, y al mismo tiempo avanzaba el día por encima del río, como una bruma anaranjada. Y los pajarillos salieron gozosos de sus madrigueras y comenzaron a contarse sus sueños; e inclinados bajo sus herramientas pasaron los muchachos que trabajan los campos, con los cuerpos bronceados, y los pastorcillos que por las noches encendían hogueras y que paseaban ahora los ganados, y los mendigos y titiriteros que vagaban de una ciudad a otra con sus mochilas o sus títeres, y algún carro que llevaba exóticas mercancías, mientras los mercaderes cabalgaban a los lados, yendo a vender lindas cosas a las viviendas de los poderosos.

Ya divisábase el castillo en el montículo de al otro lado del río. Tenía un aspecto feroz y autoritario, con sus altas torres, las almenas de piedra entrecortada, y su imponente puerta de entrada, que no bajaba más que por orden del Señor. Ahora estaba engalanado con motivo de las fiestas nupciales, y banderolas pendían por todas partes, y de la torre del centro un valioso tapiz oriental, botín de las Cruzadas. Y los soldados de guardia pasaban y volvían a pasar por lo alto, siendo desde lejos adorables figurillas coloreadas.

El juglar, que le contempló un momento desde

su camino, dibujado sobre el radiante azul, se alegró a la idea de que le albergaría dos días al menos y de que vería en él cosas prodigiosas. Luego cruzó el río, y fué ascendiendo hasta la redonda plazoleta donde alzábase retadora la fortaleza. Dió el grito de llegada, y un arquero le preguntó su nombre desde lo alto de las almenas. Y con el griznar de las gruesas cadenas comenzó a descender con pesadez el puente levadizo, incrustado de redondos clavos de bronce, y el juglar internóse por el espacioso patio donde gran número de servidores limpiaban monturas y utensilios que habían de lucirse en las fiestas nupciales.

Aquella tarde cantó el lindo juglar ante el Señor feudal y sus invitados. Como la tarde era espléndida cantó en el jardín. Cantó en el jardín ante los novios y la corte. La joven Duquesita, sentada en taburete de sándalo, estaba dibujada por luengo sayal de brocado violeta, y por sus largas trenzas ambarinas corrían las perlas. A sus pies, el bufón de gorro escarlata, dormía cínicamente, y un gran mastín lamíale el rostro. Junto a la silla de la niña, su prometido mostraba todo el empaque de su varonil belleza. Era un caballero Templario de fabulosos dominios, a quien el Pontífice (según relataban) había encargado de una misión secreta. Era realmente apuesto, con

sus facciones morenas y el trazado correcto de los ojos.

Y ante ellos presentóse el juglar entre dos pajecillos encantadores. La Duquesita se irguió en su taburete. ¡Estaba tan lindo el juglar! Destacábase en sus largas medias del color de los fresones, y sobre su jubón había prendido el collar de oro-verde finamente cincelado (regalo del Rey que le oyó cantar en una cacería, de aquel Rey Doliente que tenía por lema el "agridulce es reinar"), y que reservaba para los grandes días. Puso un pie sobre el escabel de marfil que le trajo el más pequeño de los pajes, y tañendo el laúd con su lánguida mano, comenzó su canto maravilloso.

Cantaba deliciosamente, mucho más deliciosamente que los ruiseñores y con tanta cadencia como las sirenas. Su voz tenía todas las tonalidades de lo maravilloso; iba del rojo-púrpura de la pasión al desleído amatista de lo fascinante. Cantaba suave como una caricia, y nada era semejante a la caricia de su voz, y al oirle los cisnes del lago deslizáronse hasta las orillas curvando con elegancia los cuellos de alabastro, y los faisanes que caminaban por las avenidas quedaron extáticos como juguetes de orfebrería, y hasta las flores abrieron extrañadas sus orejitas, y hubo una rosa que acabó por marchitarse, ¡tan intensamente había vivido durante el canto seductor!

Y seducidos quedaron todos, y las gentiles da-

mas felicitaron al juglar, entre altivas y emocionadas, y él fué a besar la mano de la joven Duquesa, y notó que temblaba entre las suyas aquella diminuta mano de marfil, y al mirarla al rostro vió nublada su vista... Abandonó la Duquesa el círculo pretextando una ligera dolencia, y alejóse por el jardín con sus damas, su bufón, un chusco enanito y cuatro pajes portadores de la luenga cola. Y mientras, el juvenil cantor recibía alegre y agradecido las cortesías de los señores, y el caballero Templario le regaló una bolsita bordada llena de monedas, y le dijo cariñosamente, acariciando con su mano las doradas crenchas del juglar: "En verdad, maravillosamente cantas. Tan maravillosamente, que tu cantar ha enternecido el sensible corazón de mi amada. Nunca vi nada comparable a tu canto, ¡yo que tantas cosas he visto!, que he besado las sandalias del Santo Padre y he caminado junto a las mujeres de Constantinopla... Necesario será que cantes mañana en mi boda. La cadencia de tu voz augura felicidades."

Y el juglar, doblando la rodilla, besó con mucha gracia la mano vigorosa y enjoyada del Señor.

Cuando comenzó a anochecer todos dormían en el castillo, reposando para la jornada de mañana, pródiga en festejos. Sólo algunos servidores cruzaban las estancias ultimando detalles, y allá arriba oíanse sordos los pasos de los ballesteros de guardia, que pasaban una, y dos, y mil

veces por detrás de las almenas, semejando desde lejos polichinelas de un guignol.

Y a la pequeña estancia del juglar llegó misteriosamente una dueña cubierta por su manto. "¡Venid!—le dijo—. Seguidme sin mover ruido. Mi Señora os aguarda." Y decía estas sencillas palabras haciendo guiños y queriendo dar a sus agudas facciones un tinte picaresco. Y el lindo juglar la siguió por intrincados corredores y pequeñas escaleras ocultas, y llegaron al piso de honor. Ante una gran puerta esculpida se detuvo por última vez la vieja, riendo maliciosamente, y luego comenzó a abrirla con lentitud. Y desapareció.

El juglar gozó de un cuadro delicioso. En el fondo de la estancia, con artesonados de oro y pesadas tapicerías persas, al borde del estrecho ventanal flamígero, reposaba la pequeña Duquesa. Su luenga cola de brocado violeta serpenteaba resbalando por los estrechos peldaños, y la mirada estaba fija en el infinito. Abandonada en un extremo había una rueca de marfil, y sobre un reclinatorio abríase un portentoso retablo holandés, obra de un gran religioso-artista. Y al avanzar el adolescente, la niña alzó la cabeza, y en sus claros ojos ambarinos brilló un destello de amor...

A la misma hora, y en la parte opuesta del castillo, estaban las habitaciones del Señor. Era un anciano que adoraba a su hija y que guardaba aún en su débil cuerpo toda la fuerza y la valen-

tía de su temperamento de hierro. Su corazón era tierno e indulgente, mas revelábase en él el orgullo de raza y el orgullo de sí mismo, pues todo su cuerpo estaba señalado de heridas, y hasta en cierta ocasión arremolinó a los nobles frente al Monarca, que sintió miedo de su poder y acabó concediendo toda clase de beneficios y franquicias. Ahora, asomado también al ventanal de su capilla privada, pensaba en la hija. Rezó por su felicidad, y sus labios, envejecidos y pálidos, habían dicho al Rey de Reyes toda la ternura de su amor. Mas estaba alegre su débil corazón al pensar que su niña compartiría el tálamo nupcial con un joven hermoso, lleno de poder y de fuerza, y que derramaría, si era necesario, toda su sangre por la defensa de la fe.

Y miró a los ventanales iluminados de la hija. Se estremeció. Dos sombras juveniles amábanse estrechamente. El viejo Señor abrió mucho los ojos y crispáronse de horror sus manos surcadas de venas... Incrédulo, asómóse cuanto pudo a la ventana, y todo su busto se balanceaba ya en el vacío... Sí, en realidad, allí estaban dibujándose sobre el fondo luminoso aquellas juveniles figuras ligadas amorosamente... El corazón del viejo parecía estallar, y su pecho se estremecía de ansiedad... ¡No! (pensó con la frente sudorosa). Alguna de las damas, que mientras vela su sueño recibe solícita al amante... Y sin saber cómo, salió de sus estancias, atravesó la Gran Sala de Armas

pasó por entre los servidores que se asombraron al verle, y por una puertecilla secreta entró en la cámara de la hija.

Allí estaba ella junto al maravilloso encaje del ventanal, inclinada la cabeza en el pecho del amado (su cabecita ambarina como la miel), con un desfallecimiento amoroso en todo su cuerpo... Sonreía. Sonreía de dicha su linda boquita entreabierta, y el juglar la contemplaba encantador, entornadas las pupilas verdes...

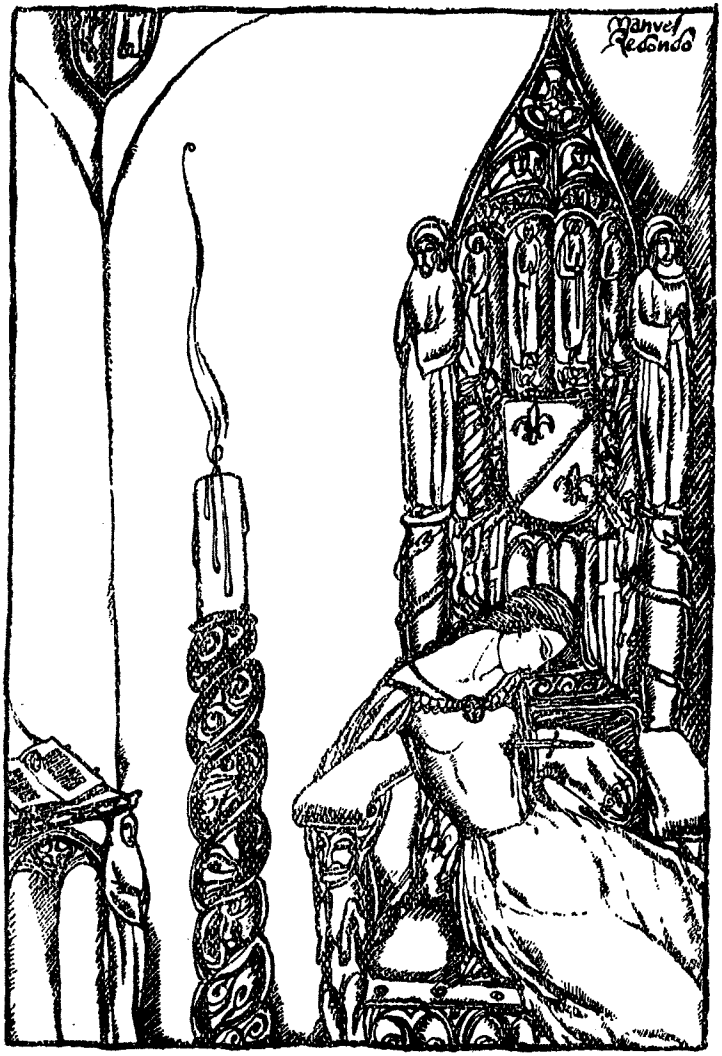
El viejo Señor gritó de rabia y desespero, deshaciendo el encanto; y desplomóse llorando como un niño en el alto sillón. La Duquesita bajó anhelante las gradas que habían sostenido por unos momentos su felicidad, y llegando hasta su padre le besó los pies, y medio llorosa, murmuró la única excusa: "¡Si supierais cómo le amo!"

Y en verdad, nada hay en la vida tan maravilloso como el amor. Tan maravilloso y tan peligroso al mismo tiempo.

A la mañana siguiente, cuando el Alba comenzaba a despertarse, temblorosa y friolenta, las pesadas puertas del castillo descendieron, y el lindo juglar, con sus largas medias rojas y su bello jubón del color de los prados en Primavera, salió de la morada, engalanada para las fiestas nupciales.

Salía gozoso, porque no tenía corazón. De haberlo tenido, esta misma claridad purpúrea que

YO FUÍ, COMO TÚ, UN SIMPLE MORTAL CON CORAZÓN Y PASIONES.


Manuel Redondo

contemplaba su sonrisa, hubiera teñido su lindo cuerpo colgante de lo más alto de las almenas, y por la noche, los negros cuervos y las águilas gigantes rasgarían con sus picos aquel rostro resplandeciente, y con las garras poderosas tintarían de sangre el delicado torso de mármol.

Porque el que tiene corazón comete siempre locuras y acaba por ser un desgraciado. El lindo juglar, de haberlo tenido, se hubiera enamorado locamente de la linda niña; hubiera tenido grandes gestos de amor como todos los enamorados (gestos tontos, que a nada conducen más que a la desgracia). Quizá hubiera desafiado al joven Templario o intentado raptar a su amada. Su final siempre el mismo, sería el de la muerte horrorosa, vergonzante y llena de sufrimientos. Mas como el juglar no tenía corazón, no vió en la Duquesita más que un objeto delicioso, un motivo de arte para ornato de sus cantares, y ninguna resistencia puso al mandato del Señor de que abandonara la fortaleza, e incluso desdeñó el oro que se le ofrecía...

Y ahora caminaba gozoso, ajeno al Dolor que sembraba a su paso, y comenzó a pensar en una nueva canción que cantaría a la nueva luna, cuando asomara en su brillante carroza de ópalos, vertiendo belleza sobre la tierra. ¡Y así fué siempre de feliz!

...En la puerta que conducía a los aposentos de la joven castellana, impacientábanse las damas

que habían de formar su comitiva, pues tiempo hacía ya que las doncellas la habían vestido las galas nupciales, y el prometido esperaba en la antesala, con su deslumbrante capa blanca bordada con la cruz de su Orden, y el Obispo, revestido estaba con sus ornamentos de oro y su larga cola de encajes, y sonaban las trompetas en lo alto de las almenas, y las luces chisporroteaban en la capilla iluminando al Crucificado de marfil, y el pueblo agrupábase alrededor del castillo vestido de fiesta...

Y en su impaciencia, las nobles damas entraron en el aposento ducal. Y allí estaba la bella Duquesita, sentada en su alto sitial esculpido, ladeada ligeramente su linda cabeza. En el costado tenía hundido un puñalito precioso, de los que usan las damas, y en los labios pálidos de muerte una expresión de supremo dolor. Un hilillo de sangre manaba de la herida, y corría sobre las perlas del largo sayal de nupcias...

EL VERDADERO PECADO

I

OMO todos los días, la linda niña, con sus guedejas rubias y su gorrilla de encajes, bajó a coger manzanas cerca del aljibe. Vivía en un villorrio quieto y apartado, y uno de sus goces era el ir por las mañanas, con su cestita lazada de rosa, a coger manzanas frescas. Iba sonriente y pensativa, pues su linda cabeza no cesaba nunca de maquinar. Aquella mañana, pues, recorrió su camino acostumbrado, y al llegar junto al aljibe oyó el cercano galope de caballos y el sonar de cuernos de caza. La niña quedó un momento sorprendida, mas cuando recordó que el joven Rey pasaba unos días en su cercano Castillo-Palacio, su primer movimiento de sorpresa se trocó en sobresalto. Quiso huir, esconderse; realmente era apurada su situación. Mas no tuvo tiempo; con los ojillos dorados muy abiertos, y cogida a la rama

del manzano, vió cómo salían de la floresta, irrumpiendo ruidosos en la campiña, la jauría, los palafreneros y donceles, las personas reales y su séquito, con sus vistosas casacas y sus tricornios empenachados. La pobre niña abría más y más los ojos extasiada, y cuando vió que se dirigían hacia ella, entonces su azoramiento no tuvo límites.

Cruzaron veloces los servidores con la jauría, y haciendo sonar los grandes cuernos; les seguían gran número de cortesanos. Detrás, y más reposadamente, venían, hablando sobre sus corceles, el Rey y la Princesa inglesa, Madame, como la llamaban por su matrimonio con el primer Príncipe de sangre. Eran los dos adolescentes, y hablaban de una manera exquisita.

Al pasar junto a la niña, la Princesa la descubrió:

—¡Oh, que es linda!—dijo. Y deteniendo su caballo comenzó a preguntarla, sonriente:

—¿Habés nacido aquí, por casualidad?—y sin hacer apenas caso de la respuesta, advertía al joven Monarca—: ¡Deliciosa! ¡Un verdadero Sevres!

En cuanto al Rey, había llevado a sus ojos los impertinentes de oro, con un gesto gracioso de su mano, y la observaba complacido.

La carita de la muchacha semejaba una rosa roja bajo la gorrilla de encajes. Ligeramente inclinada, contestaba con monosílabos.

—Debéis aburriros—le dijo por fin la Princesa con mucha desenvoltura—. Debíais salir de aquí. Si algún día me necesitáis, venid a Palacio... Seremos amigas.—Y con su manita enguantada dijo adiós a la niña.

Y pasaron, seguidos de cuatro caballeros, no sin que antes el joven Rey se descubriera de un modo muy distinguido, como hacía siempre ante toda mujer de cualquier condición que fuese. Unos criados, vestidos de lanilla ocre y rojo, y con tricornios negros, llevaban la litera de campo de la Princesa.

La rubia criatura quedó anonadada. Le parecía un sueño delicioso lo sucedido, y sonriéndose un tanto engreída, comenzó a coger insensiblemente manzanas frescas y a ponerlas en el cesto. Mas al poco, fué quedándose pensativa, y volvieron a sonreir sus finos labios rojos.

Recogidas ya las manzanas, volvió por el mismo sendero, cruzando los largos campos, que tenían un tenue color de verde nilo, y tan abstraída iba en sus ideas, que pasó por la granja sin saludar a nadie y sin acariciar a las vacas bonachonas, como solía hacerlo siempre; y al llegar a su pequeña casa de madera, metióse en su cuartito, sin acordarse de que no había dado los buenos días a su anciano padre.

Muy cerca ya del Castillo-Palacio, la Princesa, que no había cesado de hablar, fijóse en el Rey:

—Sire—le dijo—, os encuentro triste. Nunca os

vi tan sombrío. ¿La niña del manzanar, acaso? ¡Un verdadero lirio!

—Habéis dicho bien, señora—le devolvió el joven Rey, sonriéndole—. ¡Un Lys-Royal!—Y descendiendo de su caballo ayudado por los monteros, ayudó él mismo a descender del suyo a la bella Princesa.

Todos los días seguía yendo la niña por manzanas junto al aljibe; mas ella, que ya de por sí estaba siempre pensativa y un poquillo triste, estaba más pensativa todavía. Tenía una imaginación despierta, verdadera jaula de pajarillos, y su espíritu era exquisito como una flor.

Apenas contaba diecisiete años, y ya la vida se abría ante ella plena de ensueños. Era una naturaleza prematura, una de esas criaturas privilegiadas que gozan de las cosas antes de tiempo, cuando en sus ojos no se reflejan más que dulzuras, y la tez de sus rostros semejante es a los melocotones. Junto al aljibe estaba ahora, teniendo a los pies la cesta llena de manzanas frescas, y pensaba en la apostura del joven Monarca, y en la gentileza de la linda Princesa, y en el brillo de aquella corte risueña...

Desgraciadamente para ella, había nacido en un medio que no era el suyo, como esas débiles florecillas que crecen entre las rocas y que necesariamente deben de estar siempre llorando. Vivía con su buen padre en una casa menuda; con ellos vivía también una mujer que lo dirigía todo

y con corazón de ángel. Había visto morir a la madre de la niña, y cuidaba cariñosa de ésta y del anciano enfermo.

Todos adoraban a la niña: desde el padre, para quien era una linda muñeca, hasta los francotes muchachos que trabajaban en los campos, y veíanla pasar todas las mañanas, tan graciosa, en su amplia falda gris y su gorrilla de encajes. Y dos jóvenes, enamorados estaban de ella; uno no la diría nunca nada de su amor, pues su instinto le hizo ver bien pronto qué barreras espirituales les separaban. El otro, Gerardo, masculino y moreno, sin dejar de tener ciertos rasgos bellamente varoniles, estaba al frente de una gran finca productiva del Duque de Tavannes, y había sido rechazado por la niña varias veces, a quien nada gustaban las maneras un tanto bruscas del muchacho.

¡Y era su desgracia! No había nacido en su medio. Algunas jovencitas de su edad, hablando envidiosillas de ella, le echaban en cara el hacerse la señorita cuando siempre había vivido como todas, en aquel pequeño cantón, donde nunca, es verdad, había padecido hambre, pero donde tampoco había conocido la riqueza. Y es que la mayoría no comprenden que la Naturaleza crea seres exquisitos, como flores maravillosas, cuyo encanto reside en ellos mismos.

Y cada día estaba más triste. Pensaba que su vida en aquel villorrio apartado se desenvolvería

bien mezquinamente, y que si al final, de nada tendría que arrepentirse, en cambio su alma habría ignorado todos los sanos placeres que ofrece la vida, y que la hacen tan tibia y seductora. Y a pesar de sus pocos años, se había formado en la niña esa idea precoz; recolectaba en primavera. Y guiadas por la imaginación vagaban las ideas sencillas, como ella, como las flores silvestres, como caricias de niño... Quería vivir en la capital, ganar lo necesario para rodearse de esos pequeños detalles que tanto necesitaba su naturaleza delicada, alegrar también los últimos años de su padre, comprarse un lindo sombrero con flores, como el que llevaba la burguesita que pasó el invierno en una finca rústica de los alrededores... Además, vería las amplias calles con las ricas residencias, y los establecimientos donde se vendían cosas tan bonitas; Notre-Dame, esa iglesia tan visitada por todos los que cruzaban la Francia, y jardines maravillosos, ¡y tantas otras cosas! Y desde el día en que la Princesa le había ofrecido tan encantadoramente su apoyo y su amistad, estas ideas se agrandaban, y tornábanse más reales, y veíase sirviendo a Madame, vestida con un pomposo traje de raso, pudiendo contemplar el paseo de la Corte por aquellos jardines hermosos, de aquella Corte cuyo esplendor era comentado en el mundo entero, y ante cuyo juvenil Monarca inclinábanse todas las testas coronadas.

Y llegó a obsesionarla la idea, y su cutis son-

rosado tornóse pálido, y azul estaba la cuenca de sus ojos, y el anciano padre y la buena sirvienta preocupados andaban con su salud, hasta que una noche la niña resolvió contarles la causa de todo y enumerarles sus ilusiones. Mientras hablaba, iluminados sus ojillos, llenábansele al viejo los suyos de lágrimas, y gozoso estaba en el fondo mirando a su hija. ¡Lástima no haber nacido muchacho! Pensaba el vejete. Pertenecía al grupo numeroso de los que creen que la mujer no puede llevar a cabo grandes ideales y tener una vida esplendorosa.

Y la partida fué dispuesta. La niña iría a Palacio, presentándose a la Princesa, y quizá fuera aquella visita principio de felicidades para todos. De vez en cuando vendría a casa de su padre y pasaría con él unos días... Y para nada encontraba obstáculos la linda criatura, y aquella mañana fué a despedirse del manzano y del aljibe, que compañeros suyos habían sido en los momentos en que dejaba vagar su imaginación.

Hubo que esperar varios días a la diligencia, pues sólo tres veces al mes pasaba por la comarca. Y llegó por fin el día de la marcha. Por la mañana, un poco antes del mediodía, apareció el pesado carruaje, tirado por seis caballos obscuros, y levantando en el camino una nubecilla de polvo. En la plazoleta detúvose, y allí estaba media vecindad, que venía, cariñosa, a decir el adiós a la niña; sólo faltaba Gerardo, que con dolor rabioso

lloraba en casa, guardando, desde aquel momento, unas atroces ganas de encumbrarse para lograr entonces sus fines. Luego de despedirse de su padre, en parte alegre, al contemplar el semblante nuevamente sonrosado de la hija, salió ésta hacia la plazuela, acompañada de la sirvienta. Comenzaron las despedidas, los buenos consejos de las más experimentadas... A todos sonreía la niña, tan graciosa con sus rubias guedejas y su gorrilla de encajes, y se instaló luego al lado mismo de una señora de amable porte, que prometió a la sirvienta velaría por la niña durante el camino, y seguiría velando por ella en la ciudad.

Y partió entre el bullicio la diligencia, y hasta que perdióse de vista, la niña saludaba con su manita por la ventanilla, y a la noble sirvienta le salieron las lágrimas, y aquel muchacho, que desde niño la había amado, agitaba con brío su pañuelo, como en un adiós a su amor. Pero estaba contento, ya que la veía tan risueña. Mas por la noche, su madre le encontró triste, y besándole en la frente, con un beso ruidoso, le preguntó: "¿Qué tienes, hijo mío?" Y el muchacho, devolviéndole sus besos, le dijo: "Lloro de alegría, madre... ¡Al menos, ella será feliz!"

Pues hasta en las gentes sencillas hay quienes se sacrifican, porque tienen imaginación, que es enemiga del egoísmo.

II

Aquella criatura nació en un momento alegre de los Dioses, y las Hadas habían acudido gozosas a su bautizo. La Primavera la había coronado de flores rojas, y la Fortuna vertido sobre ella todos sus dones.

La joven Princesa la acogió con su eterna sonrisa tan halagadora, y realmente seducida y extrañada al mismo tiempo de la natural exquisitez de sus maneras, la puso al frente de su servicio, aunque escaso le parecía el cargo para aquella niña tan dulce, y cuyos ojos eran tan dorados, que sólo compararse podían con las finas hebras de oro de sus guedejas...

...Y poco ocupó la niña aquel cargo. Una noche de fiesta, cuando las fuentes lo salpicaban todo de cristal y las damas más hermosas escondíanse detrás de los grandes jarrones de mármol, jugando con los galanes de bordadas casacas con travesuras de "enfants gâtés", Madame, mientras contemplaba los fuegos de artificio en el gran estanque, en un grupo de lindos aristócratas que

sorbían rapé con ademán artificioso y rebuscado, acercóse al juvenil Monarca, y cual si le asaltara una gran idea, le dijo a media voz, detrás de su abanico pintado: "¡Oh, Sire, perdonadme! ¿Sabéis a quién tengo a mi servicio? A la niña del manzanar. ¡A vuestro Lys-Royal!..."

Y el Rey adolescente alzó su altiva cabeza, coronada de altos bucles, y dando la mano a la Princesa, alejóse del grupo de cortesanos, que se doblaron en meticulosa reverencia y continuaron sorbiendo rapé de las cajetillas de esmaltes y piedras preciosas...

...Y al día siguiente, la dulce niña venida del campo era la amada del juvenil Soberano, ante cuyo poder inclinábase el mundo y todos los cetros de Europa.

En la Corte, la noticia no causó ningún revuelo. Desilusionó un poco por el origen modesto de la niña. Aquella Corte muelle, riente y voluptuosa, que había soportado a "les maîtresses en titre", sentadas en la misma mesa del Monarca, que sabía cómo el Regente languidecía de amor por su propia hija, y que el hermano del Gran-Rey mostrábase demasiado complaciente con el bello caballero de Lorena, no podía asombrarse de aquel amor de su juvenil Soberano por una bellísima muchachita de su edad. Además, ya he dicho que el mundo entero se inclinaba ante el inmenso poder de aquel adolescente coronado, y hasta la Na-

turaleza parecía rendirle pleitesía, ya que los frondosos árboles del jardín real se doblaban graciosamente en un esfuerzo supremo del jardinero-cortesano. Mas todos ansiaban ver a la niña, cosa difícil, pues el joven Rey le había fijado como residencia un lindo pabellón situado en el centro mismo del bosquecillo del Este, que reservado estaba absolutamente al Monarca.

Era deliciosa de ver la niña. Era la amada del Rey, mas ella, en su inocencia, desconocía por completo la situación equívoca. Le había amado desde el primer momento, ¡era necesario amar a aquel seductor adolescente, tan juvenil y tan Rey al mismo tiempo, y cuyos párpados tenían el suave dibujo de los pétalos, y su fina nariz la arrogancia de una gloriosa raza de Reyes! Y todos recordaban en la Corte una anécdota graciosa e ingenua, que demostraba la tranquilidad de espíritu de aquella criatura.

A los pocos días de instalada en su retiro, quiso una tarde cumplir con los deberes religiosos y confesarse. Una doncella llevó el aviso a la capilla, y los retocados abates se estremecieron. Cuando su litera la depositó en el umbral del oratorio, la niña entró, y encontrándolo completamente vacío, se dirigió a la sacristía y preguntó al unico guardián: "Decidme: ¿no hay ningún sacerdote? ¿No podré confesarme?" El hombre, a quien de antemano se había advertido la contestación, repitió al pie de la letra: "¡Oh, Madame! Nadie

viene a confesarse. Oyen Misa por la mañana, rezan algunas por la tarde... Pero la confesión, no, nada de confesión. ¡No hay costumbre!..." Y la niña, muy extrañada, se dijo: "¡Cosas de la Corte!", y sobre un reclinatorio comenzó a orar ante la Virgen. De esa manera pasó el peligro, pues difícil era, en la terrible situación, servir a Dios y al Rey al mismo tiempo.

En su lindo retiro la niña pudo saciar sus ansias eternas de instruirse y conocer. Su bien amado le envió libros y profesores, que asombrábanse de aquella inteligencia despierta y de la encantadora imaginación privilegiada, luego de haberse asombrado de su exquisita belleza, que tenía la misma dorada delicadeza de los narcisos. Hacía una vida sencilla en su retiro, y con ese adorable acoplamiento de la juventud, que hace que las aventuras más extraordinarias y los cambios más opuestos se deslicen por ella sin conseguir asombrarla, la niña internóse de golpe en su nueva existencia, con la misma naturalidad que las cerezas joviales y frescas que crecen en la campiña, y que al ser colocadas en las altas bandejas de plata, para servirlas a la mesa del Señor, sólo piensan en parecer más rojas, sin ocurrírseles preguntar, allá en su interior, el por qué de semejante mutación.

Su diversión favorita era el paseo del atardecer, a lo largo de las avenidas sombreadas por árboles centenarios, vestida de blanco o de azul,

los cabellos recogidos, sin empolvar, con sus dos lebreles rusos, y seguida de un lacayo portador de su sombrilla y de su echarpe... Algunas tardes también, una doncella llevaba preparada la merienda en la cesta coqueta, y al llegar a un lindo quiosco, todo él agobiado de madreselvas, mientras extendía el fino mantel, bordadas en el centro las armas de Francia, la niña corría con sus galgos, o prendía flores en su sombrero, y hasta balanceábase en su columpio, que pendía de gruesos troncos enguirnaldados de hiedra, produciendo un revuelo de raso y encajes al levantar sus piececitos, en el ir y venir del alegre mecerse.

Otras veces, el mismo Rey le salía al encuentro. Había dejado allá, a la otra parte de las verjas, a los cortesanos, intrigados y anhelosos por entrever la beldad que con tanto misterio se les vedaba, y venía solo, resplandeciente como un Sol, y entonces la jornada discurría tranquila y feliz, apartados del brillo pomposo de la Corte, y la morada, y los jardines, y los pájaros, y las flores, sonreían, como sonríe todo aquello que está junto al amor.

Luego se la instruyó también en el protocolo palatino, pues el Rey quiso, orgulloso, presentarla a la Corte, y le dió el título más lindo y más armonioso de toda la Francia. La niña se llamó desde entonces la Condesita Lys-Royal.

Y el placer le había sonrojado las mejillas, y sus ojos brillaban como claros topacios, y la feli-

cidad daba a sus movimientos una gracia llena de armonía.

Antes que nada pensó en su padre, en su buena sirvienta y en su pequeña casita. El Rey compró para ellos, en la misma comarca, una finca sencilla y encantadora, con largos campos de viñas y de manzanos, que era delicia el verlos cuando estaban en flor; y bordeada de jardines cortados a la inglesa, alzábase la construcción de sobrio estilo Luis XIII, de piedra gris. Y allí la recibió su anciano padre, todo lloroso y temiendo despertar de un sueño, pues la tierna Condesita quiso abrazarle antes de ser presentada en la Corte. El pueblo todo la esperaba, y entre la multitud, el muchacho que tanto la había amado. Y llegó la niña, no en la diligencia, como saliera de allí, venía en su alto carruaje de caballos blancos, y traía con ella a una doncella, y los palafreneros echáronse desde sus asientos para abrir ceremoniosamente la portezuela blasonada con cifras reales... Y allí estaba ella, la misma niña ámbar y rosa. Sobre su cabecita encasquetábase un sencillo sombrerillo de fieltro con larga pluma esmeraldina, y listado de verde era su vestido de raso, y en el rostro llevaba, pintada con coquetería, según la moda reinante, una "mosca" deliciosa. Hubo un momento de retraimiento en la masa, el retraimiento que causa siempre el aparato y la riqueza. Mas la joven Condesita repartió sus besos y sus sonrisas con la misma gracia pueril que

otras veces, y el aturdimiento se deshizo... Y de nuevo en el carruaje blasonado, que tanta admiración causó a los chiquillos, como la rigidez de los criados, fué llevada a la posesión paterna.

Deslizáronse los días sencillos y gozosos. Llenos estaban los manzanos de estrellas blancas, y como aurora rosada alzábanse los jacintos, y descendiendo hasta los viñedos, las rojas amapolas y las prímulas doradas iban tiñendo el campo en vistoso diálogo. Y a su paso sembró la niña alegrías, y la Bondad, con manos de marfil y el corazón henchido de amor, caminaba a su lado. Visitó, soñadora, el aljibe. Regaló una linda imagen para la pequeña iglesia, y al anciano párroco de cabecita blanca, que la acogió conmovido y con lágrimas en los ojos, le entregó una importante cantidad para sus pobres. Y a un joven aficionado a la ciencia, le pagó sus estudios en la ciudad, y tomó a su servicio a tres muchachitas gráciles, que se entusiasmaron a la sola idea de vivir en el mismo Palacio del Rey. Recibió, solícita a todos, y se enteró de sus infortunios, intentando remediarlos y llevar un consuelo a sus almas. Supo entonces que Gerardo no vivía ya en el villorrio; que trabajaba lejos, en las posesiones francesas, con la esperanza de enriquecerse. Mas nadie sospechaba el odio que le animaba, único equipaje con que huyó de la comarca; y allá, en el destierro impuesto por su voluntad, iba acaparando riquezas, mientras llegábale la hora de su triunfo. Y por

fin la Condesita dejó su tierra, entre las bendiciones de aquella gente, sobre la que no había pasado una sola idea de pecado, y que al encanto y superioridad de la niña atribuían su engrandecimiento. Y hasta el viejo padre pensaba lo mismo, y sólo la buena sirvienta quedábase a veces absorta, ¡porque su papel era de madre! Mas acababa santiguándose, como el que quiere alejar una duda funesta. Además, el bienestar de todos la cegaba.

III

—¿Adónde se dirige esta multitud?—preguntaba a su compañero un campesino, llevando sobre la espalda los arreos de su trabajo.

—Hay gran fiesta en Palacio, y las puertas de los jardines estarán abiertas para el público—contestó el otro, deteniéndose y contemplando, desde su senda, el gran número de carrozas y gentes de a pie que dirigíanse a Versalles, ansiosas de asombrarse ante los esplendores que tan contadas veces les era permitido vislumbrar.

Pues el joven Rey no tenía su Corte en la ciudad. Como los altivos Dioses del Olympo, los Reyes de Francia vivían inasequibles para los mortales en una maravillosa mansión, hasta donde nada llegaba que significara fealdad, hambre o sufrimiento.

Y aquella mansión deslumbraba de suntuosidad, el día en que debía ser presentada a la Corte la Condesita Lys-Royal.

En la gran galería, toda esculpida de amorcillos de marfil, que encuadraban largos espejos, fijos

como monigotes, con sus rizadas pelucas y sus casacas verdes, alineábanse, herméticos, los servidores, y por allí deslizáronse (en realidad, parecía que se deslizaban aquellas figurillas seductoras) las damas encopetadas de la Corte, irguiendo las cabecitas llenas de joyas y arrastrando sus pomposos vestidos bordados; los Pares de Francia, ofendidos porque el Monarca vecino había querido compararles a sus Grandes de España; los Embajadores extranjeros, con una característica especial en sus detalles: suntuosamente sombrío en sus negros terciopelos, el representante del último Hapsburgo, el de los hechizos, y luciendo sorprendentes rubíes en las blancas manos de señor, el enviado de aquélla que, por su belleza, su inteligencia y su crueldad, era llamada la Semíramis del Norte; los "talons rouges", sobre sus altos chapines, con delicados esmaltes entre los encajes de la corbata; los "oeil de bœuf", los que acudían al "grand levé de Sa Majesté très chrétienne", todos juveniles como él, con las largas casacas bordadas de piedras finas...

En el Gran Salón de Ceremonias estaba ya la Corte deslumbrando la vista, pues aunque el sol brillaba en el horizonte, los altos ventanales esculpidos estaban cerrados, y miles de luces oscilaban en las maravillosas arañas de fino vidrio veneciano. En el fondo pendía un tapiz de Gobelinos, reproduciendo el lienzo de Le-Brun "la entrada de Alejandro en Babilonia", y sobre una de-

licadísima consola de "boulle" incrustada de oro, veíase un busto de mármol, cuya correcta elegancia designaba a Pajou, el escultor inspirado en la antigüedad. A un lado, sobre el trono real, alzábase el monumento del dosel, de rico terciopelo azul, bordado con los lirios de plata de los Borbones. Los altos dignatarios y el Cardenal-Arzobispo, "grand-aumônier" de la Corte, estaban a la izquierda.

El ujier, dando tres golpes con su pesada alabarda, terminada por una espiga dorada, anunció ceremonioso: "¡El Rey!"

Y dobláronse los cortesanos en profunda reverencia protocolaria, y semejaban un jardín prodigioso mecido por la brisa.

El juvenil Monarca iba vestido de tisú de oro, y el cordón azul del "Saint-Sprit" dibujaba una línea sobre su pecho. Sentóse encantadoramente majestuoso en su trono, bajo el inmenso dosel recamado de lises, y sobre el cojín de brocado que tenía a los pies, apoyó sus zapatos de oro con anchas hebillas de diamantes. Sólo los encajes de sus mangas valían millones. A su derecha colocáronse Monsieur y Madame, que le seguían.

Y de nuevo el ujier, por la puerta que conducía a la gran galería de espejos, anunció, dando un solo golpe con su dorada alabarda: "¡La Condesa Lys-Royal!"

Hubo un momento de sobresalto y expectación en la Corte, y en el dintel de la puerta dibujóse la

linda figura de la Condesita. Las bellas damas devoráronla con los ojos por encima de sus abanicos, y los lindos aristócratas lleváronse al rostro, muy meticulosamente, los largos impertinentes valiosísimos... Fué un segundo, quizá menos. Mirándose unos a otros, exclamaron arrebatados: "¡Un verdadero Lys-Royal!"

Y era verdad. Vestida de plata iba como los lirios reales, y de plata bordada era la larga cola de su amplio vestido. Un collar de perlas rosa estremecíase de contento sobre la garganta rosada, y de coral rosa era su diminuto abanico, trabajado como una maravilla. Avanzó melodiosamente, inclinándose en las reverencias de rúbrica; la Grande Maitresse de la Cour la llevaba de la mano, y quince pajecillos esbeltos le sostenían la cola bordada. Había tal exquisitez en las maneras de la niña, y se inclinó ante el Rey con una elegancia tan fina, que todos quedaron fascinados, y hasta el hermano del Rey, siempre enfermo de tedio y de abulia, quedó raramente tocado de su gracia.

El joven Monarca la habló sonriente. Saltaba a la vista su satisfacción, el mismo orgullo del que muestra a los mundos un objeto portentoso. Descendiendo de su trono, se dirigió al Arzobispo de París. Fué como la señal para romper la etiqueta palatina. Madame, con su encanto de siempre, besó a la Condesa en la mejilla, y abalanzáronse todos para contemplarla de cerca, y la

rubia niña, con una amabilidad oportuna, respondía a las gentilezas de los nobles, amabilidades que eran de nuevo contestadas con profundas reverencias, o exclamaciones de alabanza, exageradas todas, como salidas de perfectos cortesanos...

Luego salieron por los jardines, aquellos fastuosos jardines que dirigió Le-Nôtre en torno a la arquitectura monárquica y majestuosa de Mansard. En la plazoleta, la fuente marmórea de Anfitrita deshacíase en lluvia cristalina, que arrojaban los tritones de la Diosa, y en el lindo templete del Amor, en el centro de las columnas corintias, Pigalle había colocado a Eros sobre un pedestal, con los rizados cabellos revueltos y un gesto pícaro en el rostro.

La multitud agrupábase al paso de la Corte. De la comarca de la Condesita había algunos, y entre ellos, el joven de grandes ojos pardos, que tanto la había amado, y que gozoso estaba con su encumbramiento, sabiéndola feliz. Una burguesita de la Turena, que por vez primera pisaba la mansión real, mostrábase entusiasmada, con un entusiasmo hecho de arrebatos y puerilidades, y agobiaba de preguntas a su hermano, oficial de caballería, muchacho encantador que tenía grandes conocimientos en la Corte.

La comitiva salía del pabellón central, alejándose por la avenida, ornada de pálidas hortensias, que abrían sus redondas bolas de un rosa enfermo.

La burguesita, desojábase ante aquel cordón de cortesanos que hería la vista en su abigarrada gama de colores. Casi todos iban a pie, en alegres grupos, hablando de amor, de arte o de frívola filosofía; pero también algunas señoras, desde el fondo cálido de sus literas (pequeños juguetes de inestimable valor), mezclábanse en la exquisita charla general, riendo tras los abanicos. Una de ellas, con la carita llena de afeites como una orquídea, y desnudo su busto entre encajes metálicos, regaló al joven oficial una sonrisita acariciadora, ladeando su cabeza azulada de ébano...

—¿Es a ti, Carlos? ¿Te saluda a ti?—preguntaba la jovencita, tirando de la manga a su hermano. Y continuaba preguntando, y quería saberlo todo, y el pobre oficial hablaba sin cesar, para alegría de su hermana. No recordaba haber hablado tanto durante toda su vida.

—¡Oh! ¿Quién es aquella gran dama, con el vestido recamado de perlas y záfiros?

—Es Mademoiselle de Orleans, la prima del Monarca. Ha desdeñado tronos, y ahora anda enamoradilla de un hombre mezquino y extraordinariamente inferior a ella en nacimiento... Mira, fíjate en aquella otra, de cabeza empenachada y ademanes fingidos de reina. Es la Grande Maitresse de la Cour.

—¡Graciosísima!—comentó la hermana—. "¡C'est tout a fait un vieux paon!"—y comenzó a reir como una niña...

"¡Oh! ¡Carlos! ¡Carlos! ¿No ves en el grupo central? ¿Quién puede ser el mancebo con gran manguito de pieles, y cuyos dorados bucles forman aureola a su lindo rostro, donde tan graciosamente ha repartido sus pecas pintadas?"

—Es Monsieur, el primer Príncipe de sangre. Tiene un carácter soñador, y su orgullo le ha valido muchos enemigos en la Corte... Sin embargo, ahí viene su mujer, esa encantadora Princesa, a quien todos adoran. Su risa es tan dulce como la miel, y su talle, en todo parecido al de las mariposas.

—¡Y qué delicioso vestido, Carlos! Verde alfónzigo, sembrado de florecillas rosa, salpicadas de diminutos diamantes como un rocío bienhechor. ¡Una idea deliciosa! ¿Verdad, Carlos?

—Junto a ella va el Arzobispo, con su luenga cola. Mírale, nena—seguía el muchacho—. Es el mismo que hizo llorar a la Corte cuando murió la vieja Reina Regente...

—¡El Rey! ¡El Rey!—corría de boca en boca, y la burguesita se alzó sobre las agudas punteras de sus zapatitos de raso.

Iba al lado de la Condesa, y a su paso saludaba la multitud. Sobre su litera, descubierta, retorcida de oro y pintada por Boucher, arrastrada por cuatro títulos nobiliarios, la Condesita Lys-Royal paseaba su triunfo, y tan blanca era y tan traslúcida, que semejaba una figulina de cristal.

Entre el gentío se oyó a una mujer que decía,

con el rostro rojo de satisfacción: "Yo la conozco, la conozco mucho; la he llevado en mis brazos cuando era una niña. Os lo aseguro; podría besarla si quisiera..."

Mas nadie la escuchaba.

IV

Ahora, luego de la jornada agitada y bulliciosa (jornada de esplendor y de apogeo), reposaba en sus estancias.

Había danzado, llevada con ceremonia, de la mano, por el primer Príncipe de sangre, y necesariamente, hasta las cabezas más altivas se inclinaron a su paso. Luego, los rígidos criados de casacas verdes recamadas de oro, sirvieron la comida en la mesa rutilante de cristalería sobre encajes de Bruselas, y de los lindos ' gâteaux" para las damas volaron albas palomas con cintillas rosa anudadas al suave cuello, de las que pendía una perla piriforme. Más tarde, cuando el juvenil Soberano se retiró del salón de Fiestas, escoltado por los "oeil de boeuf", la sonrió con tal satisfacción desde el umbral de la puerta de oro, que convencidos quedaron todos de que, en realidad, andaba enamorado el joven Rey.

Dormía por primera vez en Palacio, y recostada en linda "bergère", dejaba vagar sus claros ojos de topacio por las estancias. Un sueño era

la alcoba. En las paredes, tapizadas de salmón, derramábanse bordadas flores azules y plata, y sobre el lecho alzábase el baldaquino, colgante de pesados borlones. Frente a los cristales de la galería de mármol, con coquetería muy femenina, estaba colocada la mesilla engalanada de blondas, con el redondo espejo orlado de diminutas figuras, y la serie inverosímil de tarros y cajitas esmaltadas, para las joyas, los lunares postizos de terciopelo, y la deliciosa mentira del carmín. A través de las puertas entreabiertas alineábase el resto de las estancias. No había un detalle, una cornisa, una cerradura, que no fuera una obra de arte. Los escultores grabaron en las maderas los atributos musicales, amorosos y mitológicos, Van-Loo decoró los lienzos, con su correcta distinción, y sobre los muebles, de palo de rosa y amaranto de Riessener, danzaban los "bizcochos de Sevres".

Y en aquel centro jovial y galante, entre las estilizadas cornucopias de oro, los rasos abigarrados de frutas y flores en armoniosas guirnaldas, y los canapés tan acogedores en las horas de laxitud, comenzó la vida exquisita y tan llena de matices de aquella niña "favorita de un Rey", cuyo mayor encanto era, sin duda ninguna, su absoluta inconsciencia, ya que, como dijo en otro tiempo un francés insigne: "Lo que envilece a las mujeres galantes es el que ellas mismas crean que están cometiendo un gran pecado."

Y fué entonces, en aquel ambiente propicio,

donde se desenvolvió en todo su valer la sensibilidad refinada, amante tan ciegamente de la belleza, con aquella inclinación hacia todo lo bello y armónico que había nacido en ella sin necesidad de influencias, en su sencilla existencia campestre, con la riqueza de su imaginación. Fué entonces cuando la Condesita Lys-Royal, llevando de la mano a los artistas, les abría las doradas puertas de la Corte y las más brillantes aun de la gloria y la inmortalidad. Y a los dulces golpecitos de su varita mágica, los lienzos crearon figuras rosadas de mujer en un ambiente rosado y dulzón, y los mármoles redujeron sus antiguas proporciones, enamorando en su gracia coqueta, y la música tornóse tan delicada como una sonrisa, y hasta las líneas del decorado fueron perdiendo solemnidad, hasta ser tan sinuosas y dulces como caricias...

Y es que los griegos descubrieron la Belleza; Bizancio nos dió el Fasto; a los siglos cristianos debemos el Espíritu, y el Renacimiento nos reveló el Esplendor del colorido. Ahora el Arte tornóse femenino, melosamente femenino, y la Condesita Lys-Royal lo presidió entre los artistas, con su cabecita ambarina, su carne rosada y su ampuloso vestido de muñeca lazado de raso.

Ideó, además, modas deliciosas, como el que las damas recibieran, durante su tocado, a los caballeros de la Corte, costumbre que aguzó el ingenio, pues en esas graciosas reuniones matutinas, mientras la damita saltaba de su lecho, en-

vuelta en suaves crespones, y las doncellas la vestían frente a los largos espejos con marco barroco, los íntimos, discurriendo por la estancia, observando los detalles con una curiosidad casi femenil, rivalizaban en desgranar frases oportunas e ingeniosas, que darían la vuelta al Palacio entero entre la complacencia de todos, y que quizá llegaran al Monarca mismo, que las comentaría por la noche en el juego de Madame, honroso galardón para el "causeur" favorecido.

Puso en boga las lacas japonesas, y en los "boudoirs" veíanse por todas partes muebles, marcos, fruslerías traídas del Oriente, con su nota rica de color, pájaros y flores de oro sobre el fondo rojo-laca o negro-brillante. Mas nada tuvo la aceptación entusiasta de aquella moda artificiosa y banal de empolvar de blanco las frívolas cabezas, moda que no terminó sino en la guillotina, cuando cayeron segados los cuellos tersos y lánguidos de los bonitos aristócratas. Demostrando en todo la linda Condesita (si es que el hecho necesita demostración) que los elegidos no forman una casta determinada, con ambiente, pasiones y gustos similares, sino que, por el contrario, tanto en un trono poderoso como en la más vil de las chozas, y lo mismo en un medio burgués, que en las altas esferas sociales, como entre los que caminan cargados de aventuras por las rutas más intrincadas, y aquellas sobre los que el Destino ha inscrito una leyenda tumultuosa, nace uno de esos

seres privilegiados, símbolos de belleza, que fija una tonalidad a su siglo y crea una vida nueva, una nueva modalidad, señalando al arte un nuevo camino a seguir.

V

Mas un día, de lejos, llegó Gerardo. Traía riquezas y el corazón henchido de orgullo y esperanzas. Y ya en Francia, supo que, ahora menos que nunca, la linda niña de guedejas rubias y gorrilla de encajes podría ser su amada, pues ya pasaron como un sueño aquellas mañanas en que bajo el manzanar florecido de blanco o colgante de esferitas de topacio, podía hablarla al oído su eterna petición, y los días de fiesta y júbilo en la comarca, cuando era ella la más bonita de todas y pasaba junto a la imagen de la Virgen en la lucida procesión, y él la contemplaba pasar, arrobado, y como él tantos otros que no atreviéronse nunca a decirle su amor.

Quedó un momento desorientado, mas como en todos aquellos que viven sin imaginación, el odio pudo más que el amor. Y surgió la Tragedia, sonriendo sarcásticamente y sacudiendo la fabulosa cabellera, cuyas hebras eran hilillos de sangre.

Gerardo fué mucho más allá de lo imaginable.

Atacó en el campo y en la Corte, en la ciudad y en la mansión misma de la realeza, y todos señalaron a la Condesita con el dedo, llenos de mofa y desprecio, y hasta los zagales que conducen los ganados supieron de ella, y culpábanle las más atroces ignominias, y no hubo acto social o político que no le atribuyeran.

A la gente inocente del villorrio les rasgó el velo terrible de la verdad, y sólo por este hecho monstruoso "más le valiera no haber nacido". Y cuando en la Corte se supo el furor del pueblo, y se leyeron entre el gozo y el temor los libelos y canzonetas que corrían por todas partes, demostraron una vez más los cortesanos la frivolidad de sus cabezas, dejándose guiar por el primer venido, ya que en sus existencias intrincadas y banales necesitaban siempre de nuevas situaciones peligrosas que despertaran sus lánguidas sensibilidades estragadas.

La linda Condesita, ajena al desmoralizador bullicio, seguía su vida de Hada triunfante y bienhechora, y el chorro de oro que manaba de sus manos disminuía la mendicidad, consolando enfermos y aliviando la pobreza.

A principio de la primavera, un día luminoso en que las flores estaban más gozosas que nunca, la Princesa quiso ir a Notre-Dame, repuesta ya de la larga y penosa dolencia que le causó el nacimiento de su primer hijo, un principito rosado y de oro, que cuidaban con atención agobiante

hasta seis mujeres, sin contar las visitas continuas de médicos y palatinos, por lo que el pobre ángel pasaba los días abriendo desmesuradamente sus ojitos y echándose a llorar, ante tantas testas inclinadas y observantes alrededor de su diminuto lecho de encajes.

Como el día estaba alegre, el joven Rey salió de caza con su brillante escolta, y la Condesita asomóse al balcón para verle partir. A sus pies extendíanse, silenciosos, como esplendoroso tapiz, los jardines reales, y vió cómo alejábase, por la avenida central, el carruaje del ministro, luego de la audiencia con el Soberano, y cómo el jardinero amontonaba en anchas canastas las flores que le enviaban diariamente para adornar sus estancias. La vistieron para acompañar a la Princesa. ¡Qué linda estaba y qué feliz! Así descendió por la amplia escalinata, arrastrando sus claros terciopelos rosados y protegiéndose del sol con redonda sombrilla, cuyo fino mango era de ágata.

Las carrozas alineábanse en comitiva. En la del centro estaba ya Madame, con la superintendenta, la joven Duquesa de Luynes, recostadas ambas en el fondo violeta recamado de espigas y racimos de oro, y las damas que formaban el séquito montaban gráciles en las restantes, y ahuecaban sus vestidos, semejando, al dejarse caer sobre los cojines, pomposas rosas invertidas, cuyo tallo fuera el afilado cuello de alabastro.

Y las carrozas llegaron a la ciudad, donde las

mujeres agrupábanse a su paso, con los ojos salidos de las órbitas. Y la dulce Princesa saludaba con su manita a la muchedumbre. Cerca ya de Notre-Dame, una voz, que nadie supo de dónde había salido, gritó, entre cínica y gangosa: "¡Saludad a la amante de nuestro Monarca!", y se deshizo en ruidosas carcajadas de desprecio. Si las carrozas no hubieran sido tan pesadas, seguramente habrían oscilado al ligero estremecimiento de sus ocupantes. En la suya, toda cubierta de laminillas de nácar, con los caballos empenachados de carmesí, asomóse la Condesa al motín que produjo la frase, y vió cómo todos los ojos la miraban extrañamente, y que al mirarla, las bocas se crispaban en una indefinible sonrisa, que le llegó al fondo de su ser. Tuvo miedo por primera vez en su vida; tuvo miedo, no sabía a qué... Mas seguía tan ajena a la Verdad, que pensó en la Princesa y temió por su vida.

Al llegar de regreso a Palacio, su pecho, oprimido durante el trayecto, respiró hondamente. ¡El peligro estaba librado! Sin embargo, al cruzar los largos corredores, dos damas de honor, en lugar de devolverla el saludo como otras veces, comenzaron a cuchichear secretamente, y la Condesita entrevió la misma extraña sonrisa que había descubierto en el populacho. Quizá era una sonrisa menos canalla; mas significaba lo mismo. Desconcertada, entró en su cámara y se desplomó sobre el lecho. Un papelillo blanco, desplega-

do estudiadamente sobre el brocado bordado de plata que le cubría, absorbió su atención...

...Y allí, bárbaramente, con la misma brutalidad de la hiena frente al lindo cachorrillo, como cuando las almas criminales que moran en los desiertos y en las urbes van desgarrando su presa inocente a golpes, a zarpazos, sangrándola de heridas incurables, como esas sierpes de ojos verdes y triangulares que, con su silbido fascinante, traen la muerte sobre los tiernos pajarillos, allí, bárbaramente, venía inscrita la Vergüenza, con el busto enclenque, el rostro amarillo y la mirada torva; la Calumnia, riente la boca que manaba injurias; el Pecado, tan obscuro como la noche, y la Mofa, con los afilados dedos no saciados nunca de mostrar infamias... Y a través de todo, la Verdad se abrió paso, y su luz era tan clara, que la linda Condesita quedó aletargada y llena de angustia su alma...

En el desbarajuste de ideas, vió al viejo padre llorando de afrenta, al mundo entero gozando en su deshonor; comprendió entonces, en su verdadera significación, los gritos de la plebe, el justo valor de aquellas extrañas sonrisas, el reproche y el odio de las miradas, los cuchicheos misteriosos de las damas de honor en los largos corredores...

Como loca alzóse del lecho, atravesó la estancia, llegó a un mueble Renacimiento labrado en marfil, buscó anhelante en los cajones diminutos... ¡Por fin! Estaban allí, en cuadrada caja ta-

llada en esmeralda, las pequeñas esferitas de oro maravillosamente envenenadas y que despedían un aroma penetrante y sutil...

Por la noche, cuando el joven Rey, seguido de sus íntimos entró en las habitaciones de la Condesa Lys-Royal, la halló tendida en su bordada "bergére", con su lindo vestido enguirnaldado. En la linda cabeza, las rosas de the estaban más pálidas que nunca; pero mucho más pálida estaba la Condesita, con una palidez verdosa, de veneno...

Y el Palacio entero vibró de dolor al grito doloroso del niño Rey.

VI

Resultado:

Un alma inocente perdida para el cielo.

Un viejete agobiado de vergüenza.

Una protección perdida para el arte.

Un escándalo público.

Un joven Monarca, henchido el pecho de dolor y rencores al principio de su reinado, cosa fatalmente nefasta para su pueblo.

Y estos males, o peores, lleva siempre a la sociedad todo ser desprovisto de imaginación, y cuyas maneras son groseras y ordinarias.

ISOGAI

I

EN un barrio elegante de Pekín vivía un joven chino llamado Isogai. Era un chinito encantador con la faz color de marfil, y las crenchas de sus cabellos sedosas y obscurecidas de azules reflejos. Era huérfano. Había nacido de los amores apasionados de un pintor—uno de esos pintores del extremo Oriente, que dejan sobre los lienzos una impresión momentánea de movimiento al diseñar el vuelo de unos sutiles pájaros negros sobre un fondo celeste—con una célebre gheisa, de gran belleza, que murió al darle vida. El padre habíale dejado una fortuna considerable y la casita que ocupaba en ese barrio elegante de Pekín.

Era una linda casa, con las paredes de lacas de diversos tonos, la techumbre pintada de bermellón y con un jardincito fantástico de girasoles, en el que el puente, los surtidores, el umbráculo y el riachuelo parecían construídos, en su graciosa miniatura, para el goce de una muñeca.

Hacía tiempo que Isogai languidecía torturado por una idea fija, obsesionante, que le seguía sus pasos durante el día y acariciábale en sueños o en sus largas noches de insomnio. Y era una idea terrible. Isogai quería contemplar el rostro de la joven Emperatriz. La fama de su exquisita belleza había llegado hasta él envuelta además en ese misterio fabuloso que nos hace más seductor todo lo lejano, lo imposible. Pero Isogai sabía que su deseo no era realizable y que a ningún ciudadano chino le estaba permitido el contemplar el rostro de su Emperatriz. Sólo los mandarines y los eunucos de la Corte podían mirarla cara a cara, y cualquier otro que atreviérase, rompiendo el protocolo casi divino, a llegar de hinojos ante su presencia, podía estar seguro de morir en medio de los más atroces sufrimientos del suplicio. Por eso en Isogai, hijo del Arte y de la Muerte, había cristalizado esa extraña idea peligrosa, y nada ni nadie lograban distraerle de su atrayente seducción.

Un día llegó su criado, terminadas las compras para la comida, y dió la noticia al resto del servicio: al día siguiente, la Emperatriz, con su

Corte, viajaba con dirección a su Palacio de Verano. Por la tarde todo el mundo la comentaba en Pekín, y cuando anochecía, los heraldos, escoltados por sirvientes con antorchas, anunciaron al pueblo el viaje de la Soberana. Sabían todos a qué atenerse. A la hora fijada por los heraldos, debían cerrarse puertas y ventanas, y ningún ser viviente podía pasearse por las calles.

Isogai, recostado en su diminuto lecho de seda amarilla bordado de grifos, de un sorprendente color azul-prúsico, dejaba deslizarse sobre la estancia las horas lentas, acompasadas, de la noche oriental. La proximidad del peligro aumentaba el deseo, como un imán fascinante. Al nuevo día, ella, la Hija del Sol, la joven Emperatriz cuya belleza, custodiada por eunucos cual una joya de milagroso valor, regía los destinos de millones de hombrecillos pálidos como el jade, pasaría bajo su balcón. Y él debía mantenerse a distancia, palpitante de ansiedad, mientras llegaban a su estancia, sutilmente, en un crujir de sedas, a través de las puertas cerradas, los apagados ecos de la comitiva imperial. En su temperamento ardiente y juvenil creía Isogai que era cobarde, por su parte, el dejar pasar el ideal tan cerca de sí y no alargar la mano para apresarlo. ¡Son tan pocos los que encuentran facilidades en ese sentido! Así, pues, se decidiría. Sería fuerte y varonil, y contemplaría abiertamente, ante la Corte asombrada, a aquella cuyo rostro estaba vedado a los simples mortales.

Claro que la Muerte le acechaba en silencio; pero el final de nuestros días es siempre el mismo, y la Diosa macabra, terrible e insaciada, iba segando las vidas por igual: las de aquellos que atreviéronse a sondear los más diversos arcanos en busca de la felicidad, y las de aquellos otros que por cobardía o por negligencia o por simple ignorancia, no desenvolvieron ni las pasiones, ni las tendencias, ni las aspiraciones casi siempre vulgares, mas alguna vez exquisitas, que constituyen el múltiple y complejo organismo psíquico de nuestro "yo". ¡El eterno descanso, pues, por un instante maravilloso!—decidió, irguiéndose sobre sus cojines bordados Isogai. La Vida, es verdad, tiene sus cosas deliciosas. Es amable el contemplar los fantásticos girasoles abiertos cual soles variopintos, y los heliantos de colores desfallecidos. Es amable el tañer el dulce biwa cantando versos a las mariposas, como aquel que comienza:

Nugi-Kakuru
Haori sugata no
Kokô-Kana!

Y es amable también el llegar lentamente hasta las afueras de la población para postrarse ante el Gran Buda de piedra, dorado tibiamente por los rayos solares, que contempla a la Humanidad con su sonrisa de conmiseración a través de sus pupilas hechas de cristal precioso.

En su misma casa estaba rodeado de todas aquellas cosas superfluas que hacen la vida menos triste y que incluso nos incitan a amarla tan apasionadamente: los cacharros de brillante porcelana pintados de pájaros y flores, las sedas de aúreos reflejos con sus grifos rampantes y sus quimeras de tornasol, las diminutas vajillas de marfil, y los parabanes bordados... ¡Sí, todo acababa para él! ¡Pero qué maravillosa revancha la suya! ¡Contemplaría la Belleza cara a cara!

II

Sentada en su sillón de ceremonias, la joven Emperatriz deja vagar su mirada por el infinito. Desde su sillón se contemplan en una gradación de términos, la puerta de bronce dorado abierta sobre el pabellón amatista, las misteriosas avenidas de la Ciudad-Roja, con sus múltiples dependencias para los cortesanos, los placeres secretos y las ceremonias; los jardines con sus mármoles labrados, sus flores temblorosas y sus altas pagodas recargadas de atributos en su aérea esbeltez. Más lejos, Pekín, en su movimiento multicolor de gran ciudad del Oriente. Y cerrando el fondo, teñida suavemente de oro viejo, como un collar de ámbar, la muralla china.

Los esclavos sonaron en el "gon" la hora del atardecer, cuando las lejanas colinas se inundaban de púrpura deslumbrante, y entraron en el Gran-Salón los mandarines, con su paso corto, dándose aire muy finamente con grandes abanicos sembrados de perlas. Las Princesas de la familia imperial se recostaron en los palanquines de

laca verde pulida como espejos, y al accionar con sus brazos, las mangas perdidas de sus pintados haoris les daban un extraño aspecto de grandes mariposas. En sus corceles, y con cascos bruñidos, los soldados, hombrecitos de cera, de ojos oblicuos, formaban plásticamente en el patio de honor, y las danzarinas y las esclavas destinadas al placer, se alineaban abriendo sus lindos quitasoles rojos, violetas, azules y anaranjados.

Los eunucos, de rostros inexpresivos, con largas vestas brillantes, levantaron la silla de la Emperatriz; otros extendieron sobre su cabeza un velario de esmeraldas y rubíes, sostenido por largas pértigas de ónice, y púsose en movimiento la comitiva, que ya entrada la noche traspondría los umbrales del Palacio de Verano.

El inmenso Pekín, con sus mansiones cerradas y su infinito silencio, con sus techumbres de color, sus jardines exuberantes y sus templos solitarios, semejaba una de esas ciudades petrificadas por un genio maléfico de los cuentos de hadas. Sus calles se abrían a la comitiva imperial, recubiertas las losas con pétalos de flor, y los ciudadanos que aquella jornada moviéronse azarosos y nerviosillos para terminar sus ocupaciones antes de tiempo, refugiábanse ahora en sus habitacioncitas, llenos de un profundo respeto hacia la Hija del Sol, que irisada de pedrerías y de sedas, cruzaba la ciudad en hombros de los eunucos.

Mas hubo un momento en que la comitiva se

detuvo bruscamente en extática magnificencia. De una ventana entreabierta, un grito ahogado de admiración y de asombro había cruzado sobre el silencio que envolvía las cosas. La carita pálida de Isogai se dibujaba en la penumbra, arrebatada de su ideal satisfecho, fija la mirada, insensible a cuanto le rodeaba. Bajo, a sus pies, en la insólita riqueza de su vestuario, la joven Emperatriz le contemplaba con una expresión asustadiza en su faz. Era traslúcida como un velo sutil y levemente dorada como las tierras vírgenes al sol del amanecer. Su alto tocado de icono cobijaba los párpados pintados de estrellas azules, y su boquita roja, con la fina línea de oro que dibujaba los labios, era cual una fruta brillante y golosa. El encanto duró poco. Advertido el Gran Mandarín de la Corte del inesperado atropello, dejó prendido en el aire un signo cabalístico con su mano estilizada por largas uñas verdes, y los eunucos dejaron caer sobre la Emperatriz unas cortinillas de seda bordada, y los soldados de la Guardia imperial llamaron con sus alfanjes sobre la puerta cerrada de Isogai.

Pocas horas más tarde, el Palacio de Verano, con su gran barco de mármol hundido en las aguas del estanque, se llenaba del bullicio cortesano, aleteando las vestiduras de los dignatarios como estrellas temblorosas en la calma de una noche azul... Y en una celdita obscura, aquel hijo del Arte y de la Muerte, dormía recostado sobre

una losa, con el alma reposada en el ideal que se ha entrevisto, aguardando su última hora sereno y satisfecho...

Amanecía. Por la línea de Oriente la vaguedad rosada de un tranquilo despertar del día vibraba sobre la muralla china, como un manojo de rosas pálidas sobre un plato de bronce, o más bien como una mujer desnuda en un lecho de lotos azules. Amanecía silenciosamente, y comenzaba a flotar sobre la ciudad dormida los hálitos perfumados de las flores, que desperezábanse ahora en la temblona frescura del amanecer. Amanecía, y semejantes a un arpegio de liras, esas horas primerizas, que son como el tocado de la Naturaleza, cuando comienza a engalanarse de sus verdes multiformes y en su inmensa cabellera celeste prende las alas de todos sus pájaros, desvanecíanse en el horizonte, vistiéndose de gasas sucesivas, que iban de la transparencia incolora al rosa enfermizo, y del rosa enfermizo al escarlata arrebatado, y del escarlata arrebatado al oro deslumbrante, para quedarse luego enteramente desnudas en la gloriosa serenidad del azul. Amanecía, y despertaron a Isogai, que dormía apoyada en la losa de piedra su carita de marfil.

Precedido de dos soldaditos chinos, atravesó un largo corredor, cruzó un ancho patio gris, color de "ausencia de sol", y entró en un recinto de paredes húmedas, con una pequeña ventana de

gruesos barrotes por la que filtrábase la aurora rosada del día primaveral. Le ataron a la espalda sus manitas pálidas, y sin despojarle de su rica vestidura bordada, le hicieron arrodillarse sobre los guijarros. Por una puerta baja apareció el verdugo. Era menudo también, como los soldados, pero su torso, al descubierto, mostraba el músculo rico de dibujo y de expresión. Acarició imperceptiblemente su larga espada. La alzó luego en silencio; se oyó un silbido veloz, y la cabeza de Isogai, como una manzana de ámbar, rodó sobre el pavimento...

Al mediodía llenóse Pekín de la asombrosa noticia: La joven Emperatriz había muerto al amanecer, repentinamente, en su lecho magnífico de Hija del Sol.

—Debemos estar tristes; ha muerto el más grande de nuestros artistas—comentaba, sorbiendo té en una diminuta taza de porcelana diáfana, un amigo del pobre Isogai.

—¿Artista?—preguntó, inclinándose sobre la mesa de lacas y marfil, otro de los muchachos—. Isogai no hacía versos, ni pintaba flores en los altos jarros brillantes, ni ha dirigido las obras de una pagoda...

—¡Isogai ha muerto por la belleza!—replicó el primero, alzando la faz—. ¿No merece, acaso, la gloria?

Y tras un silencio de humeantes pebeteros y de espíritus conturbados:

—¡Y qué extraña coincidencia! Nuestra joven Emperatriz muere al mismo tiempo que el desgraciado Isogai. Hasta el punto de que la misma Aurora ha iluminado sus despojos exangües...

A los jóvenes chinos extrañábales esta coincidencia. A mí no me extraña lo más mínimo; todo artista se lleva a la tumba el ideal de su vida.

UNA EXTRAÑA PASIÓN

I

LA Primavera vino sobre las orillas del Loira. Y cuando hundía en las plácidas aguas del río sus blancos pies descalzos, ya la comarca estaba toda verde, las flores variopintas se balanceaban sobre sus tallos, y en todos los árboles cantaban los pájaros.

Y vino también a su castillo el Rey de Francia. Y a su sola presencia rutilaron los brocados bajo el sol, y las plumas, erguidas o somnolientas, se movían en las cabezas de los cortesanos, como flores de un extraño jardín. La Primavera trajo las flores naturales, y el Rey de Francia las artificiosas.

Y, naturalmente, se produjo un efecto perfectamente artístico, pues el arte no es más que eso: un manto de artificiosas irrealidades sobre un fondo de verdad.

¡Castillo del Rey de Francia! Como un juguete de orfebrería, elegante, airoso, risueño, coronado de torrecillas sutiles, semejan sus muros encaje de blonda, que tejieron al lento deslizarse de las horas manos liliales de Princesa. Reposa débil sobre el río plácido, y en sus bosques, umbrosos de verdor, se hiere a muerte a un rival, se trama una turbulencia de hugonotes, o se consigue a la dama en un beso. El Rey de Francia ha venido a su castillo, que ama tanto, y toda su Corte bulle, vibra, en torno a él. Son las avenidas que ven pasar a los consejeros de Estado, con el gesto grave, que luego, en el banquete, harán más dulzón; los patios interiores, con los guardias suizos, de alegres uniformes; las ventanas—purísimo Renacimiento—, donde departen amistosas las damas de honor, todas con sus gorgueras hieráticas y sus perlas desfallecientes; los corredores, agobiados de gentileshombres, que visitan al Duque de Guisa, al de Montmorency o al Cardenal de Lorena; la nota decorativa de algún joven prelado que cruza hacia la capilla para las devociones del Rey, y un bullicio de pajes, palafreneros y donceles, que traen luces, anuncian a los visitantes, sostienen el extremo de un vestido o espían acurrucados, sirviéndoles de escondite la maravilla bordada de un tapiz.

Aquella mañana, la alta nobleza invadía el gabinete del Rey. Habían llegado de Italia estatuas, grabados y joyeles de un fresco sabor renacen-

tista, y los señores franceses, rudos durante el medioveo, se estilizaban ahora en eruditas conversaciones, ciñéndose a la moda reinante que viniera del bello país, implantada por los Borgia y por los Médicis.

El Rey, ya anciano, hundido en su sillón, sonreía satisfecho a la vista de tanta maravilla. En realidad no comprendía gran cosa en materia de arte, aunque considerábase el Mecenas más espléndido de la cristiandad; su Corte admitía, con toda clase de atenciones, a los artistas flamencos, españoles o florentinos, y más de una vez la belleza de una dama quedó inmortalizada sobre un lienzo o en las gamas vibrantes de un soneto de amor.

Cuando el joven Duque de Longueville acariciaba el largo cuello de bronce pulido de una Leda abatida a los alteos del divino cisne, un Bolonia exquisito, entró de la antecámara Madame Margarita, la hija de Francia, seguida de sus pajes. En el revuelo protocolario que produjo su llegada, la Princesa, con su delicioso gestecillo de niña mimada, sentóse junto al Rey su padre, y la Duquesa de Montpensier le sostuvo el abanico.

Continuaron abriendo las arcas, y de sus senos obscuros, surgían a la luz, en el gabinete del Rey de Francia, unas altas copas de ágata rosa-transparente, modeladas en forma de cisne y de bajel, terciopelos venecianos esplendorosos, en su "rojo Veronesse", una maravillosa vajilla de oro, en la que narrábase plásticamente la Iliada toda,

con sus carros, sus aventuras, sus cascos tremolantes, y sus héroes. Sacaron también, envuelto con sumo cuidado, un David de Donatello que enviaba de Mantúa la Marquesa Isabel, y en otra arca venían, suntuosamente encuadernados en brocado violeta con los lyses de los Valóis, sonetos del Petrarca y el Aretino, y en griego y en latín, los "Idilios", de Theócrito, y las "Vidas paralelas", de Plutarco.

Mas de todo ello, nada tan sugestivo como aquel lienzo, retrato de un joven señor. Era un cuadro con ciertas inclinaciones a la manera retocada del Bronzino, y sobre el paisaje minucioso, de tonalidades verde-amatista, con una senda, un riachuelo y un castillito, dibujábase en primer término, con esa precisión de detalles tan querida por los retratistas del Renacimiento, el busto juvenil, de perfil pálido y delicado. Era la efigie de Guido Manfreddi, de la familia de los desposeídos señores de Faenza, y fascinaba apenas vista aquella su belleza de sutiles transparencias, su lánguida cabeza tejida de finísimo oro, que con aquella ligera petulancia aristocrática surgía de la riqueza del jubón de terciopelo negro, bordado de diamantes. Las blancas manos, hábilmente colocadas, acariciaban el extremo de un lindo puñal.

Madame Margarita se arrebató contemplándole. Nunca, en sus años adolescentes de hija de Francia, había sentido vibrar todo su cuerpecito en el dulce trémulo de aquel instante. Ni en los

bellos señores de la Corte, tan ceremoniosos ante ella, ni en las conversaciones oídas a sus damas, ni en las poesías amorosas de la Pléyade, que tanto placían a la nobleza, ni ante una obra de arte en fin, habíase estremecido la Princesa tan extrañamente. El primer momento fué de arrebato.

E insensiblemente, con su eterno gestecillo de niña mimada, se lo pidió al Rey para adornar su cámara.

¡Fiesta en el castillo del Rey de Francia! En la larga galería cubierta, tendida sobre el Loira, se inclinan los bustos de las damas, en majestuosas reverencias de Corte. Son bustos frágiles, atenazados de ballenas del corselete, del brocado rígido, de la gorguera fastuosa, de los pesados hilos de perlas. Las luces, en altos candelabros de bronce y esmaltes. Los tapices, de radiantes entonaciones, cubriendo las paredes. Y entra el Rey en un desfile de color cálido y espléndido, con su comitiva de mariscales, poetas, cardenales, almirantes de Francia, gentileshombres del Saint Sprit.

Danza, Madame Margarita, hija de Francia, frente a tu pareja, un Príncipe de la casa de Lorena; semeja tu cuerpo una caricia cristalizada en mujer. Danza, que la Corte está pendiente del ademán de tu manita enjoyada, de las oscilaciones graciosas y lentas de tu busto sobrecargado de joyeles históricos, de la expresión movediza de tu lindo rostro, resuelto en blancos y azules, algo así

como un dulce amanecer, cuando no se ha escondido aún la luna tardía... Mas tu cabeza, que lejos de la fiesta, de los sonidos rítmicos de mandolinas, arpas y laúdes, esa tu cabeza, que, bajo un caparazón de perlas, lleva los cabellos negros espolvoreados de azul. Está distraída, confusa, ensimismada. Bailas sin saber por qué, Madame Margarita, hija de Francia, sin darte cuenta, de que la Corte entera está pendiente de tu ritmo; danzas distraídamente, como distraídamente tronchamos flores para formar un pequeño ramillete, y al final nos damos cuenta de que el árbol está ya vacío de flor, agotado; las cortamos todas, ¡y no necesitábamos tantas! Y esto, Princesa Margarita, nos sucede siempre que algo fascinante se ha mostrado a nuestros sentidos, en la línea de unos labios bellos, en el peligroso encanto de una conversación...

Tú estabas fascinada por algo. Y era el retrato de Guido Manfreddi, de la familia de los desposeídos señores de Faenza, con aquella su belleza de sutiles transparencias, y las blancas manos colocadas hábilmente sobre un lindo puñal.

Y temprano aun, besaste la mano del Rey, tu padre, y cruzabas la galería cubierta, tendida sobre el Loira, mientras te saludaban, en sus complicadas reverencias, los señores de sombrerillos de perlas y plumas. Y el bufón, que se vestía de rey de naipes, se descoyuntaba en fantásticas genuflexiones entre las risas de todos.

II

Por la ventana abierta, el rayo de luna se inmaterializa en fino polvillo argénteo. La cámara en penumbra, duerme un reposo magnífico de tapicerías, de lyses, de muebles esculpidos en marfil, incrustados de nácares. Madame Margarita, que lee sentada en una diminuta silla de ébano, tan pulida como una joya, abandona su libro con un suave gesto de fastidio y hace sonar su campanilla de plata. Y alzando un tapiz entra a desvestirla la doncella. Le trenza los cabellos y los cubre bajo una sencilla cofieta de terciopelo. Y las manos tienen una especial habilidad para desprender la gorguera; descalza los altos chapines prendidos con un rubí, ir plegando el fastuoso vestido en el reducido fondo del arca de sándalo.

Dejando unas frutas sabrosas en redondo plato de esmalte, y habiendo vertido en copa de amatista, de pie retorcido y vasija cóncava, unas gotas de vino especioso, salió la doncella de la cámara, silenciosamente, tras el tapiz. Madame Margarita fué hasta la ventana y reclinóse sobre el alféizar.

Todos sus sentidos, tiernos, juveniles, se crisparon melodiosamente. ¿Era quizá la noche, toda en pálido serenamiento de luna? ¿El Loira plácido, de esmalte verde, que humedecía los frágiles pies del castillo real? ¿Era, sin duda, aquella fragancia que traía el rayo lunar, empapado de lilas, de aquellos racimos que movíanse imperceptiblemente, pesantes de belleza? ¿O también el rumor de mandolinas, arpas y laúdes, que en la galería cubierta sonaban un bailable entretejido de reverencias?... Sí; mas sobre todo ello, la extraña fascinación del lienzo exquisito, fascinación peligrosa, que ha hablado a la vista, que ha llegado hasta los sentidos, que ha movido la imaginación, que tiene en suspenso el alma y fijo de ansiedad el pensamiento...

Una vez entre los lienzos del lecho, orlados de encaje Alençon, Madame Margarita hija de Francia, quedóse dormida. O parecía al menos que dormía, en la regia magnificencia de las tapicerías, los lyses, los muebles esculpidos en marfil, incrustados de nácares... Y sus diminutos párpados azules, cerrados al sueño, pedían un beso suave, suave...

Y soñó. Soñó que bordeaba la ribera de un río, el Loira, de transparencias verdes, y la seguían, surcando las aguas, unos cisnes blancos, con el eterno interrogante de sus cuellos. Su dulce cabellera bruna flotaba al viento en fresco airón de Primavera, y su maravilloso galgo color de

amatista, vino hasta ella y le acarició la mano. Traía el ambiente embalsamamientos de clemátides, rosas y agavanzos de la Turena, y las finas aletas de su nariz vibraban a un placer desconocido. Y anochecía.

Antes era el cielo, pálido y diáfano cual una flor azul; ahora semejaba la cola bordada en estrellas de un pavo real. Se encontró sola; los blancos cisnes habían remontado el río, y el galgo color de amatista tendióse somnoliento en unas matas verdes. Mas ella continuaba su camino, ansiosa del placer desconocido, guiada por una extraña fuerza de obsesión. A través de un bosquecillo se filtraba tenuemente una luz sonrosada, y algo así como las pulsaciones exquisitas de liras eolias. La Princesa dió unos pasos, y al solo murmullo de las ramas que apartaban sus manos, vió cómo huían, lanzando alegres gritos, un tropel de divinas figuras a manera de ninfas semidesnudas... Mas en el centro, ¡oh!, y saltó de gozo y extrañeza el corazón. ¡Era él! Con su belleza de sutiles transparencias y su lindo jubón bordado de diamantes. Parecía esperarla, pues sus facciones no se inmutaron en la serena sonrisa de bienvenida.

Y cuando yendo hacia ella, la cobijó en sus brazos, la Princesa sucumbía lánguidamente, cual una delicada flor a la caricia de un sol demasiado ardiente, de un sol meridional. Por las fibras sutiles de su cuerpo fluyó un hálito de savia vivifi-

cadora. Y prendido en sus labios quedóse tembloroso, un no sabía qué de agrio-dulce, de rojo y jugoso como una bella granada: un beso.

Y Madame Margarita, hija de Francia, se incorporó en su lecho arrebatada, y quiso sonar su campanilla de plata; mas sus ojos azules, húmedos de sueño aun, cayeron blandamente sobre el lienzo en el que Guido Manfreddi tenía las blancas manos hábilmente colocadas sobre un lindo puñal. Y sonrió...

Estaba adelantada ya la mañana. En el jardín jugaban a la "paume" los jóvenes señores de la Corte, con sus bonitas raquetas de marfil.

III

El Duque de Anjou, comentando el lienzo, dijo haber conocido al joven Manfreddi en Roma, en casa del Cardenal Juliano della Rovére. Vivía solo en Verona, y cultivaba en su jardín unos extraños tulipanes color de púrpura, por los que sentía una gran atracción.

Todo esto sabíase de él. Y, sin embargo, de cuántas cosas exquisitas hablaba su retrato, de ensueños fantásticos, de coloraciones sutiles e impalpables, de dulces enervamientos armónicos.

¡Cómo habíase recreado el fino pincel artista al trazar los bellos párpados, ligeramente abatidos al peso rizado de las pestañas de oro! ¡Cómo habíase entretenido con gozo acariciando la comisura de los labios o el bucle que descendía sobre el hombro en retocada negligencia!

Y Madame Margarita, llena de impulsos juveniles, ha pedido a su padre, ingenuamente, hacer un recorrido por los lindos estados italianos. Al viejo Rey le halaga la idea de que el mundo entero

se asombre de su poder, enmudezca de su fasto; que las cosas todas se embellezcan, se regocijen, a la sola presencia de una hija de Francia. Y el viaje ha sido dispuesto.

¡Mañana alegre de sol en el castillo del Rey de Francia! La comitiva, magnífica y joyante, brilla, palpita, se retuerce en un continuo moverse de corceles y de literas. Los pajes de las nobles señoras traen los cofrecillos con los joyeles, y las dueñas y las sirvientas se acomodan en los altos carros pintados. Ya sobre su rica montura espera el Cardenal, con su caballero de capa y espada, y van también tres Obispos, con sus familiares, y el Gran Chambelán de la Corte, seguido de donceles, y gentileshombres con el escudero y el bufón. El escuadrón de la Guardia-Suiza rutila al fondo del parque, dispuesto a escoltar a la Princesa, y cuando ésta aparece, rodeada de sus "filles d'honneur", ya los juglares y los palafreneros están en sus puestos, y la comarca entera ríe al sonido de las largas trompetas.

El viejo Rey les despide desde el balcón. La comitiva bordea el Loira, jugoso aun de la frescura del amanecer, y el rayo de sol parece que se materializa en esa sarta interminable, en ese desfile de espléndidas entonaciones y de arrogantes cabezas enjoyadas. Los caminos se abren a su paso, umbrosos de verdor, en tintineo de frutos colgantes, de manzanos, de melocotones y ciruelas, las ciruelas que tanto había amado la difunta Reina, y

a las que la Corte llamaba en su recuerdo ciruelas-claudias.

Y al final de los caminos aparecían los pequeños poblados tan pintorescos, tendidos al margen de un riachuelo y dominados por la tétrica silueta de un viejo castillo, o sobre un pináculo, cobijadas las casitas a la sombra maravillosa de su Catedral. Y las fiestas y los agasajos tendían un tapiz de rosas a los pies de la hija de Francia.

Allí donde había una mansión patricia, cuna de un nombre ilustre, allí se desplegaban los pesados reposteros, bordados con las intrincadas armas de famiila, y los finos instrumentos de música dejaban escapar sus notas más armónicas, conmoviendo aquellos muros que luego quedarían de nuevo cerrados y silenciosos, durmientes en su grandeza. Otras veces era el palacio municipal el que abría sus puertas pomposamente para recibir con toda ceremonia a la augusta visitante, y entonces venían hasta ella el Gobernador y los burgo-maestres, el Prelado y la nobleza del contorno, y las damas de honor de la Princesa se sonreían tras los abanicos de las maneras provincianas de todos ellos y de sus vestiduras tan atrozmente pasadas de moda.

Y entraron en tierras de Italia. En una tarde primaveral, toda oliente a lirios y a tranquilidad, la comitiva de los dos mil jinetes y las cincuenta literas, vió surgir a lo lejos, pintada sobre el cielo de un azul muriente de atardecer,

aquella prodigiosa flor de mármol de Carrara, a la que los milaneses daban el nombre de Catedral.

Fué allí donde se hizo cantar a los niños del Coro, tan bellos como querubines de Fra-Angélico, y sus vocecitas, casi divinas, flotaban bajo las bóvedas marmóreas, ensimismando a los oyentes en visiones seráficas. Y fuera, los altos campaniles eran como erguidas azucenas blancas sobre campo de azul.

¡Qué gozo en tu viaje, Madame Margarita! ¡Qué ansiedad! Una ansiedad que con un involuntario refinamiento vas exasperando dulcemente, entreteniéndola en tu camino, prendiéndola en cada uno de los festejos que las lindas ciudades del Renacimiento tienden a tus pies de hija de Francia. ¿No hay quizá un deleite, un extraño deleite, en ir retardando todo aquello que esperamos con avidez? ¿O quizá también un miedo al Destino, que se muestra a veces irónico y cruel? Los cortesanos, que te observan el rostro diariamente—en "rol" de perfectos cortesanos—, advierten en tus ojillos pálidos un aislamiento de todo lo que te rodea, y Monseñor el Carednal, dialoga contigo largamente, pues a su mirada, tan rica de esperiencias, no han escapado, ni tus continuos desfallecimientos, ni tus repentinos sobresaltos.

Entraron en Mantua. Todo el pueblo vestido de fiesta, se agrupó en torno a la mansión de los Gonzaga, ese soberbio palacio de T, pintado tan

lindamente por Mantegna, y la pequeña corte de los Marqueses avanzó estudiadamente al encuentro de los que llegaban del lejano país de Turena.

Mientras ondean las banderolas en las cumbres de los edificios, y la ciudad toda suena arrebolada al sonido de sus múltiples campanarios, Isabel de Este recibe a la Princesa. Esteta exquisita, aun dentro del estetismo de la época, esta mujer que impone al mundo sus modas fastuosas, está sentada en una silla griega de mármol pentélico, y en los más nimios detalles de su indumentaria—en su maravilloso vestido de brocado, en el que los tejedores de Lucca, entrecruzando leves filamentos de plata y de un ligero color de naranjas, han conseguido una extraña coloración irreal, en sus collares cincelados por el Belli en largas horas invernales, en las perlas de su tocado, perlas redondas y rosadas que heredaran Isabel de Este y la Duquesa de Urbino de Bárbara de Brandeburgo, había un rasgo artístico y señorial. A su lado alzábase, gracioso, un Cupido de Miguel Angel; y rodeando a la Marchessa estaban sus protegidos: Donatello, Mantegna, el Ariosto, Gullio Romano. El conjunto era tan seductor, tan Renacimiento, que los cortesanos del Rey de Francia abatieron sus altivas cabezas ante la presencia de la Marchessa Isabel

Por la noche, en una cámara en la que cariátides de marfil sostenían un friso de ágata primo-

rosamente esculpido, los Gonzaga ofrecieron una comida a la hija del Monarca francés.

El sitial de la Princesa estaba bajo un baldaquino bordado de aljófar, y su copa, simulada por una concha de mar, sostenía en uno de sus bordes un maravilloso záfiro tallado en forma de delfín.

Los cinco donceles destinados a servirla llevaban los bucles trenzados, recordando los lyses de los Valóis, y en sus dalmáticas, en hilo de oro, leíanse sonetos de los poetas de la Corte, cantando la belleza de la hija de Francia. Y cuando ella se asomó sobre la ciudad, con su vestido azul celeste sembrado de quinientas cuarenta y cinco perlas, la luna, que bogaba muy alta, se detuvo un instante para contemplarla desde su camino de estrellas.

Era una noche calma, calma, agobiada de efluvios de los cuidados vergeles de Mantua. Mas en la calma aparente, el polvillo de plata de los rayos lunares pulsaba las cuerdas más frágiles de los deseos, y enmarañaba los delgados hilos de las imaginaciones.

Era olorosa la noche. Estaba toda henchida de rosas primaverales y como desfallecida del penetrante aroma que enviaban las magnolias en torno a la Catedral. La ciudad se divertía. En los arrabales llenábanse los tugurios de soldados franceses, ebrios de la libertad de aquella noche, y por las callejuelas, los juglares entretenían a la plebe

con sus canciones cínicas. Mas los heraldos habían anunciado para el nuevo día divertidos festejos, y la muchedumbre, que bullía por las calles o en los centros de recreo, retiróse pronto a sus viviendas en busca de reposo.

La torre cercana al palacio de T. sonó la media noche. Madame Margarita cubrió su rico vestido de baile con un amplio manto de terciopelo, y por una escalerilla bajó al patio interior. La esperaban allí el capitán de la Guardia-Suiza, con dos de sus soldados, la joven Duquesa de Nevers —una eterna sonrisa en una cabecita loca—, y un pajecillo que sostenía un candelabro en la diestra. Al bajar la Princesa el último peldaño, el bordado de su cola quedóse prendido en unos matorrales, y al recogerse el vestido con su mano enguantada, se balancearon tímidamente unos sencillos amarantos; Madame Margarita se inclinó para cogerlos, y los prendió en su corpiño. Luego, ayudada por el capitán de la Guardia-Suiza, montó en su corcel color de miel, y cuando la rodearon todos, jinetes sobre airosos alazanes, salieron del castillo y tomaron el camino de Verona.

IV

La luna estaba muy alta y el camino muy silencioso. Sobre un lado iba quedándose Mantua, en tonos de ópalo, y los viñedos, ricos, exuberantes, se alargaban cargados de pámpanos tiernos, por la campiña de Italia.

Todos blancos de luna, las frentes acariciadas por el airecillo de la noche, cabalgaban la Princesa y sus cinco acompañantes. La Duquesa de Nevers, encantada de la desconocida aventura, se desgranaba en risas, en frases alegres, hacía galopar su caballo en perfecta amazona, y de su cofieta, prendida con un delicado joyel, flotaban finas hebras de sus cabellos del color de las espigas al sol. Y Madame Margarita, insensible a las cosas, arrebatada, con el miedo y la incertidumbre del niño que se arriesga a una travesura, con la eterna esperanza de los hermosos, que sólo triunfos cosechan en su destino, ansiosa y pálida, con sus nerviecillos exaltados y su espíritu conmovido, atraviesa los campos, silenciosa, débil la mano enguantada sobre las bridas del corcel.

En un recodo brota un manantial entre las hierbas mojadas. El paje da de beber a la Princesa en un vaso de plata. Hay allí una frescura verde de temblorosos álamos y de sauces languidescentes. Y ya Verona alborea en la lejanía, como una marfileña urbe pintada sobre un códice antiguo.

Cuando llegan a ella, los palacios de mármol duermen al mágico encanto de la noche, y duerme la ciudad toda, como un blanco ramillete de nupcias que espera el nuevo día para ser lucido en la trémula mano de la desposada.

En el silencio, resuenan las cuadradas losas del pavimento bajo los cascos de los caballos, y su paso por la ciudad semeja un sacrilegio; el grito de un loco en la Catedral vacía, que repiten en eco todas sus bóvedas. Al cruzar una callejuela vieron venir hacia ellos dos manchas de luz rojiza: era un joven patricio que regresaba a su mansión precedido por sus pajes con antorchas; y en la esquina de una encrucijada les detuvo en su marcha como un lamento quejumbroso, y en el suelo una sombra, una pobre mendiga, les mostró bajo su manto harapiento, las huellas terribles del hambre. A un gesto de la Princesa, su pajecillo arrojó a la mujer, desde su caballo, una bolsita llena de monedas, y cuando se alejaban, en los graciosos labios de la Duquesa de Nevers no florecía su eterna sonrisa. Pensaba que era aquello la única cosa fea que habían contemplado sus

ojos, y se prometió que sería la última, pues sabía que la sonrisa sentábale a maravilla en su rostro juvenil.

Estaban ahora en cuadrada plaza con el pavimento de mármoles, y en el centro un alto farol decorativo. Frente a la puerta de un palacio, la Princesa, luego de haberse orientado, detuvo su corcel. Tenían las paredes un lindo color de rosa marchita, y cada una de sus ventanas era un prodigio de arquitectura. El paje sonó tres golpes con la aldaba de bronce verde, y esperaron en silencio. Los minutos transcurrieron lentos, pausados, en la noche de luna, y el rozar de pesadas llaves y el griznar de los cerrojos les despertó del ensimismamiento. Abriéndose la puerta pesadamente, con dificultad, un vejete de rostro simpático y venerable, vestido con un extraño jubón de luto y sosteniendo en la mano rugosa una vieja linterna, les interrogó con la mirada, y con embarazo que entrecortaba sus palabras les dió la bienvenida.

Entonces Madame Margarita, imperceptiblemente temblorosa su dulce voz de oro, preguntó, inclinándose desde su montura:

—Decidnos, buen hombre: ¿es esta mansión de Guido Manfreddi?—y entornó los párpados al emitir su nombre—. ¿Podéis llevarnos a la presencia de vuestro señor? Venimos de un lejano país, y hemos cruzado campos y ciudades con la sola idea de hablarle...

El vejete quedóse contemplándola con expresión de asombro, y adelantando unos pasos levantó su vieja linterna cuanto le permitían sus fuerzas.

—¡Señora! ¡Debéis decir vuestro nombre! ¡No entra así en una mansión la hija de Francia!—se atrevió a indicar el capitán de la Guardia-Suiza. Mientras, la Duquesa de Nevers, a través de la puerta entreabierta, husmeaba en la obscuridad; y venía de lo hondo un silencio pesante de casa vacía, de sepulcro.

El manto de la Princesa se desprendió de sus hombros, y la luna se contempló en cada una de las quinientas cuarenta y cinco perlas de su corpiño.

—¿Queréis que os lleve a la presencia de mi señor?—dijo al fin el viejo—. Pues seguidme.—Y dando de nuevo vueltas a sus cerrojos, púsose a remontar la plaza con su paso difícil, y le seguían reposadamente sobre sus caballos Madame Margarita y los suyos.

Volvieron a recorrer el camino hecho, y en el extremo de la ciudad, ante un largo muro enyesado, descendieron de sus cabalgaduras, a una seña del viejo, la Princesa, la Duquesa de Nevers y el capitán de la Guardia-Suiza.

Y por una pequeña verja de hierro entraron en el recinto despejado al cielo. Fuera, quedáronse los soldados y el paje.

Era un cementerio. La luna caía sobre las

tumbas, todas floridas, blanda, quieta, dulcemente, y en el sosiego que la Muerte imprime a sus moradas, se erguían alineados los obscuros cipreses y brillaban en los mármoles los frisos esculpidos con la rizada hoja del cardo, tan amada de los griegos. Delante, por una senda de rosales amarillos, caminaba despacio el viejo con su linterna encendida; Madame Margarita le seguía, taciturna, desconcertada, la pequeña mano enguantada prendida en el seno aletante, y de su frente, un sudor frío manaba angustioso, deslizándose por las mejillas transparentes de pálida emoción.

Al terminar el sendero, florecía un campo de extraños tulipanes purpúreos, en cuyas hojas, rizadas como bucles, dibujábase sutilmente una línea de oro. Levantábanse del musgo, cual una mancha de sangre juvenil, y rodeaban un sencillo enterramiento de mármol blanco.

El anciano se detuvo ensombrecido. Madame Margarita, sobre los tulipanes hollados a sus pies, leyó a la luz de la luna:

"¡Que esta losa te sea ligera sobre tu sueño tranquilo, Guido Manfreddi!"

¡Oh! ¡Vano esfuerzo el que hacemos por conseguir un ideal! ¡La Princesa, hija de Francia, no había amado durante este tiempo más que a un frío cadáver!

CARNAVALESCA

I

NTRABA ahora en la fiesta la comitiva de Madame la Marquesa de Pompadour, y las mascaradas iban y venían en una agitación nerviosa que daba vértigo. Por el salón con columnas de oro, el pavimento tendido de ónice y mármoles negros, desfilaron las Cortes de los Luises. Había cruzado ya la comparsa intrigante y revuelta de Luis XIII, presidida por la pompa de María de Médicis, rubia y blanca, con la misma belleza exuberante y dorada que la pintara Rubens, llevando en la cabeza la pequeña corona de pedrería y desapareciendo casi su garganta rosada entre la exageración de la gorguera de encajes amarillos orlados de perlas.

Siguieron luego los cortesanos recargados y galantes del Gran-Rey, espléndidos como un apoteosis. Por la amplia escalinata marmórea asciende todo un mundo refulgente, recién rizadas las cabezas, todos en vestido de Corte, presurosos, retocados. Sin duda acuden a alguna reunión de transcendencia, pues sus "posses" son altaneras, y en el gesto de sus cejas parece encerrado el destino del mundo. Y en verdad, los cortesanos acuden a "Le grand levé de Sa Majesté tres Chretienne". ¡Oh, la difícil ceremonia! En la antecámara está ya Monsieur, el hermano del Rey, el primer Príncipe de sangre (aquél a quien su madre vistiera de niña durante su adolescencia), levemente subrayado el carmín de los labios, con altos tacones de oro, las manos enfundadas en las cibelinas del redondo manguito, hablando cínico y afeminado con el caballero de Lorena, a quien tanto distinguía; y los cortesanos van formando grupos, saludándose con largas reverencias y sorbiendo rapé, que, al salpicar los encajes, sacuden en un ademán estudiado de sus manos afiladas de gentileshombres.

Descórrense las pesadas cortinas recamadas de oro, y ante la Corte, en su grandioso lecho, bajo el pesante baldaquino, está el Monarca, aquel Monarca cuyo ideal en la vida fué el representar superior a ningún otro, el papel magnífico de Rey que le envió la suerte en el reparto. Frente al lecho está la balaustrada que sólo pueden atravesar los al-

LE ROI-SOLEIL.

Manuel Robondo

tos cargos palatinos, y una infinidad de servidores, algunos de los cuales ostentan títulos nobiliarios, muévense por la estancia, cumpliendo sus requisitos.

El Gran Chambelán envuelve al Monarca en su rica bata de raso brochado, y luego del lavatorio en los recipientes de plata finamente cincelada, los peluqueros entran en función, rizando a bucles la cabellera cobriza y agrupándolos en imponente promontorio sobre la majestuosa cabeza. Mientras, Luis XIV dirige la palabra a algunos de los nobles, y los aludidos, satisfechos de orgullo, inclínanse artificiosamente hasta casi arrastrar por el pavimento los largos rizos de sus pelucas. El primer Príncipe de sangre acompañado de cuatro donceles, ofrece al Rey la camisa de finísimo hilo cubierta de bordados; los donceles le calzan las altas medias de seda y los chapines, anudados por ancha cinta de raso. El jefe de la casa del Rey lee el programa de la jornada, y los nobles óyenle indolentemente. Resultaba de la lectura un día agitado y agobiante, con cinco cambios de casacas, un viaje a Saint-Cloud, dos comidas íntimas, banquete "au grand couvert", fuegos de artificio, juego "chez la reine"... El Rey anuda él mismo su corbata, cuyos encajes están valuados en miles de francos; el Gran Chambelán le presenta el sombrero orlado de blancas plumas; el primer gentilhombre de cámara cuatro pañuelos diversamente perfumados, extendidos en bandeja

de oro, y un Par de Francia los guantes bordados de perlas y el fino bastón con mango de ágata y diamantes. Entonces el Rey ora un instante en su reclinatorio, y en la estancia hay un silencio respetuoso. Luego, haciendo un gracioso saludo, avanza entre los cortesanos.

Era verdaderamente así el Rey-Sol que nos legaron Rigaud y Largillière, vestido de oro y encajes, majestuoso como ningún otro Monarca lo estuvo en la historia, teniendo en la presunción de su cortesía las mismas estudiadas reverencias para María Teresa de Austria que para la última de las doncellas de Versalles.

¡Qué encanto el de aquellas fiestas cortesanas, bajo el tapiz inmaculado del firmamento, mientras las fuentes maravillosas lo salpican todo de pedrería y se oyen besos tan frívolos que semejan juegos de niños! Allí, junto al tapiz verde camiño del gran estanque, estremecióse por vez primera la delicada Luisa de Lavallière ante la mirada poderosa del amor tornadizo y regio. ¡Pobre niña! Cuando vergonzosa del escándalo recibía el título de Duquesa, ya otra ocupaba su puesto. Era la altiva Atenea de Montespán, con aquella su belleza imponente de mujer hermosa y erudita. Mas Luis XIV no quiere pecar de incorrecto, y cuando su ampulosa carroza terminada por airones de plumas, viene a recogerle para su paseo diario, el Rey lleva consigo a la "petite duchesse" y a la "grande marquise", y hasta a la misma Reina,

confundidas las tres, rozándose sus vestidos, cruzándose sus miradas, de modo que la Corte puede decir sin equivocarse: "Le roi se promene avec Medasmes." Por lo demás, para la joven Reina (la Infanta española que del tétrico y suntuoso palacio del César había sido transportada al bullicio embriagador de Versalles) debía ser un grato placer el arrellanarse junto a aquellas señoras, cuyos hijos (la teoría de hijos naturales de Su Majestad Cristianísima) desfilaban diariamente en las fiestas palatinas ostentando sus títulos de Príncipes y sus narices borbónicas. Luego vendría Mademoiselle dè Fontanges... Por último la Maintenón; era el tiempo en que los españoles soportaban a otra vieja distinguida e intrigante, la de Ursinos, y decían: "La de aquí" y "La de allá", para designar a las dos mujeres que gobernaban el mundo...

Pasaron los días turbulentos de la Regencia con sus escandalosas orgías en los "Petits appartements", aquellas orgías en las que la hija misma del Regente murió a causa de sus desórdenes. Y comenzó a desfilar la Corte exquisitamente distinguida de Luis el Bien-Amado.

Si el siglo XVII está movido por el Rey-Sol, el siglo XVIII es Madame la Marquesa de Pompadour. ¡Pompadour el lindo nombre! A su encanto musical, surge la época deliciosa y femenina que marca en la historia una nueva visión artística. Ella es ya en sí una obra de arte con las trenzas ru-

bias envolviendo la chiquita cabeza, la garganta lazada de raso, y los chapines de plata moviéndose con gracia sobre los tapices. ¡Oh, la exquisita mujer de cutis resplandeciente, que con su talento, el trato encantador de gran señora que sabe sostener su salón, y el gran corazón que rebosa en su interior y que la hace querida de todos, va a retrasar la hecatombe durante veinte años y hacer vivir a Francia una refinada decadencia!

No es una cortesana Madame de Pompadour; es más bien la encarnación de una época. Un espíritu que no muere, pues ha dejado en los menores detalles algo de su sensibilidad y de su alma. Y el siglo XVIII es Madame de Pompadour. Se la descubre en las guirnaldas de los tapices, en las suaves contorsiones del mobiliario, en las notas de Mozart, que suenan como caricias cortesanas, en el mármol de Pigalle, en el colorido de Nattier...

Vedla en su cámara, en ese ambiente rosado que ella ha impuesto al siglo con sólo mostrarle la maravilla dulzona de su busto. Sobre las mesas de palo de rosa, los grandes libros científicos ábrense al lado de las redondas esferas geográficas. La Marquesa está en el centro, vestida ampulosamente con una de esas estofas que han conservado su nombre, y como a un ídolo la rodean sus protegidos y amigos: Crevillón, Marmontel, La-Tour, Diderot, Falconet, Van-Loo, el mismo Rousseau. Habla de filosofía con Voltaire,

de arte con Boucher, de religión con su bibliotecario que es el abate de la Garde. Ocúpase de las elecciones en la Academia, discute sobre las producciones literarias, crea la manufactura de Sevres (de la que ella misma parece escapada), levanta Bellvúe como un templo de arte, dirige los negocios de Estado, consigue distraer al Rey (¡le grave affaire!) imaginando fiestas y recreos, socorre a los pobres que tanto han de llorar su muerte, dibuja y trabaja delicadamente esmaltes y camafeos..., mas no está aún satisfecha de sí misma. Quiere que al lado de su talento resplandezcan también su belleza y su gracia.

Por eso, en el lindo teatrito todo azul y plata, cuya construcción ha dirigido la Marquesa en la antigua escalera de Embajadores, la Corte viene a solazarse en estas diversiones íntimas. En sus sillones están los Reyes repartiendo sonrisas. Es ella María Lezinska, la Princesa católica llegada de Polonia para sentarse en el Trono de San Luis, y él, aquel a quien el pueblo llamaba tan inmerecidamente "le Bien-Aimé", vestido de terciopelo gris floreado de lises de plata, sujetas las plumas al tricornio por un joyel de zafiros, enfermo de tedio, ese tedio que no logró disipar el abuso de todos los placeres. Monseñor el Delfín prende en su trenza un broche de perlas, y María Amelia de Sajonia tiene entre sus manos enguantadas el libreto de la farsa. Al lado mismo, en los amplios vestidos que semejan al agruparse junto

¡POMPADOUR EL LINDO
NOMBRE!

Manuel Pedroso

al busto, el exuberante abrirse de una rosa, hablan entre risas Medasmes las hijas de Francia. Las anima el mismo aspecto de muñecas retocadas y artificiales, que en los lienzos de Nattier nos hace pensar en la luz mágica de las candilejas. El espectáculo va a comenzar. La pequeña orquesta está a un lado; en el palco que se abre junto a la escena entran el Duque de Luynes, el Duque de Chartres y el Mariscal de Noailles, con las cabezas empolvadas; un abate perfumado ocupa su puesto de apuntador.

El triunfo de la Marquesa es decisivo. Con el vestido verde y sus gruesas sartas de perlas que acarician los brazos, de trazado prodigioso, pone en su rol de actriz y de cantante toda la intensidad de su alma, mostrando la extraordinaria variación de su belleza y de su arte. Al final, cuando la última pirueta de la "troupe" aristocrática ha hecho descender el cortinaje, los nobles aplauden distinguidamente, pues el Rey ha permitido que se aplauda en su presencia, como halago a la favorita. La Pompadour recoge su triunfo..., y su corazón rebosa. Más que las regias galanterías y los halagos cortesanos, ella agradece en todo su valor aquella sonrisa exenta de rencores que desde el fondo de su sillón le envía complacida María Lezinska.

Y ahora más que nunca, esa encantadora burguesita Antoinette Poissons, que se firma "la très haute et puissante Dame Duchesse-Marquise de

Pompadour", puede llamarse más que la amante del Rey la "Maitresse de la France"...

Y cruzaron luego el salón dorado con una alegría de niños traviesos, el grupo numeroso de cortesanos que jugarían primero vestidos de campesinos en el refugio cálido de Trianón, y tendrían luego un bello gesto ante la cuchilla de plata tinta en sangre, de la guillotina. Entre la Lechería, el Molino, el Templo del amor y el Salón de música, se deslizan rosados los días, mientras adelanta la aurora trágica de la Revolución a la música de las pavanas.

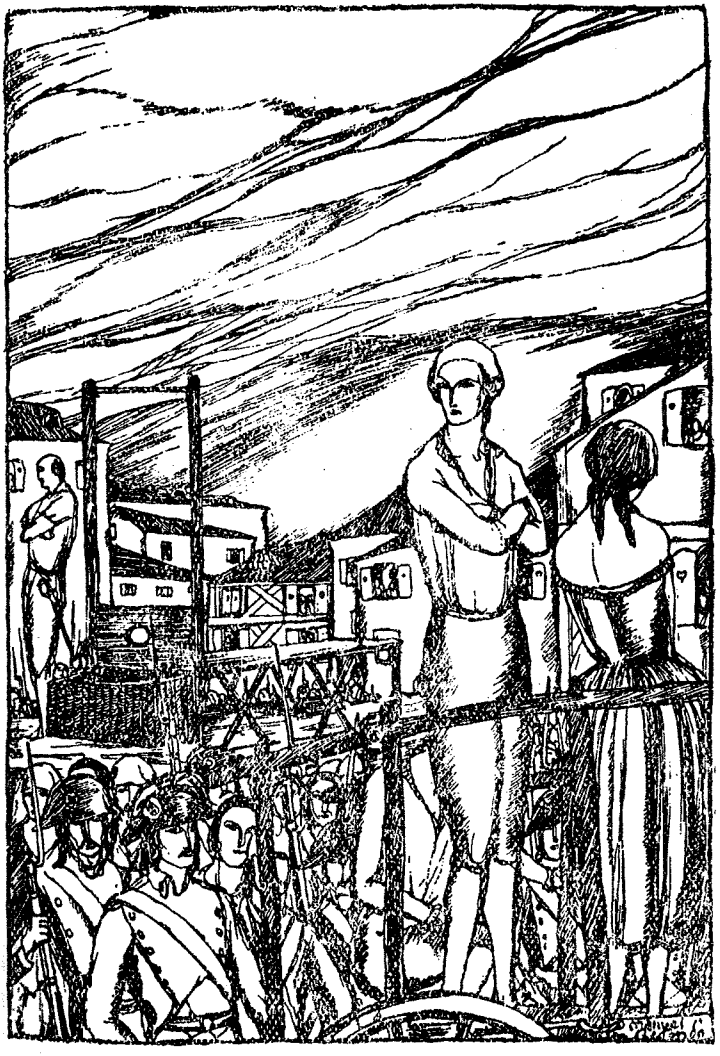
Por el sendero del pequeño Trianón avanzaba vestida de jardinera, aquella reinecita frívola que al preguntar un día a su hermano el Emperador de Austria, con un mohín delicioso: ¿Qué os parece, hermano mío, la maravilla de mi tocado?", quedóse desconcertada ante la contestación del Emperador, luego de haber contemplado aquel túmulo en apoteosis de rosas, flores y cintas puestos en boga con el nombre de "pouf au sentiment": "Señora, lo encuentro demasiado ligero para llevar una corona". Bien ajeno estaba de pensar, José II, que aquella cabecita llena de pájaros sabría tan dignamente levantarse sobre la multitud en los días dolorosos del Temple y la Conserjería.

Mas ahora todo sonríe aún a la Reina. Son los días de los corderitos lazados de rosa, las Marquesas vestidas de lecheras y los lindos aristócratas arrastrando en sus cochecitos (que se deslizan

veloces sobre el patinadero) a las grandes coquetas del siglo. Los días del Conde Axel de Fersen, el de claros ojos grises, y de las favoritas Yolanda de Polignac y la Princesa de Lamballe, que amó a la Reina tan apasionadamente, y cuya linda cabeza de oro coronada de rosas como cruel mortaja, fué paseada por las turbas en lo alto de una picota. ¡Mujeres de la Revolución, qué destino el suyo tan trágico y tan maravilloso! Parecían leyendas interesantes de leer, aquellos relatos en que frívolas mujeres quebradizas de tocados arquitectónicos y desnudos bustos de porcelana, marchaban tan plácidamente a la muerte, llevando en los labios una sonrisa despectiva sobre el populacho.

Yo me imagino a una cualquiera de ellas al salir de la Conserjería por la puerta de barrotes (esos barrotes a los que cogióse desesperada la pobre du Barry con todas las fuerzas de una mujer envejecida), diciendo, espléndida en su riente estoicismo a la vista de la carreta que ha de llevarla al cadalso: "¡Cómo agradezco esta última amabilidad! Me hubiera molestado atravesar a pie este París que sólo conozco a través de los cristales de mi carroza." Y es luego, un joven noble a quien sólo han quedado de sus grandezas los impertinentes de oro, y que mira con ellos provocativamente a las masas harapientas (también sobre la carreta), y murmura al oído de la dama que marcha con él al suplicio: "¡Oh, Duquesa! Qué pocos partidarios van a quedarle al diablo

EL GESTO PATRICIO
SOBRE LA CARRETA.



luego de nuestra muerte. Con esta gentuza ¡será poco menos que imposible el pecar!..."

Y pasan Carlota Corday, tan bella y tan desdeñosa para todos; la adolescente que había viajado durante tres jornadas para suprimir al monstruo, marchando a la muerte tan serenamente satisfecha de su obra.

Manón Roland, la linda Manón, envuelta en su túnica blanca, dando alientos sonriente al aristócrata que con ella marcha al cadalso y rogándole al pie mismo de la guillotina: "Subid vos primero; os inmutaríais al ver correr mi sangre."

Más tarde la Princesa de Mónaco, extranjera bárbaramente apresada por la Revolución, que prefiere cortarse sus cabellos con un trozo de vidrio antes de que manche su cabeza la mano del verdugo, y que atraviesa las calles pintándose las mejillas para que la mortal palidez de su rostro no traicione la mortal angustia de su alma...

II

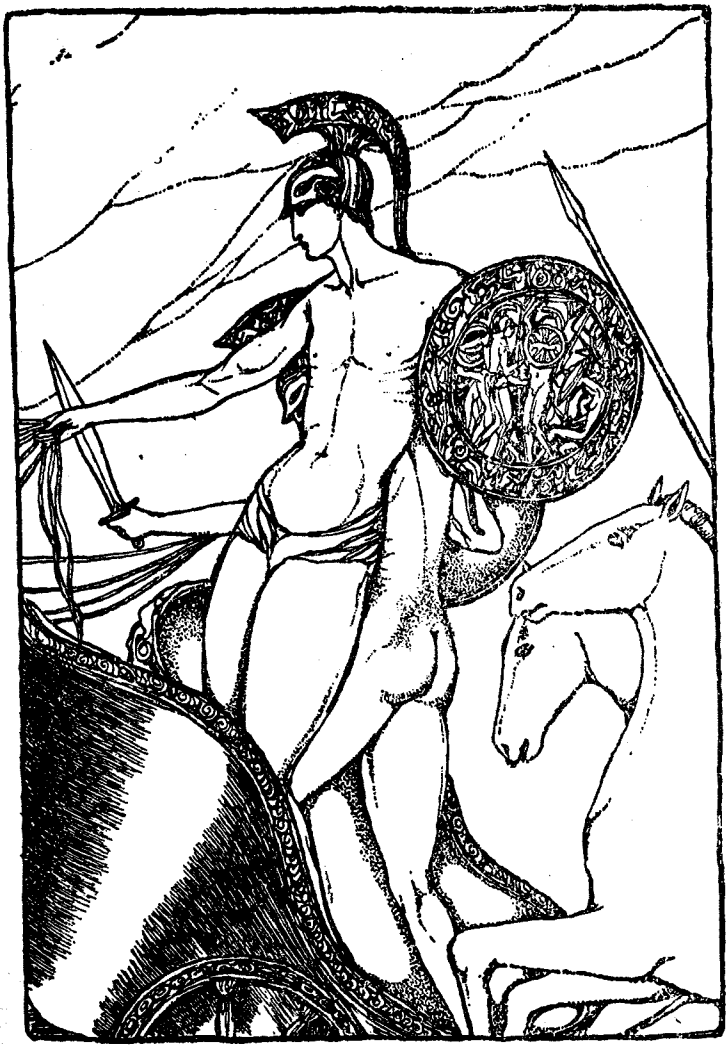
Y en la fiesta apareció El ante el concurso de mascaradas. Era un fastuoso pierrot envuelto en estofa metálica, llevando prendidos en el casquete de raso los más hermosos diamantes que han existido. Le reconocieron al punto; ¡era tan fácil reconocerle en el exquisito refinamiento de su disfraz, el ademán lánguido, la mirada perdida de imaginación y la singular manera de dejar caer los largos guantes bordados sobre los tapices del pavimento! Una seducción fascinante emanaba su persona, y la abigarrada multitud le seguía llevando en el pecho manojos de odio y envidia. Y descendiendo los cien peldaños de mármol, llegó a los jardines iluminados como un prodigio.

¡Oh qué íntima satisfacción producía en él la contemplación de lo esfumado! Era, sin duda, el único que comprendió la fiesta. Mientras todos gritaban, reían, danzaban entre apretones, entre caricias atroces, enroscados en las serpentinas o borrachos de champaña, él, con los ojos muy abier-

tos y la sonrisa en los labios como un poseído, seguía a las comparsas no olvidando gestos ni descuidando detalles. Era la fiesta la maravillosa encarnación de sus visiones y pesadillas. La realidad enloquecedora de todo lo que fué, de todo lo que pasó con el vértigo del rayo, dejando iluminada la noche obscura por las estrellas de los recuerdos... Todos los Pecados del mundo desfilaban esplendorosos, y las Virtudes semejaban más traslúcidas al cruzarse con ellos. Nada tenía importancia en el conjunto abigarrado; Vicios y Virtudes eran sencillamente motivos decorativos...

Luego de Grecia, toda cadencia y fantasía. En su estancia pintada borda sobre un lienzo finísimo la Tindarida. Llegan hasta ella los llantos doloridos de las mujeres troyanas. La cabellera de oro se anuda sencillamente sobre la nuca, las manos bordan pesadas en sus anillos de reina. En el megarón, Hécuba despide a sus hijos: ya salen en sus carros labrados Héctor, el de tremolante casco, y Paris, el más hermoso de los mortales. La Tindarida abandona su bastidor y se asoma a las altas murallas de piedra. Es maravillosamente bella Helena Tindarida, la que nació a orillas del Eurotas, a las dulces caricias de Leda y el cisne divino. Mas esa misma belleza es fatal a los hombres, y por ella se deshoja la flor de los héroes... En las naves griegas se adivina a lo lejos al rubio Menelao, con su casco refulgente, al hijo de Tetis, a Patrocles el amigo... Y la Tindarida sueña

YA SALEN EN SUS CARROS LABRADOS HÉCTOR, EL DE TREMOLANTE CASCO, Y PARIS, EL MÁS HERMOSO DE LOS MORTALES.



en aquel día lejano en que las vírgenes lacedemonias cantaron su himeneo coronadas de jacintos...

... ...

Por el mar color de uva, boga el navío al compás de las dos filas de remos que mueven con maestría los esclavos. Y recostado en el tapiz persa, verde y dorado, está Arión, el favorito del tirano de Corinto, que entorna los párpados, cansados sin duda los ojos de cielo y de mar. Al atardecer le han traído en las vasijas de barro cocido pintadas delicadamente, ciruelas, pescados, pasteles de miel y adormideras, y en un vaso de oro el vino de la Siria... Los piratas, que acechan siempre en busca de rica presa, han escalado la nave en lucha con los esclavos, y se cargan del botín con las miradas sedientas y deslumbradas. Arión, el sublime cantor, debe morir a sus manos; mas él les suplica, como última gracia: "¡Dejadme que taña mi lira por vez postrera!" Y vistiéndose su túnica de transparente lino de Mileto, y adornando con rosas la bella cabeza, canta sobre el mar color de uva, y a su canto las Ondinas asoman atentas sus orejas de nácar, y cuando al final del cantar se arroja al abismo desde su nave pintada de púrpura, un Delfín, compadecido, le sube sobre su lomo y le deposita a las orillas mismas de la ciudad de Periandro, que ya lloraba su pérdida...

... ...

En Mitilene, bajo el plácido sol de Lesbos, vienen caminando sobre los asfodelos que se inclinan al suave contacto de los pies desnudos, las mujeres juveniles que entretiénense tronchando narcisos o descubriendo violetas entre el musgo, al dulce alarido de sus gritos alegres. Tienen sus cuerpos, melodiosos a través de la túnica malva, un extraño encanto muelle y difuso. ¡Cuerpos que van puliéndose como ágatas a la blanda caricia de manos de mujer! En su juego llegan al campo de las viñas, donde los vendimiadores danzan, jugosas de púrpura las piernas morenas y coronadas de pámpanos las risueñas cabezas; un pastorcillo que descansa sentado sobre su piel de oveja, suena el caramillo reidor, y el zumo amaranto de los racimos salpica su rostro al chasquido de la danza. Las griegas, a través del bosquecillo de laureles, han entrevisto a los hombres y huyen en un aleteo de sus túnicas malvas. ¡Oh! ¡Son tan feos!—ha murmurado al oído de su compañera, enlazándola por la cintura, Laiis, la de mirada rumorosa.—¡Qué distintos sus cabellos, a tu amplia cabellera de oro que yo gusto tanto de peinar! Sus cuerpos no tienen esa sinuosidad de ánfora que dibujan mis manos al resbalar por el tuyo. ¡Y qué áridas las planicies de sus torsos, junto a ese perfumado cojín de tu seno sobre el que duermo cada noche al rocío bienhechor de tus besos!

Semeja el paisaje una piedra preciosa tallada por un artista del siglo de Pericles. Allá, en lo

alto, ríe en su Paros deslumbrante la vivienda del loco Dyonisos...

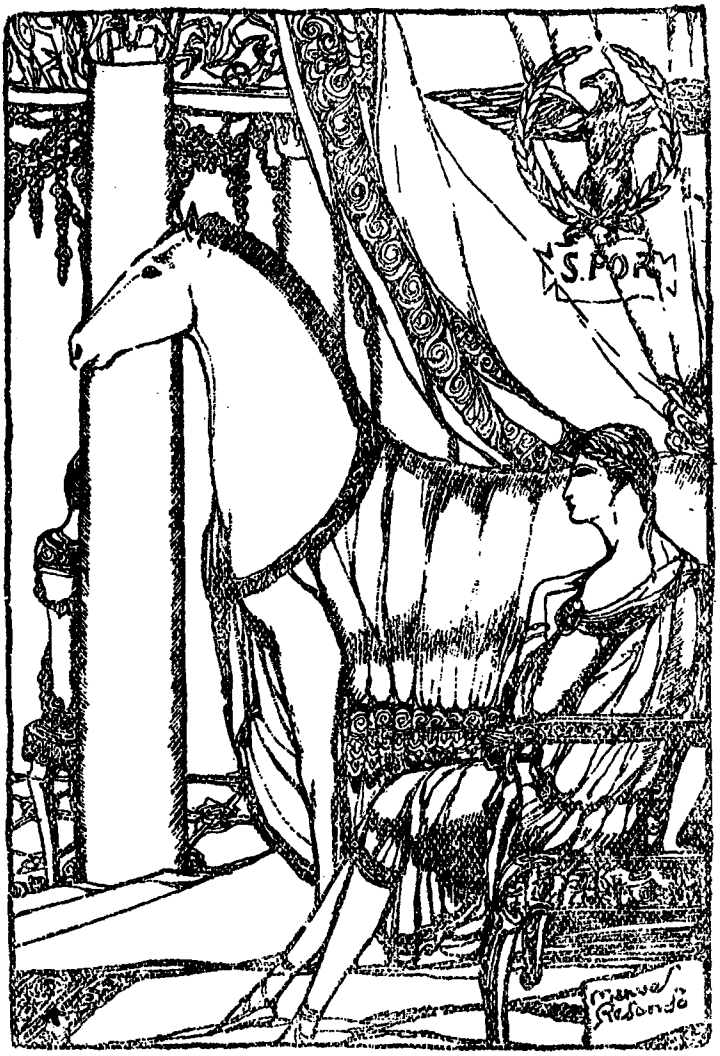
Luego de Grecia, toda cadencia y fantasía, la lujuriosa Roma de la decadencia, queriendo cubrir con riqueza (la riqueza que Bizancio llevaría al límite), la falta de espiritualidad que tomaba exagerándola de los frisos pompeyanos o de los camafeos de sardónice y cornalina.

Por aquella mole de mármol, que era la Ciudad Eterna, por el Foro, el Palatino, la Vía Apia y el Circo Maximo, pasean los Divinos sus crímenes nefandos, su aplastante poder y sus vidas corrompidas y estragadas, que por una singularidad defectuosa de sus sensibilidades habíanse desviado de la verdadera belleza, y tendían las manos a las frutas malsanas del Arbol de la Ciencia.

Pasaba ahora Julio César, el hombre que con su valor había fundado el Imperio, el mismo que vivió con el Rey de Bitinia y fué llamado "el marido de todas las mujeres, y la mujer de todos los maridos". Seguíale Augusto, el que de joven vendió por dos veces su virginidad y que devolvió toda levantada de mármol la ciudad que se le había entregado de piedra...

Más tarde, el juvenil Cayo Calígula, en cuyos ojos verdes brillaban todas las locuras, que tan locamente se apasionó de su hermana Drusilla, regaló al mismo Paris un millón de sestercios, gastó en un año las riquezas de sus antecesores y todas las rentas del Imperio; que se sintió Dios,

EL JUVENIL CAYO CALÍGULA, CÉSAR Y DIOS.


S.POR
Manuel Rosando

Júpiter y Venus a la vez, y que casó con su caballo, al que hizo vivir en un palacio, con mayordomos y guardias de respeto, revistiéndolo de las más altas dignidades, y enviándole como presentes, frontales de piedras preciosas y mantos de púrpura siria bordados a la moda de Oriente.

Tañendo la lira y envolviendo al mundo en tonalidades biliosas al contemplarle a través de su gruesa esmeralda, pasó Nerón el Monstruo-Cantor, que hizo asesinar a su madre, y deshizo de un golpe a su mismo hijo en el vientre de la Emperatriz Popea. Ahora, a su lado, en una linda litera de oro, reposábase el bello Sporo, que casó con el César ante los flámines, y cuyos esclavos africanos gritaban a la plebe al cruzar por las vías romanas: "¡Transit Diva Augusta Cesaris Neronis uxor!"

En sus desenfrenos de pecado y crueldad desfilaron las dignas compañeras de los Césares. Mesalina, con la peluca roja de meretriz hollando la frente que ceñía la imperial diadema, buscando en la intrincada Suburra el goce bestial de los esclavos y los guerreros, y mostrando todo el horror de su alma atormentada. Cesonia, la que presentábase desnuda, ciñendo el casco y la espada a la guardia pretoria, e hizo beber al Emperador un filtro amoroso, enloqueciéndolo con sus artimañas. Y Julia Domna, la mujer que para aniquilar a sus enemigos no retrocedió ni ante el incesto con su hijo Caracalla el fratricida y asesino de

los Alejandrinos, que dió al mundo una de las maravillas del mundo antiguo, las Termas que llevan su nombre.

En el declive de los montes Tiburtinos, en la villa Adriana, o sobre el trirreme imperial que remonta el Nilo, los artistas helenísticos han contemplado el cuerpo de Antinóo, que es más blanco que la leche, y al solo encanto de su rara belleza, el arte que moría poco a poco se ha incorporado en su lecho de mármol y ha lanzado un su lánguido y último destello...

Y vino la orgía del paganismo. Un mancebo loco y afeminado gobierna el mundo... Es Heliogábalo el joven, apenas de diecisiete años, que fué Sacerdote del Sol en Emesa, y que llegó de Antioquía a sentarse en el solio imperial cuando la diadema de los Césares se adjudicaba al mejor postor.

Ascendiendo al Palatino oscilan las literas de las patricias sobre los hombros de los servidores. Acuden al Senado de mujeres que preside Soemi, la madre del Emperador, donde han de resolverse cuestiones de alta importancia referentes a la moda y la etiqueta. Al mismo tiempo, los Senadores son recibidos por la abuela del César, Julia Moesa, y sométense a sus designios y a su tiranía. Nadie sacrifica ya a los antiguos Dioses, a Dyonisos el de largos rizos ni a Flora, que hace surgir las primaveras exuberantes; en el templo álzase el monolito cargado de preseas, que ha

sido traído de Siria con gran aparato, anteponiéndolo a las divinidades romanas, y a quien el divino César ha unido en místico enlace con Tánit la cartaginesa.

En su cámara, cuyas paredes están labradas en plata maciza, y el pavimento recubierto de espesa capa de polvo de oro, está Basiano Elagabal. Muévese con paso rítmico y acompasado de bailarín, y a la cadencia de su moverse, los collares y brazaletes con que se adorna suenan en un entrechocarse de fasto. Su túnica amatista relampaguea sembrada de diamantes, y bajo los afeites de cortesana, las facciones adolescentes fingen un hierático gesto de Sumo Sacerdote. A su lado están los altos dignatarios (cocineros o cocheros, a quienes los favores del Emperador han elevado a los primeros puestos), y en otro grupo las mujeres desnudas que acompañan al César en sus comitivas... A su paso, el pueblo, loco de vicio, grita entre bramidos: "¡He aquí al Divino Hermafrodita que esperábamos!" Y pasa él, el Señor del Mundo, que se hace llamar Dómina o Imperatrix, y cambia de Emperador cada noche, uniéndose a una Vestal ante el atolondramiento de todos, horrorizados por el sacrilegio. A sus perros les hace comer hígados de pato, y a sus caballos uvas carísimas, regalando a sus oficiales con lenguas de pavos reales y de ruiseñores, talones de camellos y vino mezclado con mástice, y da a sus comensales durante una semana, guisantes con

granos de oro, arroz adornado de esmeraldas, canarios cuyos ojos los simulaban piedras preciosas, usando de perlas pulverizadas en calidad de sal y de pimienta blanca...

III

Y las máscaras marcharon ahora al salón incrustado de esmaltes, por donde debía desfilar la comitiva señorial del Renacimiento. Y el Pierrot corrió tras ellas... Estaba muy pálido, ¡como un cadáver! Como las rosas de té cuando tiritan bajo las pesadas gotas de lluvia.

¡El Renacimiento! ¡Epoca de esplendores artísticos y de vidas fastuosas! Extraña creación de un brujo con alma de artista. Había en esos siglos quiméricamente paganos y absurdamente cristianos, la misma belleza estrepitosa y refinada de una soberbia magnolia roja. Tenían como ella un fondo de realidad que vivía intensamente bajo el escarlata artificioso de la superficie. Sí, tenía el Renacimiento el alma blanca y suave de la magnolia, pero sobre ella habían llovido las gotas de sangre, como los pétalos de la flor se habían tornado rojos por el extraño capricho de alguien enamorado de lo decorativo.

¡El Renacimiento! A su voz, que debió ser sonora y autoritaria, se derrumbaron las afiladas

agujas del Medioveo, sepultando las gloriosas batallas, las gestas heroicas, las Princesas de largas trenzas que vivían como campesinas, los vidrios coloreados sobre fondo añil y oro, las figurillas dulces e incorrectas, el dibujo atormentado como obra de adivinos...

Epoca de belleza y de pecado, de grandes santos y de grandes pecadores; época que formó en su seno de riente paradoja, la santidad de Carlos Borromeo, la herejía de Lutero, los crímenes de Borgia y las opulencias de Pablo el Veronés. Días maravillosos aquellos, en que Francisco el Duque de Gandía lloró sobre el rostro descompuesto y maloliente de la Emperatriz Isabel, y Carlos V recogía el pincel a Tiziano, porque "Tiziano era digno de estar servido por el César". Días de arrogancias en que Catalina Sforza, en la defensa del castillo de Forli, cuando sus enemigos pretendiendo intimidarla, le aseguraban que darían muerte a su hijo, al que guardaban en rehenes, asomándose a las almenas y alzando sus faldas, les gritó, magnífica en su desvergüenza: "Ya veis que puedo tener otro." Días de locura y de fasto, en que los Pontífices disfrazábanse en las fiestas de Carnestolendas, que duraban de Enero a Marzo, mientras Enrique de Túdor y Francisco de Valois entrevistábanse en la llanura inglesa, sobre sus caballos deslumbrantes de riqueza, en medio de cientos de tiendas de oro y de miles de señores, escuderos y pajes, en cuyas preseas el sol se quiebra

en arco iris. Días aquellos de elegancia exquisita en que Pietro Riario, el joven Arzobispo de Florencia, perfuma los arneses de sus cabalgaduras, y Eleonora de Toledo, esa serena mujer que el Bronzino gustó de pintar tantas veces, lucía toda la magnificencia de sus ropas bordadas y el dibujo alabastrino de las manos escuálidas. Días en fin de armónicas desarmonías, en que Carlos el juvenil Rey de Francia solázase cultivando la poesía y tañendo el laúd, Rafael el pintor vive como príncipe, Alejandro el Papa presenta a sus hijos en la Corte, y Bembo el Cardenal no lee la epístola de San Pablo por miedo "a corromper su depurado latín".

¡El Renacimiento! Días que supieron envenenar con sutil elegancia y que hasta en el pecado grabaron el sello de su belleza. Sus víctimas murieron indolentemente. Habíanse enfundado unos guantes de perlas o mordido una manzana exquisita, o quizá hojeado en un libro de caza, o bebido en copa de amatista un líquido esplendoroso, y la muerte encontrábalas siempre sonrientes y coquetas...

En el cortejo las figuras adquirían un relieve obsesionante, y el Pierrot desfallecía de placer, agobiado de sensaciones.

En Venecia asistió a la fiesta simbólica. Por las callejuelas desiertas, a la luz enmohecida de altos faroles que pendían a largas distancias, una sombra envuelta en su embozo obscuro deslízase

incierta; y llega a la plaza de San Marcos. Bajo el cielo cubierto de nubarrones las cosas tienen apariencias borrosas, y la sombra sigue deslizándose con la misma incertidumbre en su caminar... Y llegando a la izquierda, en la misma Catedral, junto al León de Bronce detiénese vacilante, y en el fondo de su embozo revuelve una cartulina blanca que tiende a la boca del León... Mas rasgándose los nubarrones, la luna ha mostrado por un instante su rostro pálido; ha sido un segundo, lo necesario para que la maravilla bizantina de San Marcos se tiñera de plata, y la plaza entera vibrara en una sonrisa argentada y fastuosa... El embozado, instintivamente ha mirado al cielo, y ha dejado caer algo blanco en las abiertas fauces del bronce verdoso (¡fauces criminales, que guardaron en sus entrañas tantas acusaciones anónimas y falsas!). Su mano, que la luna acaricia en el corto transcurso de un beso traidor, le ha delatado: es un noble.

Una puertecilla que da sobre el canal se abre, y una mujer de cabellos pajizos se asoma a la obscuridad. A sus pies balancéase la ligera embarcación, tendida de ricos terciopelos, que dibuja una línea sinuosa sobre las aguas, y descansando sobre su alto remo, el gondolero, cuyos ojos tienen el color de las aguas marinas, ciñe a su cuerpo el largo fajín de flecos escarlata. La mujer ha saltado a la embarcación en una pirueta de amplias sedas, y sus ojos fíjanse con in-

sistencia en los ventanales de mármol que resuélvense en lo alto en rosas lobuladas. Luego, la góndola se aleja lánguidamente, y un murmullo amoroso se deja oir. Uniendo las laderas opuestas, un puente tiende el encaje marmóreo de su arquitectura...

Y amaneció el día de la Senza en manantial de luz. Era la Venecia luminosa, cuyas gamas crearon Tintoretto, Giorgione y El Veronés con la magia de sus paletas. Era la misma Venecia gótica y bizantina, renacentista y decadente, bordada en exuberancia de floripondios, rosa y dorada, soñadora y artificial emergiendo de las aguas como Venus Anadiomena. El sol matiza a la ciudad de esplendores magníficos, y las cintas de agua de los canales, que extiéndense como una red, simbolizan la sangre azul de la república aristocrática. Junto al Campanile que adornó Sansovino, los mercaderes exponen su humana mercancía de esclavos que venden a los sarracenos, y sobre el ónice, el ágata y el oro de San Marcos yerguen la cabeza un tanto arbitrarios los caballos griegos traídos de Constantinopla. Alineadas en el Canalazzo y mirándose en las aguas con coquetería muy femenil, están las mansiones de los Dándolo, los Contarine, los Faliero y los Vernieri, la Ça d'Oro y el Palacio Foscari, cuyos mármoles rojos albergaron a Enrique de Valois a su regreso de Polonia, y de donde marchó a sentarse en el trono de Francia, llevando ya inoculadas en su fa-

tigada sensibilidad las pasiones prohibidas y las costumbres muelles de los italianos.

Entre miles de embarcaciones engalanadas espera majestuoso el Bucentauro al Señor de Venecia. Es de oro con dos galerías superpuestas, y en la proa reposa el dragón áureo. Las multitudes apíñanse ante el Palacio Ducal, que es semejante a una caja de maravillas en su mármol rosa y sus filigranas y arabescos, y por la escalera de los gigantes desciende un vejete imponente de barbas de nieve, que arrastra despacio los pesados armiños y cubre su cabeza con el bonete de pedrería en forma de cuerno. Es el Dux de Venecia, con toda la pompa de un Emperador y con menos atribuciones que un gondolero. A su derecha desciende el Nuncio, los dedos cargados de anillos sobre los guantes púrpura, y siguen descendiendo la poderosa nobleza de la república, y los procuradores de San Marcos, y los miembros del Gran Consejo inscritos en el Libro de Oro... Boga el Bucentauro con majestad, escoltado por embarcaciones engalanadas; el Gran Almirante le lleva mar adentro, y en la popa se sienta el viejo Dux, bajo el terciopelo carmesí del baldaquino...

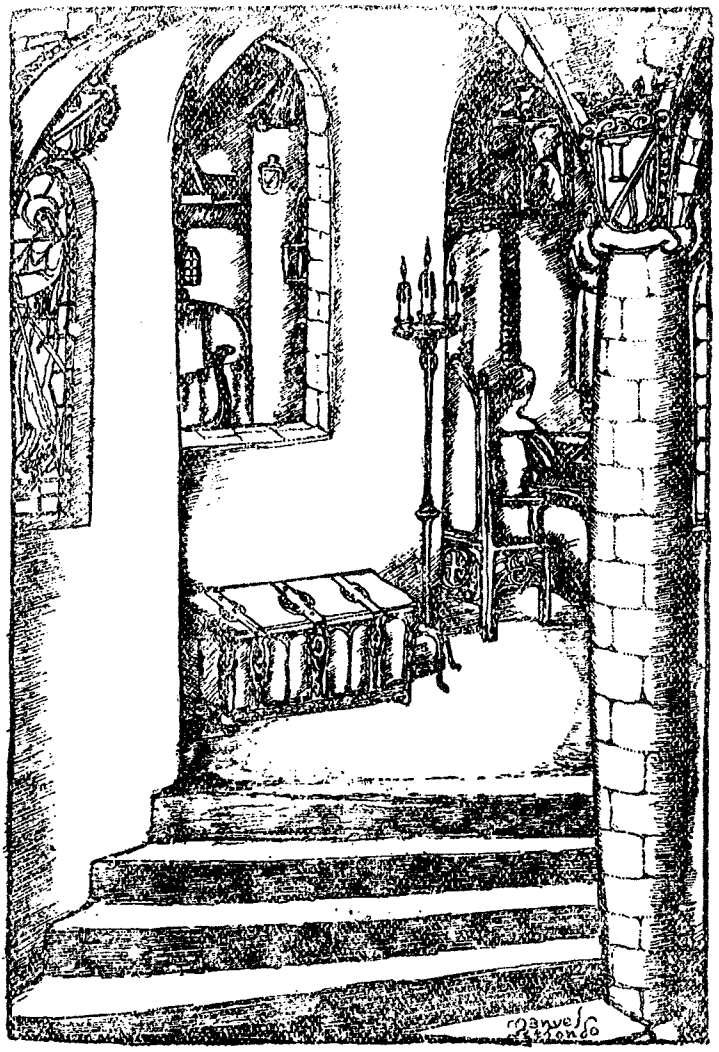
Atravesando el salón, donde Tiziano ha esparcido por las paredes una apoteosis del color, la Dogaresa ha inclinado su busto sobre el mirador que esculpió en un alarde de imaginación Tullio Lombardo; sus damas la rodean en murmullo característico de brocados, y en el rostro de la joven

Dogaresa se dibuja casi imperceptible un gestecillo de disgusto. Celos quizá, pues cuando el Bucentauro, que lentamente boga en el mar, se detenga en el Lido, el viejo Dux arrojará a las aguas el anillo de záfiro en simbólico desposorio, y ya ella, la jovencita de roja cabellera, no será única Señora de Venecia; la laguna azulada, el Adriático será su rival terrible y poderosa... Y sigue la joven Dogaresa asomada al orlado mirador, y le parece que el mar gesticula, burlándose de ella, mas en realidad son los destellos que le arranca el sol al herirle con sus rayos...

Y aquella fiesta de colores fué languideciendo, y de los cuatro extremos de la ciudad, la Noche comenzó a desflorar la magia de los tintes con sus largas manos sombrías. Era una plácida noche de delirios, y las canciones desgranábanse aquí y allá, sobre el terso líquido de los canales, y algunas de ellas, más que cantos semejaban caricias. La luna de plata, que deslizábase vertiendo su luz opalina, contempló olvidado en el muelle, al Bucentauro de oro, que había bogado mar adentro, llevando al Dux de Venecia..., y tuvo una mueca de irónico desprecio, la misma mueca que las grandes verdades del mundo tienen frente a las teorías fugaces que se desmoronan al paso del tiempo, cual montículos de arena al cruzar errante de las caravanas.

En el Palacio Ducal se escucha un silencio de muerte. Una doncella desnuda a la Dogaresa en

Y DEL PALACIO DUCAL HAN
SONADO UNAS NOTAS. LA
DOGARESA TOCA EN SU
CLAVICORDIO.


roanwe/S
Rondo

la cámara, quizá demasiado barroca de oro. Quitada la cofieta, ha quedado la cabellera rubia en largas trenzas tombantes sobre la espalda, y desprendido el rígido corpiño y las faldas de verde damasco, el cuerpo joven se ha envuelto en frágil batín de encajes que tienen el color de la miel... Luego, la doncella ha salido de la cámara, vertiendo antes agua de jazmín en la bola de cristal polícromo que hay junto al lecho, bajo una Madona de Bellini...

En otra estancia, llegando a ella por estrechos corredores, a la sola luz del candelabro de cinco brazos incrustado en la pared, diez enmascarados negros siéntanse en torno a una figura roja, vieja e imponente. Y ante ellos comparece el condenado, ardiente y juvenil. Es tanta su esperanza en el perdón, que casi sonríen sus labios, sus finos labios exangües, que van ahora tiñéndose de púrpura en la defensa acalorada y extrema... Los diez enmascarados no acceden, y son en su mutismo como máscaras escalofriantes de muerte. El condenado arrójase a los pies del Dux: "¡Clemencia, Señor, misericordia! ¿Qué será de mi hija, casi niña, que queda sola, ante la avalancha feroz de mis enemigos? ¡Pobre flor, que perderá riquezas y virginidad, y quién sabe si la vida misma! ¡Clemencia, Señor!" Y sus labios son de nuevo amarillos de palidez y de horror. El Dux siente desgarrársele su viejo corazón, y en un supremo esfuerzo de disimulo frunce las espesas ce-

jas blancas, que al avanzar sobre la frente trazan en el rostro un círculo de sombra; el gesto impide el brillar de las lágrimas, que resbalan por el cutis rugoso y delicado... Los verdugos se han llevado al mendigante de caridad. Han atravesado con él el Puente de los Suspiros, y le han dejado llorando como a un niño en la triste mazmorra... Los diez enmascarados han regresado a sus viviendas, mecidos por la góndola. Uno de ellos ha mostrado bajo su embozo la mano sinuosa y blanca, que, ¡extraña coincidencia!, semeja la misma que la noche anterior a la Senza tiñera la luna de plata en la dormida plaza de San Marcos...

Y del Palacio Ducal han sonado unas notas. La Dogaresa toca en su clavicordio...

IV

Cual una sucesión de tapices (tapices de cálido colorido en los que dibújanse las figuras en contornos sutiles y exquisitos), han desfilado los lindos estados italianos que vivían intensamente en sus pequeñas extensiones risueñas.

Risueña y atractiva álzase Florencia, y del Palacio Ricarddi ha surgido la cabalgada de los Médicis. En su acompañamiento de gentes de a pie, sonríe sobre su caballo Lorenzo el Magnífico, tal como lo mostró Benozzo Gozzoli, juvenil y espléndido, cantando su balada preferida que invita a alegres desarreglos, aunque en el fondo vibre un sutil estremecimiento de tristezas lejanas. El ambiente tiene toda la pagana nostalgia verde-desvaído sembrada de florecillas esmaltadas, y en ese extraño matiz, que tan sólo el arte ha logrado darnos, vive la hermosa Simonetta, que toma parte en las diversiones de la corte ducal, en los lindos retiros mediceos escondidos al agobio desbordante de los rosales, la mujer de marfil enfermo que pintó Boticelli junto a su amante des-

CÉSAR BORGIA Y ASTORRE
MANFREDI.

Manuel Gabordo

nudo, Juliano, Gran Gonfalionero de la Iglesia Romana, o bien, arrojando flores con elegancia muy florentina en la personificación maravillosa de la Primavera...

En Milán, Roma, Mantua, Urbino, Pisa y Ferrara, bulle el mundo complejo de artistas, tiranos, Papas y humanistas que arrastran esa vida al decir de Pater, de "pecados brillantes y placeres exquisitos".

Isabel de Este, la Marquesa de Mantua, que impone al mundo la tiranía de sus modas fastuosas.

César, el hijo del Pontífice, Príncipe de la Romaña y Duque Valentino, que hizo estrangular a Astorre Manfredi, Señor de Faenza (cuyos cabellos eran semejantes a doradas hojas de acanto), luego de haber saciado en él nefandos apetitos.

Ludovico Sforza El Moro, que acabó lentamente con su joven sobrino Galeazzo valiéndose de un extraño veneno, y gran protector del divino Leonardo que dibujó para él el retrato de Lucrecia Crivelli, y el pálido semblante de la pequeña Duquesa Beatriz.

Sigismondo Malatesta, Señor de Rímini, con los bucles flotantes y las afiladas manos enjoyadas de ópalo, aquellas manos tintas en sangre de crímenes monstruosos.

Bajo la tiara santa van desfilando los Papas artistas:

Sixto IV, débil e intrigante, que agotó el te-

soro público y que figuró al frente de la conjuración de los Pazzi contra los Señores de Florencia, nombrando a todos sus hijos Príncipes o Cardenales.

Julio II, que consultó a los nigromantes su elevación al poder, e hizo desfilar un cortejo que relataba plásticamente a las muchedumbres la historia gloriosa de su pontificado, muriendo él en medio de estos festejos, y habiendo dado órdenes desde el lecho de muerte sobre el fasto de sus exequias.

León X, que gustaba de reir las chanzas de sus bufones, eligiéndolos entre jóvenes sacerdotes.

Clemente VII, el que ocupaba la silla pontificia cuando el "Sacco di Roma", y que cruzó palabras fuertes infinidad de veces con Miguel Angel y el Cellini.

¡Vidas extrañas las de aquellos genios mezclados en contiendas políticas y durmientes con frecuencia de obscuros calabozos, a quienes hoy miraríamos no sin precaución, negándoles nuestro saludo, y que eran en aquellos siglos que no conocieron la hipocresía, aunque sí la refinada astucia de salón, los protegidos de Cardenales y Emperadores!

¡Ariosto y Sódoma, el Tasso y Donatello!

Julio Romano, el que tuvo un palacio en la corte de los Gonzaga.

Benvenuto Cellini, el artífice de vida tumultuosa, cuyos engaños y enredos son tantos como

sus obras, y que fué llamado por el Rey Francisco para esculpir la ninfa recostada de Fontenebleau.

Bramante, el que soñó con la grandeza artística de la cúpula de San Pedro y llevó en Roma existencia de gran señor.

El Aretino, autor de los Sonetti Lussuriosi, que vivía con seis concubinas en su mansión del Gran Canal, pidió a Pablo III el Capello Cardenalicio, y rechazó el título de Caballero que le ofrecía Carlos V el César español.

Leonardo de Vinci, el milagroso, el que en los labios de Monna Lisa hizo nacer, al son de las flautas y los crótalos, esa sonrisa sinuosa quintaesencia de todas las pasiones que vibraron en la humanidad a través de los tiempos, y que amó tan tiernamente, por su belleza, a Andrés Savaino...

V

Sobre un rocín nervioso y ágil recorrió las frías llanuras castellanas. ¡Oh, caminos que van de los intrincados Pirineos a Castilla, Madrid o Toledo, y que vieron pasar a tantas Princesas extranjeras, prometidas al Monarca católico por excelencia, todas llorosas en el fondo monumental de la carroza, verdadera vivienda ambulante, llorosas y abatidas ante la perspectiva monástica y tétrica que era la Corte austeramente suntuosa de los Austria.

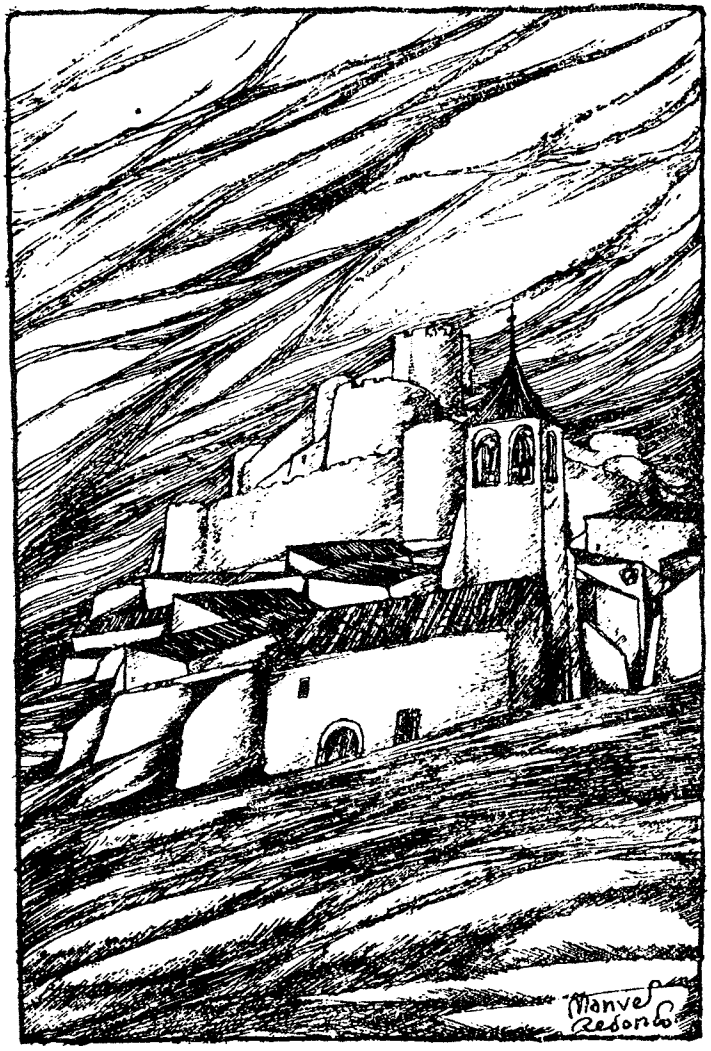
Tiene el paisaje una sequedad de hoja otoñal; la pálida esterilidad de esos fondos que los primitivos gustaron de pintar en sus vidas de Santos, y allá lejos, perdida en la llanura, como un ópalo gris a la roja caricia del sol, la Villa y Corte se pierde cual un grano de arena en el desierto.

Las callejuelas del Medioveo se retuercen tortuosas en torno al río, y un pueblo de mendigos harapientos hablan soeces y brutales, no sin olvidar las alabanzas a la corte celestial, ya que la Inquisición tiene orejas en los rincones más olvidados. Ascendiendo del río, vienen cantando

una comparsa de gitanos de vistosos vestidos, abriéndose, en el bronce pulido de sus rostros, los ojos verdes y negros de oriental trazado. Hay entre ellos una gitanilla tan linda, y cuya garganta gorjea tan prodigiosamente, que al cruzarse con ellos el hidalgo de paso no muy airoso (que ha contemplado el amanecer tras la ventana de la hostería, en brazos de una venus mercenaria, que más que vender sus caricias vendía sus gestos), se ha detenido un instante, torva aún la mirada, bajo el airón gracioso de la pluma prendida al sombrero. En la iglesia cercana han comenzado su llamada habitual las pesadas campanas de límpido sonido, que ya sonaron en los tiempos gloriosos de Fernando el Santo y de Berenguela de Castilla. Ahora voltean en lo alto de una iglesia plateresca surgida a la influencia de Arfe el artífice de custodias; y de la mansión de aspecto severo, con el solo adorno de las rejas de hierro (bordados que tejieron los Titanes), se adelanta la silueta confusa de una mujer, monacal en sus tocas negras, que cruza la plazuela, pasando entre los dedos las cuentas del grueso rosario; y es quizá una dueña chismosa y beata, o señora de rancio abolengo, joven en los tiempos ya un tanto lejanos en que Tiziano pintaba en Toledo la efigie espiritual y transparente de la difunta Emperatriz.

Al trote de los cuatro caballos negros, ha desembocado en la Plaza Mayor la carroza de Su

TIENE EL PAISAJE UNA SE-
QUEDAD DE HOJA OTOÑAL.


Manuel Resonto

Católica y Sacra Majestad. Es de ébano, y el interior de cuero repujado de Córdoba. El Rey desciende, ayudado por los Grandes de España, rígidos en sus golillas. Es enclenque y pálido el Sacro Rey Católico, aquel en cuyos dominios nunca se pone el sol. Sobre el rico terciopelo negro del justillo, pósase la mano inmaculada de blanca, en la que los dedos, de trazado prodigioso, sostienen la maravilla del pañuelo de encaje de Flandes; mano de Abadesa, mano de Habsburgo. Y en lo alto del austero sombrero se balancea la Perla Peregrina.

Siguiendo al Monarca, ha llegado la Corte, con la pompa acostumbrada de los Austria. En el fondo oro de su carroza bordado de aljófar, se yergue como un lys de Francia la Reina Isabel, finamente dibujadas las facciones, para cuya conservación envía desde el Louvre la Reina Catalina, afeites y empastes; astucia muy florentina, con la que la Médicis pretendía encadenar a sus causas maquiavélicas al Diablo del Mediodía. Jinete sobre pardo corcel enjaezado de verde y oro, vigila amoroso a la Reina el Príncipe Carlos, de trágica memoria; las infantas-niñas, cerúleas y blondas, llegan también con sus meninas, cerradas en hieráticos guarda-infantes.

En la Plaza Mayor bulle el todo Madrid, el Madrid de la Sacra y Católica Majestad, que viene a solazarse en el Auto de Fe, donde ante sus ojos serán entregados a la hoguera, una teoría de

herejes, alquimistas, judíos, brujas, moros, sacrílegos y nigromantes.

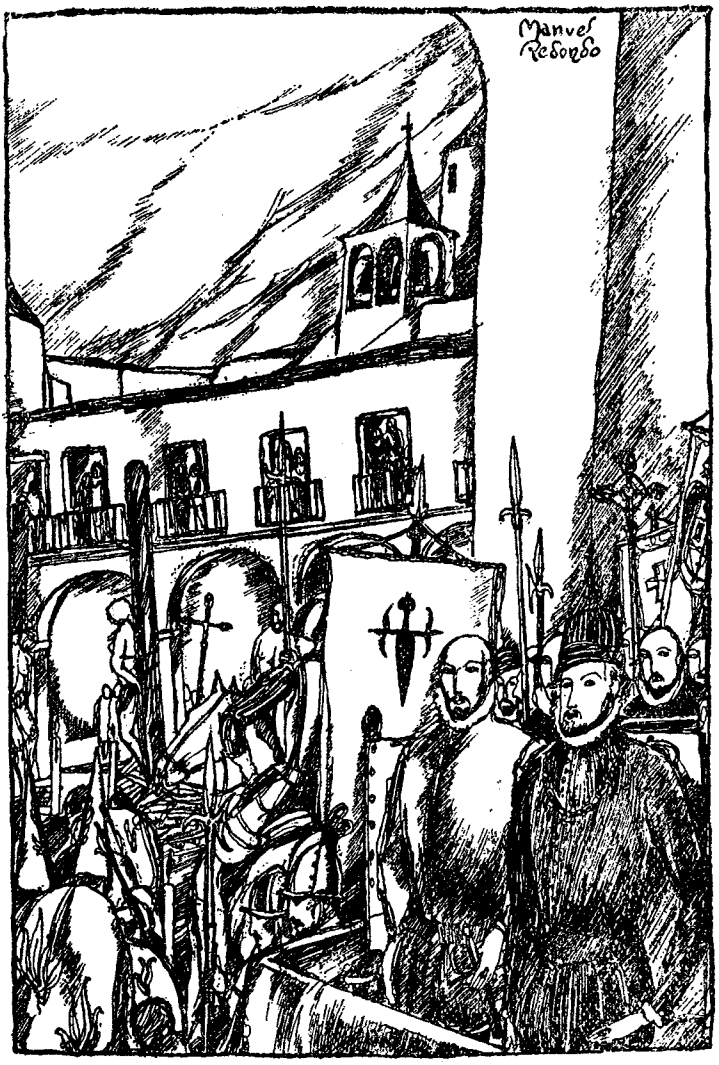
Frente a la Tribuna Regia (en la que en un claro-obscuro de pesadilla se entrevén los rostros grotescos y deformes de los bufones, los enanos y los monstruos; la enjuta Duquesa de Torres-Ocaña, Camarera Mayor de Palacio, el Condestable de Castilla, el Duque de Alba, altivo, con esa altivez señorial y enfática de los señores españoles, un dominico confesor del Príncipe, las Ayas de las infantas niñas Clara-Eugenia-Margarita y Micaela-Ladislaa) se ha sentado el Gran Inquisidor. ¡Oh, la inquietante faz que tortura las conciencias, y que debió pintar con placer Domenico Theotokópuli, el Greco!... Las infantas-niñas le ven desde sus incómodos taburetes, rojo cual aguda llamarada portadora de castigo y desolación, y en sus rostros cerúleos y cándidos se acentúa la palidez hasta dar a las facciones transparencia de muerte. Sus manitas, enjoyadas de adustas preseas, se han buscado a través de la distancia impuesta por el rígido guarda-infantes... Entonces, un enanito, cuya cabeza semeja un informe tumor, arrastra hasta las infantas-niñas a los galgos color de ámbar, que viven en los lienzos ensombrecidos. ¡Qué gracioso resulta el enanito, con su enorme cabezota de lacios cabellos y su capita de brocado grana galoneada de oro!, piensan las infantas-niñas Clara-Eugenia-Margarita y Micaela-Ladislaa, y le han sonreído

bajo la blonda aureola del peinado. Mas pronto conservan su infantil rigidez ante un gesto correctivo del Aya, la vieja Duquesa de Montefuerte.

El cielo ha tomado el color de las cenizas; un color de plomo, sobre el que resalta el marfil mortecino de los rostros. Tiene la Plaza Mayor el arcaico encanto de esas pesadas tapicerías que han visto marchitarse sus tintes a la suave caricia de los siglos, olvidadas en vieja torre destartalada. Y comienza el macabro desfile: El Patriarca de las Indias, con los Inquisidores ordinarios, los Ministros del Santo Oficio, los Canónigos, los Magistrados y los Doctores en Teología...; Heraldos, Pendonistas, Sayones y Alguaciles. En dos filas avanzan quiméricos los condenados, arrastrando sus vestas amarillas dibujadas de llamas, cruces y diablos... A la derecha, los verdugos rocían de alquitrán la pila de troncos y maderos; al lado mismo álzase el patíbulo para los condenados a la horca.

En la Tribuna Regia se produce un barullo protocolario. La Reina Católica se ha notado enferma. Su dulce cabeza, caparazonada de perlas bajo el minúsculo sombrerillo, se inclina en la desgana, cual un lirio herido, y la Camarera Mayor, única que puede llevar sus manos sobre la Reina, le desabrocha el corpiño de terciopelo holandés, del que cuelgan amuletos y lindas cruces de orfebrería con el Cristo de marfil, y apoyada

SU SACRA Y CATÓLICA
MAJESTAD.


Manuel Rebordo

en su brazo la conduce desvanecida al cercano convento de Descalzas Reales, cuya Abadesa es la Emperatriz de Austria, Infanta de España, madre de Don Sebastián el Rey de Portugal...

Por el rostro del Príncipe Carlos surcan hilillos de sudor; está descompuesto, abatido. El Rey Católico le observa oblicuamente..., y al paso de la Reina, pálida de dolencia, reclinada en el hombro agudo de su Camarera, precedida por los ujieres y escoltada del Condestable de Castilla, que hace valer sobre las mongolias el collar del Toisón, un hálito misterioso vuela sobre las graderías de la Plaza Mayor. ¿Hechicería? ¿Envenenamiento?...

VI

Escribiendo versos en la Pléiade, ha recorrido la hermosa Turena, verde y jugosa como inmensa esmeralda, yendo de un castillo a otro, esas graciosas moradas verdaderos diamantes de la corona de Francia.

Mas ¡qué encanto exquisito el de Chenonceaux! Sobre el musgo esmaltado de las orillas (esas orillas del Loira que tienen el acogedor risueño y languidescente de una égloga) dibújase, cual sonrisa galante del Renacimiento, la frágil construcción enguirnaldada de encajes y torrecillas, que más semeja dama vestida de fiesta y que remontara el río en busca de nenúfares para su tocado.

¡Y qué delicia la de aquellos retiros de los jardines nacidos al gusto de Catalina de Médicis, para que sirvan de recreo a sus niños, ya grandes, mientras la dejan a ella seguir su política inestricable, la de "separa y vencerás"!

¡Sombras juveniles de Reyes (últimos Valois), que cruzan por el campo tumultuoso de la his-

toria, coquetos y enfermizos, en un estetismo de fin de raza! ¡Días bellos y plácidos los de Chenonceaux, que vieron deslizarse con la vaguedad de un ensueño tantas figuras armónicas y arrebatadoras!

En la foresta cercana se entretienen corriendo el ciervo los reyecitos Francisco II y la Stuardo, la rubia escocesa. Se hacen guiños sobre sus caballos. Justo es que gocen luego del cuadro escalofriante que les han mostrado los Guisa desde los ventanales floridos de Amboisse: los fieros hugonotes guiados por La-Renaudíe, que pendían de las almenas en sus terribles muecas de ajusticiados.

El pálido Carlos IX, cuyos ojos nostálgicos se teñían de sombrío violeta, y que placíale desgranar versos con el joven poeta Ronsard, y soñar en el mirador de su cámara a la hora en que las glicinas remontan hasta él bañadas de fresco rocío... ¡Pobre Rey, que morirá lentamente de tuberculosis, y cuyo trágico sudario lo tejieron manos vengadoras con la sangre coagulada de la San-Bartolomé!

Bordeando el Loira camina la bella Diana de Poitiers al suave mecerse de los narcisos que esmaltan de amarillo la pradera verde. Guojón la ha esculpido desnuda, como a Diana Cazadora, y el poeta hace rimar su nombre en un alarde de su musa cortesana.

Al frente del escuadrón volante de la Reina-

LA MAJESTAD CRISTIANÍSIMA DE CARLOS NOVENO, FRENTE A LA SÁINT-BARTHELEMY.

Maxime
Rebopl 60

madre (peligroso escuadrón de jóvenes mujeres eruditas, que en las fiestas destrenzan sus cabelleras y las salpican de finas pedrerías), ha salido del castillo al fresco alegre de la mañana, Margarita, la Reina Margot de Navarra, de espíritu eternamente despierto y chispeante, que discursea en latín y griego, y que ya a los veinte años no recuerda el nombre de su primer amado. ¡Reina Margot, cuya vida semeja un intrincado paraíso pasional!

Chenonceaux va a conocer su apogeo en los días del último Valois, el más frívolo de todos. Es entonces, en la primavera exuberante de la hermosa Turena, que vienen a solazarse al lindo castillo los jefes de los bandos opuestos y los más enconados enemigos personales. Discurren por los jardines amigablemente, cual niños que nunca rompieron un plato, vigilados por la insidiosa sonrisa de la Reina Catalina. Un Enrique de Guisa habla con un Duque de O, Mignon del Rey; el Cardenal de Lorena con el hugonote Rey de Navarra... El lindo escuadrón volante teje un sutil filamento en torno al corazón de aquellos hombres tan distintos, y este filamento que han tejido jugando hasta veinte mujercitas rientes, nadie sospecha que tiene anudado el extremo a la mano florentina de la Reina Médicis.

Es entonces, cuando el Rey Enrique, perfumado y arbitrario, se presenta a sus huéspedes rodeado de los mignons (jóvenes disolutos, que con

BAJO LA INSIDIOSA SONRISA
DE LA REINA MEDICIS.

Manuel Redondo

sus altiveces han conseguido el odio del pueblo, y que vístense de mujer para los bailes de Corte). Y brilla entre todos, ese Anne de Joyeusse, Almirante de Francia, tan fino en su depravación, que hace jugar en los labios la enigmática sonrisa con la misma gracia que coloca en sus orejas las perlas piriformes. El Rey mismo (tan extraño de temperamento, y que mezcla en cantidad sorprendente sus desarreglos y sus penitencias) se pinta la cara, se cubre con sombreritos llenos de joveles y de plumas, y abre sobre el pecho su jubón remontado del arabesco de la gorguera para lucir sus collares de diamantes...

Y pensar que todos esos garzones que lucen pendientes se baten en los duelos con un ardor tan masculino, y que una cualquiera de esas damiselas (la graciosa Catalina de Clermont, o la dulce Duquesa de Nevers), que ahora en la fiesta son frívolas y banales, manejando el abanico, saben también manejar la espada y conocen de memoria los clásicos. ¡El encanto de la paradoja!

¡Qué cuadro el de esa Corte sutilmente amanerada, que es como un último gesto del Renacimiento, la sonrisa afectada de la bella, que aun muriendo, lucha por ser hermosa. Una sonrisa, si se quiere poco sana, maloliente, la sonrisa de un moribundo; mas esos labios que sonríen conservan aún el dibujo que les hizo tan bellos y el artificioso embuste del carmín que les hizo tan espléndidos... ¡Qué lánguida tristeza la de aquella

ANNE DE JOYEUSSE ALMIRANTE DE FRANCIA, MIGNON DEL REY.

Manuel Robondo

tarde otoñal, en que la pequeña reinecita Luisa de Lorena viene a ocultar su dolor en Chenonceaux bajo sus tocas de viuda! ¡Cuántas lágrimas debió verter recoriendo los jardines solitarios que guardan en sus menores detalles ese triste recuerdo (más triste cuanto más brillante ha sido la realidad), de risueños esplendores que fueron!

Enrique de Valois, el Rey perfumado e irónico, ha muerto bajo el puñal del dominico Jacobo Clement. ¡El Renacimiento ha expirado!...

VII

Parecíale al Pierrot que había vivido la historia toda, con sus triunfos magníficos, sus renunciamientos y sus tragedias espantosas. Parecíale que en su cuerpo habían anidado las Virtudes excelsas, y los Pecados monstruosos habían latido en su sangre.

En Egipto, bordeando las pirámides de granito rosa, marchó al lado de los Sacerdotes de cabezas rapadas y luengas vestas de lino, llevando el sarcófago de piedra del Gran-Rey, al que habían puesto por ojos dos cristales verdes y habían revestido de hojas de oro. En las manos del difunto mecíase simbólica la flor de loto, la flor, graciosa ofrenda de la joven Soberana esposa y hermana del Faraón, que habíala rociado con sus lágrimas y la había besado con sus labios gordezuelos. La esfinge les miró al pasar, y en los templos, las hieráticas figuras parecían trazar círculos en las pesadas columnas rojas y amarillas. Bordearon el Nilo de color de violeta. Entre los lotos gigantescos asomábanse los caimanes, y en

los altos obeliscos posáronse, pensativos, los ibis. En el fondo de la gran pirámide, en las cámaras pintadas, depositaron el sarcófago del Gran-Rey. A su alrededor deslumbraban los utensilios de oro y hasta los platos llenos de manzanas, de harina, de miel, de higos jugosos y los tarritos con perfumes. De esta manera el Faraón comparecería ante el Tribunal de Osiris...

En Babilionia fué mago. Por el templo escalonado ascendió hasta la mansión del Dios; mas allí no había Dios ninguno más que una estancia de bronce con carbunclos. Mientras interrogaba a las estrellas, la Reina entró a instruirse en artes mágicas. Los brazos y sus sandalias de papiro estaban llenos de piedras preciosas, y olía su cuerpo a gálbano. A gálbano olían sus mejillas, y en su vestido llevaba bordado el híbicus, la flor del valle del Eufrates. Una bandada de palomas la seguían amorosas. Desde lo alto del templo escalonado adivinábase la ciudad: sus murallas de siete colores, los toros alados defendiendo la mansión real, la colosal efigie de Nabucodonosor, toda de oro macizo... Al templo de Mylitta llegaban a prostituirse las mujeres del Imperio. Las ricas, en sus carrozas cerradas con escolta de esclavos; las plebeyas, solas, cubiertas por un velo. Debían admitir al primer mendigante de amor; era el culto a la divinidad terrible y voluptuosa. Luego marchaban todas, con el cuerpo mancillado.

En Persia, como alto dignatario, rizó a bucles

su barba espesa y alargó con azul el dibujo de los ojos. Sirvió a Ciro el de vida legendaria, y aprendió a tirar el arco y a no decir falsedades. Eligió entre las más bellas a sus mujeres y tuvo mayor número de concubinas, y paseó por las calles de la orgullosa Persépolis bajo su quitasol bordado.

Luego, en la misma Hélade, conoció la belleza y la inteligencia. Hacia la Acrópolis subía la procesión de las Panateneas, y llevadas en carros de marfil iban las jóvenes patricias de "mirada húmeda", cuyas manos habían tejido durante un año completo el péplum maravilloso para la Diosa.. Los efebos esplendorosos como mármoles pasan detrás; los filósofos, que les han visto discutiendo en la Akademos, o que han contemplado sus cuerpos desnudos en el Gimnasio, les miran con el mismo arrobamiento que a las muchachas. En el Cerámico, los alfareros siéntanse a las puertas de sus viviendas, y con leves estiletes pintan deliciosas figurillas rojas sobre la arcilla dada de color, que moldean elegantemente. Allí van las hetairas y compran los vasos más bellos, y pasan después por el estudio de Praxíteles, extasiándose ante la lánguida cabeza de su Eros, y por el de Apeles, maravillándose frente a su Venus Anadiomena, y en sus lechos de plumas leen a Homero y cantan a Saffo, mientras llegan los invitados para el banquete...

En Palestina, levantada de palmeras, ha cono-

cido la dominación romana. Allí está en su trono el Tetrarca feudatario, soportando sobre sus hombros el peso insólito de la tiara de joyas; las turbas, de tez aceitunada, que venden cinamomo y esencia de ámbar o junco oloroso, que cuidan de los viñedos en las alquerías, y esperan los ganados amorosos junto al aljibe. Mecida sobre su camello, ha venido desde Magdala María la pecadora, con su luenga cabellera roja ungida de nardo. El Galileo camina hacia el mar de Tiberiades. Su túnica ondula como el lirio casto, y una gran multitud le sigue. Juan ha inclinado dulcemente la cabeza, y la brisa juega con sus bucles del color de la miel..., y al solo encanto de unas sencillas palabras, la joven hija de Jairo incorpórase en su lindo féretro de cedro. Los penachos rojos de la soldadesca romana han rasgado el espacio, y los fariseos discuten sobre el Profeta, bajo las arcadas del templo. Como es el día de la fiesta y el descanso, las mujeres han dejado la rueca, y María Cleofás, en el hombro el ánfora llena de agua cristalina, entra en su blanca vivienda de alabastro para cuidar al anciano esposo... Atraviesa los grupos un saduceo; redondas filigranas de oro cuelgan de su turbante, y florones bordados penden de su túnica...

Más tarde, en Oriente, fué llamado Emperador e hijo del Sol. En la Ciudad Roja vivía. De laca roja era su vivienda, con pabellones de oro y maderas valiosas pintadas de amatista. En un pa-

lanquín maravilloso le llevaban los eunucos, y ninguno de sus súbditos podía mirarle al rostro, porque castigado estaba y con pena de muerte. Los mandarines abanicábanse a su paso con redondos abanicos y el del Gran Mandarín tenía forma de mariposa y era su varillaje de verde jade. A su llegada estremeciéronse de gozo las Princesas-Concubinas, y en sus kimonos de seda, bordados de crisantemos amarillos de oro, salmón-púrpura y azul de heliotropo, semejaban al moverse extraños pajarillos. Y los racimos de lilas abríanse sobre las cabezas, en todo el esplendor de sus corolas. Mas no todo era placer, pues los poderosos Daimios preparábanse a la guerra, y los valerosos Samuráis debían seguirles en sus corceles...

Ascendiendo por el Cuerno de Oro, oyó gritar a la plebe: "¡Ave Autocrator! ¡Salve Eterno, Augusto, Santidad, Divino!" Y el Autocrator, con la dalmática bordada de esmeraldas, záfiros y rubíes, y las mejillas teñidas con la pomada valiosa llamada "purpurísima", fabricada expresamente para la casa imperial, avanzó entre los Silenciarios, los Prepósitos, los Espatarios, los Cubicularios, los Ostiarios, los Escolarios, los Eparcas, los Dietarios..., y precediendo al Imperator, marchaban fastuosos el Gran Doméstico, el Gran Drungario, el Gran Logoteta y el Gran Papias. Al paso del Patriarca castrado, llevado en su silla de oro por los esclavos, los modestos sacerdotes mur-

muraron: "¡Anatema!", y abriéndose las abigarradas puertas de plata de la Santa Sabiduría, las cortesanas, bajo sus altas tiaras orientales, entraban a postrarse ante el rutilante Pantocrator, mientras el Patriarca tomaba la ruta del circo, ansioso del bárbaro festejo. Bizancio extendíase muellemente a orillas del Mármara, como una Diosa deslumbrante de senos de ágata, y en las Blanquernas, en el mismo palacio sagrado, todo levantado de mármoles verdes de Tesalia, ante el Autocrator, sentado en el Kátisma como un icono de gemas, los sutiles teólogos discuten sobre el dogma, y vociferan llenando de gritos de sacrilegio los ámbitos marmóreos. Su religión es extraña: unen a la sencillez galilea, el cromatismo pagano, la espiritualidad platónica y el simbolismo de Oriente... Y las herejías surgen, potentes como llamaradas, y frente al cenobita que ha cruzado el desierto, macerado el cuerpo por las privaciones, famélico y enjuto como un pergamino, en defensa de la fe, un mancebo imberbe y lleno de ungüentos aromosos, cual una patricia corrompida, ha gritado su doctrina: "¡Pecar! ¡Sólo el pecado es la salvación! ¡Bienaventurados nuestros iguales, Sodoma y Gomorra, Judas, Babilonia la meretriz...!"

Atravesando la Arabia y el desierto ha llegado a la Siria. Y vivió con el pueblo de Israel. Allí estaban sus reyes, pastores, tiranos o poetas, ungidos por las manos del Dios, y amedrentados,

intranquilos, agobiados, y hasta enfermos por la presencia constante de Jehová, que tortura sus conciencias de hombres débiles y pecadores. Ha visto a los hijos de Abraham caminar tras los ganados, sin osar mirarse cara a cara, porque el mayor de ellos lleva la túnica falsamente ensangrentada de José. Ha visto, cómo la riqueza y el bienestar se venden por un plato de lentejas, y cómo el pueblo elegido del Dios magnánimo y justiciero, al encontrarse sin dirección levanta groseros ídolos, que adora entre regocijos. Mas luego desciende el Maná, cual lluvia bienhechora, y las mujeres, con la recta nariz de finas aletas, salen de sus tiendas y recogen el alimento blanco, ligero, diáfano, verdadero pan de ángeles... Y acuden al templo las muchedumbres, al templo maravilloso que hizo levantar en Jerusalén el Rey que poseyó toda la Sabiduría, aquel templo que deslumbró a la Reina magnífica que vino de Saba, cuyas maderas olorosas fueron traídas del Líbano, y lós metales preciosos comprados en el país de Tarshish...

VIII

...En el jardín hubo entonces un resplandor de incendio, y todo semejaba de oro en inusitado manantial de luz. Ante el concurso de mascaradas (aquellas mascaradas que recordaban perfectamente a la Vida, con todo lo que tiene de feo, banal, hipócrita y efímero), abriéronse las maravillosas puertas invisibles de la Fantasía, y por la infinita escalera coloreada como el arco iris, comenzó a descender la comitiva del Hada Bienhechora.

Al Pierrot brilláronle los ojos de esperanza, y la multitud que cubría los más nauseabundos defectos bajo los amplios albornoces de mascarados, agrupóse en torno a él, rozándole su vestido metálico en una avalancha de insectos venenosos, que zumban sobre la cabeza de mármol.

Allí estaba, sobre la infinita escalinata, el Hada Fantasía, ofreciendo la exquisita coloración de lo fantástico. Sus ojos, al entreabrirse, sonaban como música suave, y cada hebra de su cabellera (extendida al descender, cual una cascada) ha-

bía sido destilada por abejas de oro en tonalidades tan dulces como la miel. En su mano erguíase el cetro de su poder, y posado en el extremo, cegaba la vista el ave luminosa, que al aletear irisaba, creando lo irreal. Estaba allí el Hada ofreciendo los cambiantes sutiles de lo maravilloso, y en su túnica, que semejaba el lánguido tul de los vientos, bordaron aromas con largas agujas impalpables manos diáfanas de virgen. Y al trazar en el espacio un signo cabalístico aleteó el ave mágica, y lo irreal surgió con toda su multitud fantasmagórica. Surgieron envueltas en espuma mujeres de ojos verdosos, cuyos cuerpos estaban fríos como el cristal, y venían cantando, y cantaban de cosas prodigiosas, que sólo existen en el fondo de los Océanos, y sus voces, que tenían la cadencia de las aguas rumorosas, atraían a la nave de marfil, en cuya proa, la Niké extendiendo las alas, abría el camino de la riqueza, la gloria o el honor. Descendieron sus tripulantes, todos rubios como soles, e internáronse en la selva intrincada. El más hermoso de ellos quiso beber en la límpida fontana, y al inclinarse sobre la clara linfa, las Náyades que vivían en el fondo, teniendo por techumbre los verdes nenúfares, le entrevieron tan bello a través de las capas glaucas, que alargando sus brazos le atrajeron hacia sí, preparándole amorosas un lecho de algas marinas. El horizonte estaba rojo de púrpura, y arrastrándose por la arena semejante a una charca de

oro, Oannes el monstruo, con su altiva cabeza florecida de corales y su ondulante cola de pez refulgente de escamas, internóse en el Océano, y las olas, que se deshacían multiformes y espumosas sobre su pecho desnudo le salpicaban el rostro de gotas de iris. Era el hombre-pez, que tendíase al sol durante las largas jornadas solitarias y al atardecer volvía a su retiro y allá en el fondo, en la inmensidad azulada, entreteníase con los tritones o visitaba a los monstruos de tentáculos movibles, que vivían en grutas nacaradas y eran guardianes de ricos tesoros. Mas aquel día se oyó en la superficie estruendo de muerte, y toda la corte submarina, estremecida quedó de espanto, y asomándose las ninfas de la Reina a los ventanales azules, vieron cómo descendía un puntito luminoso, y corrieron hacia él, llevando destrenzadas las largas cabelleras de esmeralda, y encontraron desvanecida a una niña lindísima, envuelta en estofa de oro. Las ninfas saltaron de contento, y a sus exclamaciones acudieron los moradores del mar, a través de la vegetación exuberante y extraña. Vinieron Nereo y Doris con las Nereidas, "las cincuenta castas hijas de los ojos garzos", y Tetis, con el alción en la mano y los brazos enjoyados de aguas marinas, y Eolo, que deslizábase silbante como una lanza, y Escila y Caribdis, cantando sus melodías fatales, y Océano, con sus luengas barbas de cristal azul, y hasta rodeados de las tres mil Oceánidas, que venían sonando

los caracoles de nácar, y en su carro de perlas y záfiros llegaron los Soberanos del Mar, y Plexaura llevaba el largo tridente de plata, y Acasta y Estigia coronas de flores cristalinas para la Reina...

...La Reina del Océano quizá se sintió envidiosa de la belleza de la niña, y a su mandato, los vientos llevándola siempre dormida entre sus brazos, remontáronse ágiles sobre las montañas y los mares, y cruzando continentes depositáronla junto a los cañaverales del río indio. Y cuando el sol comenzaba a tramontar, despertóse la niña, desnuda y friolenta, y abriendo extrañada los ojos, fué posándolos con arrobamiento a su alrededor. Desde las orillas del río, ascendiendo hasta el límite del horizonte, escalonábanse los bosques de cedros, sándalos y acacias arábigas, y de trecho en trecho abríanse en toda su opulencia pesante y aromada los árboles de las aneubas y las magnolias. Al fondo de una extensa avenida de esfinges labradas en pórfido negro y amarillo, y mirándose en la serena placidez del lago sagrado, en el que de cuando en cuando asomábase a la orilla la cabeza de un cocodrilo o un gavial, alzábase la pagoda en pirámide abigarrada, tintadas las maderas de oro y adosadas profusamente a sus revestimentos, que corona una cúpula, millares de seres, hombrecillos, flores y monstruos que describían en franjas paralelas, aventuras de reyes y vidas de dioses. Y la niña vió cómo avanzaba len-

tamente, por la superficie tranquila del lago sagrado, un hombrecito vestido de blanco, que a su paso producía un revuelo de la Naturaleza y un agitar de alas en animales de plumaje fantástico. Siguió avanzando el aparecido por la extensa avenida, y las esfinges vibraron en su pórfido, cual si recibiesen un hálito de vida. Y cuando ya estuvo cerca, la niña pudo contemplarle a su gusto y envolvióse en su abierta cabellera de oro. Vestido de blanca seda caminaba el desconocido, y de su alta mitra desbordábanse los bucles espesos, sombreando las oblicuas pupilas, potentes y acariciadoras; infinidad de ojos hasta el número de mil dibujábanse extraños sobre la mitra y la túnica, y nada había en el mundo de tan inquietante como el múltiple abrir y cerrarse de ese millar de pupilas luminosas. Cuando en su lento avanzar llegó hasta la niña, al borde mismo de los espesos cañaverales detúvose, y con él, la Naturaleza quedó extática... Y luego que el millar de pupilas parpadeantes hubieron contemplado a la linda niña desnuda, el Dios del Aire, del Cielo y del Rayo, aquél que destruyera las potentes alas de los montes, para que inmóviles quedaran a través de los siglos, comenzó a desvanecerse como un ensueño habiendo vertido sobre la niña la fecundidad de todos los bienes. Y casi al mismo tiempo, a través de la verde Naturaleza, comenzó a surgir la deslumbrante comitiva del Rajá. Sobre los altos dromedarios balanceábanse los ministros de

luengas barbas, cuyos bustos estaban agobiados de preseas, y los jóvenes esclavos iban sonando los crótalos, abriéndose bajo los turbantes de seda verde y carmesí los lánguidos ojos oblicuos. Varios negros de ébano, cuyos fajines de plata hacían resaltar más el pulido azabache de sus cuerpos, arrastraban, ligadas con cadenas de oro, a las bestias domadas, tigres, leopardos y osos del Himalaya, y en un carro arrastrado por mulas con caparazón de joyeles, movían indolentemente las cabezas, envueltas en ligerísimos tules multicolores, hasta veinte mujeres morenas, que al morder los jugosos frutos que en anchas bandejas les ofrecían durante el trayecto las esclavas semidesnudas, dejaban entrever sus dientes blancos, en los que llevaban incrustados záfiros indios y gruesos rubíes, traídos del imperio de Gengiskán. Todo un mundo de enanitos, vestidos de brocados metálicos con abigarradas joyas pendientes de las orejas, pululaban en torno a un elefante, sobre sus hombros abriendo la gama maravillosa de sus plumajes las aves de leyenda. El elefante, pintado de un prodigioso color de salmón y recubierto de tapicerías azules, soportaba un templete dorado incrustado de turquesas, y sobre sus cojines languidecía el joven Señor, bajo el turbante de perlas aureolado de incienso y de perfume de rosas. Tenía demacrada la faz, y en sus calzones, sembrados de esmeraldas, estaba dibujada la historia trágica de la bella Draupadi y los Cinco Herma-

nos. En el testero del templete, cuatro servidores de Golconda abanicaban al Señor con abiertos abanicos de plumas de avestruz, o a un leve gesto de su mano ondulante desgranaban largas sartas de berilos y corales para alegría de la vista; otras veces abrían pequeños recipientes metálicos, y el firmamento llenábase de un esplendoroso batir de alas, piando musicalmente los canarios amarillos y alargando la policromía de sus cuellos las aves del Paraíso... La solitaria contemplaba el surgir de la comitiva, extasiados los ojos, y desde lo alto del templete la descubrió allá lejos el joven Señor, como un puntito de oro cálido entre los cañaverales del río indio. Y llegaron los esclavos hasta ella, y las mujeres morenas asomaron sus ojos negros por la línea abierta que los tules dibujaban sobre el rostro, y los dromedarios inclinaron sus obscuros hocicos hacia el verde terso de las aguas, que rizábanse ligeramente al contacto de la brisa, entre ruborosas y languidescentes...

IX

La Fantasía descendió por los peldaños infinitos y sonrió al Pierrot, alargándole su cetro creador. Dos caminos estaban abiertos; dos sendas bien distintas. ¡Qué extrañamente hermosa descendía Fantasía por las gradas multiformes de su poder, y cómo en sus párpados se dibujaban brillantemente todas las pasiones maravillosas! Sosteníase en la línea de sus labios una inquietante sonrisa de sugestión, movíanse lentamente las manos liliales de Madonna; bajo la túnica esfumábase en pulido mármol el cuerpo de Diosa.

El Pierrot, magullado en la avalancha de la muchedumbre, volvió hacia el salón su rostro lleno de luz. ¡Oh, el horror de aquellas cabezas ordinarias y banales que fijaban en él, escrutadoras, las pupilas deslustradas! Mundo gris y mezquino aquel sobre el que danzaba la Hipocresía su bailable crujiente y enfermizo; mundo de asquerosos realismos, viejo y deforme, que revolcábase ebrio en un atroz espasmo de bestia por el plano aceitoso de las bajas pasiones. ¡Oh, el horror de sus

pecados sombríos, de sus imaginaciones exhaustas, de sus placeres empobrecidos, de sus galas marchitas y opacas!

Y el mundo comenzó a desfilar en su oído el eterno quejido, envidioso de sus consejos y lamentaciones:

¡No sigas a Fantasía! ¿Qué te importa esa mujer? Sus compañeros son el Crimen y el Pecado.

Oye: ¡Ten cuidado con ella! ¡Qué extrañas enfermedades del espíritu lleva bordadas en su túnica!

¡No, no! No te acerques. Te expones a quemarte. ¿Te arrojarías al centro de una hoguera luminosa por el solo hecho de que recrea tu vista?

¡Eh, pobre joven! Apártate cuidadosamente. Te balanceas junto a una pendiente peligrosa. ¿Y conoce acaso tu juventud, llena de inexperiencia, la degradación que han inscrito los soñadores sobre esa pendiente que te balanceas?

Ven. ¡No sueñes! No logras nada soñando. Te mostraremos nuestro mundo tan lleno de realidades. ¡Es una maravilla!

¿Te gusta en verdad esa mujer? ¡Pero qué tonto eres! Jamás vi a persona tan simple como tú. Es impalpable esa mujer, no satisface. Ven conmigo, yo tengo mujeres morenas que educan sus cuerpos en los goces del amor...

Dos caminos estaban abiertos; dos sendas bien distintas.

¿No vienes? ¿No te acercas a nosotros? ¡Qué lástima te tengo! Acabaremos, pues, por borrarte de nuestro mundo; y ¿cómo vas a vivir entonces? Te aborreceremos, te lapidaremos; serás nuestro eterno motivo de risa, de desprecio y de asco. Marcharás solitario por las calles, llenas de la Alegría del Vivir, y los niños te harán muecas burlonas, pues hasta a ellos habrá llegado la fama de tu locura. Pedirás pan, ¿y dónde vas a encontrarlo? Querrás un reposo en tu caminar, y ¿quién, dime, te ofrecerá su lecho? Morirás al fin de podredumbre, y nadie se acercará a tu cuerpo muerto, por miedo a la gangrena, que eligió por morada tu alma...

Y de este modo continuaron vertiendo en su oído todo el pestilente furor de sus almas gangrenosas, y el Pierrot desfallecía poco a poco al peso de sus gritos terribles, y la cabeza le zumbaba como loca, y en su interior batíale la sangre toda, estremecida de fiebre...

—¡Sí, renunciaré!—gimió al fin, cubriéndose el rostro con las manos blancas y enjoyadas.

Se oyó como el insano murmullo de un populacho ebrio y el gemido involuntario de Fantasía, que ascendía maravillosa por las gradas infinitas de lo irreal...

Cuando el Pierrot volvió en sí, abrió los ojos desconcertado.

Nada restaba ya de Fantasía; el salón había

perdido parte de luz. En realidad, resultaba ensombrecido; y por él iban y venían las mascaradas, sin prestarle el menor interés, y en una agitación nerviosa que daba vértigo.

En el espejo de enfrente, que descendía del artesonado de oro al pavimento de mármoles negros, se vió en pie. Iba vestido de andrajos, como un mendigo. A sus pies deslumbraba el disfraz metálico de otro tiempo. Estaba cansado, rugoso, envejecido.

FIN

INDICE

La pecadora de Magdala. 7
Historia de un príncipe juvenil. . . . 35
El juglar que logró ser feliz. 77
El verdadero pecado. 99
Isogai. 137
Una extraña pasión. 151
Carnavalesca. 175